



biblioteca marxista

¿Reforma social o revolución?

**ROSA
LUXEMBURGO**



La Editorial Nuevo Milenio agradece al Dr. Atilio Borón y a Ediciones Luxemburgo de Argentina la posibilidad de hacer esta edición en Cuba.

TRADUCCIÓN Y REVISIÓN TÉCNICA: **Atilio Boron y Miguel Vedda**
TRADUCCIÓN DE MILICIA Y MILITARISMO: **Olga Elena Sánchez Guevara**
DISEÑO EDITORIAL: **Santángelo**
EDICIÓN: **Irma Brighenti**
COMPILACIÓN Y ANÁLISIS TEMÁTICO: **Isabel Monal**
REVISIÓN EDITORIAL: **Gladys Hernández Herrera**
DISEÑO DE PERFIL: **Ernesto Joan**
DISEÑO DE CUBIERTA: **Yadyra Rodríguez Gómez**
EMPLANE DIGITAL: **Madeline Martí del Sol**
CONVERSIÓN A EBOOK: **Grupo Creativo Ruth Casa Editorial**

© Sobre la presente edición:
Editorial de Ciencias Sociales, 2024

ISBN 978-959-06-2559-6

Estimado lector, le estaremos muy agradecidos si nos hace llegar su opinión, por escrito, acerca de este libro y de nuestras ediciones.

INSTITUTO CUBANO DEL LIBRO
Editorial de Ciencias Sociales
Calle 14, no. 4104, e/ 41 y 43, Playa, La Habana, Cuba
editorialmil@cubarte.cult.cu
www.nuevomilenio.cult.cu



Índice

Nota preliminar / 5

**A modo de introducción
Rosa Luxemburgo
y la crítica al reformismo
socialdemócrata / 7**

- Recuperación capitalista y génesis del reformismo / 8
- Una breve semblanza personal / 11
- ¿Reforma social o revolución? Tesis fundamentales / 15
- Reforma y revolución: reflexiones desde la teoría / 18
- La economía política del oportunismo / 22
- La adaptabilidad del capitalismo / 24
- Estado, sindicatos y reformismo / 27
- Militarismo y desarrollo capitalista / 29
- Después de Stuttgart / 31
- La democracia y sus protagonistas / 33
- Esbozo de una teoría de la democracia / 34
- La irrenunciable conquista del poder político / 38
- La dialéctica como arma de la revolución / 42
- El contexto histórico de la crítica de Rosa a las reformas sociales, o por qué las reformas no necesariamente significan “reformismo” / 44
- Desafíos de una situación paradójica: necesidad de la revolución, dificultad de la revolución / 47

Un repaso a la historia de las “revoluciones realmente existentes” / 51
Las reformas, la calle y las instituciones / 54
La soledad de los revolucionarios / 57

Bibliografía citada / 59

**¿Reforma social o revolución?
Rosa Luxemburgo / 64**

Prólogo de la autora / 65

- I. El método de Bernstein / 68
- II. La adaptación del capitalismo / 73
- III. Implantación del socialismo por medio de reformas sociales / 84
- IV. Política aduanera y militarismo / 92
- V. Consecuencias prácticas y carácter general del revisionismo / 98
- I. El desarrollo económico y el socialismo / 106
- II. Sindicatos, cooperativas y democracia política / 115
- III. La conquista del poder político / 127
- IV. El colapso / 136
- V. El oportunismo en la teoría y en la práctica / 141

Apéndice / 149

Milicia y militarismo / 150

- I / 150
- II / 155
- III / 161
- IV / 168

Nota preliminar

Rosa Luxemburgo es, a no dudarlo, una de las grandes figuras del marxismo del siglo xx. Esta mujer extraordinaria se destacó como una luchadora y revolucionaria dedicada y consistente; sus decisivas contribuciones teóricas a la concepción elaborada por Marx y Engels todavía hacen gala de lozanía, y se proyectan como indispensables en las batallas del presente por la emancipación.

¿Reforma social o revolución? es, quizás, el primero de sus textos referenciales, de incisiva profundidad analítica y donde, estimulada por los acuciantes problemas de las luchas revolucionarias del momento en Europa, se adentró en cuestiones esenciales de la estrategia y la táctica del movimiento marxista y obrero. Se trataba, en el fondo, de las tendencias contradictorias entre las posiciones de principios, el oportunismo y el reformismo. La obra es el producto de su apasionada y sólida argumentación contra lo que en aquellos años se llegó a denominar revisionismo. Rosa, recién llegada a Alemania, fue una de las primeras en entrar en el debate, y pronto se convirtió en una de las contendientes más destacadas por la calidad y fuerza de su argumentación.

La obra es el resultado de dos series de artículos publicados inicialmente en el *Leipziger Volkszeitung*. Ambas fueron reunidas por ella en un solo folleto bajo el título —ya utilizado para las series— de *¿Reforma social o revolución?*, el cual vio la luz, en su primera edición, en 1899. La primera parte está

constituida por los artículos publicados a finales de septiembre de 1898, y la segunda a principios de abril de 1899. Estas fechas son importantes para la comprensión del lector porque entre una y otra serie tuvo lugar el Congreso de la Socialdemocracia alemana en Stuttgart donde se enfrentaron con fuerza las dos tendencias en liza, y también porque Bernstein, la cabeza de la tendencia señalada como revisionista, publicó su obra *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*.

Nuestra Biblioteca Marxista incluyó desde un inicio en su plan este clásico del marxismo. Se venía trabajando en su compilación y edición cuando se hizo disponible una nueva traducción realizada por Atilio Borón y el germanista Miguel Vedda que permitía dejar atrás la tradicional al uso en español, que lamentablemente adolecía de muchos errores e insuficiencias. Nuestra edición incluye, además, el texto de Rosa *Milicia y militarismo*, constituido por un conjunto de artículos que aparecieron como anexo en la primera edición de *¿Reforma social o revolución?*

La Introducción de esta edición es del académico académico Atilio Boron. Se trata de la casi totalidad de un texto suyo escrito para otra ocasión y cuya amplia referencia a la actualidad de América Latina hoy, a la luz de las problemáticas debatidas por Rosa, las acercan a nuestra realidad.

Los textos de referencia en alemán se encuentran en el tomo 1/1 de la edición de las *Gesammelte Werke (Obras Compiladas)* de Rosa Luxemburgo, publicadas por el Instituto de Marxismo-Leninismo del Comité Central del SED de la antigua RDA en la Dietz Verlag de Berlin en 1979. Al frente de la redacción estuvo G. Radezun. Esta compilación no incluye la correspondencia, la cual fue publicada años después en una edición independiente como *Gesammelte Briefe (Cartas Compiladas)* en cinco tomos por los mismos editores; junto con Radezun, formó parte de la dirección de la redacción Annelies Laschitzka, la reconocida especialista de Rosa, quien ya en la década del noventa sacó un sexto tomo con la correspondencia que había sido excluida de la publicación de 1982.

ISABEL MONAL
Abril de 2014

A modo de introducción¹ Rosa Luxemburgo y la crítica al reformismo socialdemócrata

El fin de la gran depresión que se extendiera a lo largo de dos décadas, entre los años setenta y comienzos de los noventa del siglo XIX, clausuró por un tiempo las expectativas de una crisis terminal del capitalismo y un nuevo estallido revolucionario como el que había conmovido a Europa en 1848. Expectativas que habían abrigado, en un momento, la totalidad de los dirigentes de la I Internacional y que Marx y Engels habían dotado de un fundamento científico al abordar el estudio de las contradicciones, aparentemente insalvables en lo inmediato, del modo de producción capitalista.

Sin embargo, pocos años después de la muerte de Marx, ocurrida en 1883, los signos de recuperación y el inicio de un nuevo ciclo expansivo del capital ya comenzaban a manifestarse por doquier. El capitalismo recibía renovados impulsos con la acelerada industrialización de Alemania y Japón, la normalización de la economía norteamericana bajo la hegemonía norteaña luego de finalizada la Guerra Civil, la incorporación de Rusia a

1 El presente texto forma parte del Estudio Introdutorio que Atilio Borón escribió para la edición de *¿Reforma social o Revolución?* de las Ediciones Luxemburgo de Argentina. Por razones técnicas y la conformidad con el perfil de nuestra Colección Biblioteca Marxista, no se reproduce en su totalidad, sino que se han seleccionado extensos fragmentos del estudio, dada su importancia y actualidad.

la dinámica capitalista mundial, el vigoroso crecimiento de una Italia cuya unificación había sentado las bases para un impetuoso desarrollo industrial en las regiones septentrionales, y con el flujo de materias primas y alimentos abundantes y baratos producidos por una vasta periferia neocolonial —en América Latina y Oceanía— o abiertamente colonial —en Asia y África— a la que la revolución en los medios de transporte, sobre todo en la navegación marítima, y la expansión del ferrocarril, hizo posible una rápida integración a la economía mundial, dotando de nuevos bríos a un capitalismo que, en vísperas de la Comuna de París, en 1871, parecía enfrentarse a un inexorable declive.

Recuperación capitalista y génesis del reformismo

Como no podía ser de otra manera, estos cambios no pasaron inadvertidos para las mentes más lúcidas del socialismo europeo. Engels, en lo que ciertamente debe ser descrito como su “testamento político”, ya había advertido en 1895 sobre la magnitud de las transformaciones ocurridas y ofrecía penetrantes reflexiones acerca de sus implicaciones para la estrategia y las tácticas de lucha de la clase obrera y sus aliados. Pero habría de ser la serie de artículos que su amigo y albacea testamentario, Edouard Bernstein, comenzara a publicar en *Die Neue Zeit*, el órgano teórico oficial de la socialdemocracia alemana, un año después de su muerte, lo que desataría una larga y enconada controversia —el *Bernstein Debatte*— en torno al futuro del capitalismo, las perspectivas de la revolución mundial y, como oportunamente lo recogería poco después el título del libro de Bernstein, “las tareas de la socialdemocracia” en tan poca promisoría coyuntura. Las opiniones vertidas fueron muchas, y las críticas lapidarias dirigidas en contra de la “traición” de Bernstein, acusado de revisionista, oportunista y reformista, sacudieron el pesado andamiaje de la socialdemocracia alemana —a la sazón el partido “guía” de la II Internacional—, cuyos líderes

simpatizaban en privado con las tesis de Bernstein puesto que, en el fondo, reflejaban cristalinamente las prácticas políticas y sindicales del partido alemán al paso que públicamente se rasgaban las vestiduras ante la iconoclastica revisión de las tesis de Marx. El escándalo se agravaba, además, porque desde su exilio londinense Bernstein había apoyado en el Congreso del Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD) de Erfurt, en 1891, la reafirmación de las tesis marxistas ortodoxas impulsadas por Karl Kautsky haciéndose eco de las recomendaciones de Engels. Hay que recordar que poco antes este había dado a conocer la dura crítica de Marx al Programa de Gotha, de 1875, exigiendo del partido alemán una definición clara y distinta a favor de la concepción marxista sobre el curso y destino final de la sociedad capitalista.²

Dos contribuciones sobresalieron entre las muchas críticas dirigidas en contra de Bernstein, las cuales sirvieron para proyectar a dos jóvenes procedentes de la periferia europea —uno de la atrasada Rusia, otra de la no menos atrasada Polonia, gran parte de la cual se encontraba bajo el dominio del Zar— al centro de un debate intelectual y político otrora reservado casi con exclusividad para los intelectuales socialistas de las metrópolis europeas del capitalismo: nos referimos, naturalmente, a Vladimir Ilich Ulianov, Lenin, y a Rosa Luxemburgo. Contemporáneos, nacidos en 1870 y 1871 respectivamente, y del todo marginales hasta el momento, sus contribuciones habrían de marcar el punto más alto de un debate cuya actualidad no sufrió merma con el paso de los años. Sociológicamente hablando, el protagonismo de Lenin y Rosa refleja la entrada en escena de una nueva generación de intelectuales marxistas. Si Bernstein había sido amigo de Engels; si Bebel y Liebknecht tenían fluidas relaciones con los fundadores del materialismo histórico; si Kautsky también disfrutaba de la confianza de ambos; el abrupto ingreso de Lenin y Rosa, que jamás habían tenido contacto alguno con Marx o Engels, reflejaba, por una parte, la extraordinaria difusión alcanzada por el marxismo en

2 Colé, G. D. H.: Historia del pensamiento socialista, Fondo de Cultura Económica, México, 1975, t. III, p. 242.

la periferia europea, que producía un desplazamiento hacia el Este europeo de su centro de gravedad y, por la otra, un salto generacional sumamente significativo. Al momento de estallar la polémica, en 1899, ninguno de los dos alcanzaba los treinta años de edad. Y hasta entonces, eran prácticamente desconocidos fuera de los harto reducidos cenáculos de la izquierda radical rusa y polaca. Luego de su intervención en el *Bernstein Debatte* sus nombres se convertirían en referencia obligada del movimiento socialista internacional.

El *¿Qué hacer?* de Lenin y *¿Reforma social o revolución?* de Rosa son los dos escritos en donde se plasman sus críticas frontales en contra del revisionismo bernsteiniano.³ Si en el primero de los textos el eje excluyente de la argumentación lo constituye el problema de la organización de las clases y capas explotadas —un problema esencialmente político, por supuesto, y no meramente instrumental o burocrático—, la obra de Rosa incluye un amplio abanico de temas de importancia fundamental relacionadas con el curso del desarrollo capitalista, el papel y los límites de las reformas sociales y la misión del Partido Socialista. El autor de estas líneas cree sinceramente que, más allá de algunos lugares comunes como, por ejemplo, la acusación de “espontaneísmo” dirigida en contra de la revolucionaria polaca, o de “aparatismo” con que se suele (mal) interpretar el libro de Lenin; ambos textos expresan un contrapunto susceptible de conjugarse en una armoniosa síntesis.⁴ Tarea tanto más urgente en tiempos como los actuales, cuando una reflexión sobre las perspectivas del socialismo a comienzos del siglo XXI está signada por una temeraria subestimación de la centralidad de la problemática de la organización. En cierto sentido, podría decirse que las reflexiones contemporáneas

3 Una pequeña digresión sobre el título de la obra de Rosa. En diversas traducciones al español, y también a otras lenguas, aparece como *Reforma o revolución*, algunas veces entre signos de interrogación y otras no. Otras traducciones ofrecen *Reforma o revolución social*. En realidad, el título exacto es *¿Reforma social o revolución?*, traducción al castellano del que la autora le puso en alemán: *Sozialreform oder Revolution?*.

4 Hemos examinado el texto de Lenin en nuestro “Estudio Introductorio. Actualidad del *¿Qué hacer?*” (Lenin, 2004).

sobre el porvenir del socialismo tienen, al menos en América Latina, todavía mucho que ver con ambos autores. Con Rosa, por sus aportaciones sobre los límites de la reforma, la conciencia obrera como producto de la lucha y la necesidad de una democracia socialista; y con Lenin, por la trascendencia de sus observaciones sobre las cuestiones de la conciencia socialista y la organización. Lamentablemente, ambos autores y su densa obra teórica son muy poco conocidos, inclusive por quienes gustan autodenominarse como sus herederos. Por decisivos y cruciales que sean los temas abordados por Rosa, y por ello la reedición de este libro, ellos constituyen una parte que solo cobra pleno sentido cuando se la vincula con la obsesiva preocupación leninista por las cuestiones organizativas, dado que, como lo recuerda con frecuencia, la única arma con que cuentan las clases subalternas para cambiar este mundo es su propia organización. Uno de los más graves peligros que enfrenta el ascendente movimiento popular en América Latina es caer en la falsa antinomia que opone Lenin a Rosa. No es casual que algunos intelectuales de la derecha procuren apropiarse del legado de la segunda a la vez que expresan su visceral rechazo al primero, considerado como el exponente por antonomasia del despotismo político. Si las fuerzas de las clases subalternas han de prevalecer en su combate contra el capital, la síntesis de la obra de estos dos grandes revolucionarios constituye un imperativo categórico. La publicación de sus intervenciones en el *Bernstein Debatte*, precedidos por sus respectivos estudios introductorios, es nuestra pequeña contribución en esta dirección.

Una breve semblanza personal

La menor de cinco hermanos, Rosa había nacido en el seno de una familia judía en Zamose, ciudad que en esa época

pertenecía a Rusia.⁵ No es un dato menor el hecho de que dicha ciudad fuese fuente permanente de disputas entre el Imperio Austro-Húngaro y al Zar. De hecho, hasta 1809 había estado bajo dominio austríaco, pero el Congreso de Viena, reunido en 1815 para rediseñar el mapa europeo una vez concluidas las guerras napoleónicas, colocó la mayor parte de lo que hasta entonces había sido el Gran Ducado de Varsovia —y que hoy es Polonia— bajo la autoridad del Zar. Debido a esta circunstancia, los acontecimientos y desarrollos políticos ocurridos en Rusia fueron siempre de sumo interés para Rosa. Por otra parte, tal como lo señala el autor de su excelente estudio biográfico, J. Peter Nettl, más de la tercera parte de la población de Zamosc estaba constituida por judíos, un sector no solo poderoso, sino también por comparación muy culto, entre los que predominaba una visión laica y progresista opuesta al fanatismo de los Jasidim y que, seguramente, influyó tempranamente en la formación ideológica de la joven marxista polaca. Es conveniente resaltar el hecho de que la familia de Rosa se asimiló notablemente a la vida polaca y que sus vínculos con el judaísmo fueron por demás tenues. En su casa se hablaba y “se pensaba” en alemán y, como recuerda su biógrafo, todos sus hermanos tenían nombres clásicos, pero ninguno se inspiraba en la tradición del Viejo Testamento. Por otra parte, tampoco ninguno de los cinco hijos de la familia participó jamás en algunos de los muchos movimientos o asociaciones de la comunidad judía de Polonia.⁶ No obstante, esta constelación de variables políticas y familiares dejó una profunda huella en la agenda intelectual de Rosa: una obsesiva preocupación por la “cuestión nacional”, un tema que el internacionalismo a la vez teórico y práctico de los fundadores del marxismo había relegado a un lugar bastante marginal y que la condujo a ásperas y constantes polémicas con Lenin.

5 Sobre este particular el ambiente familiar de Rosa y la débil —vinculación de su familia con la minoría judía residente en la ciudad— remitimos al lector al esclarecedor estudio de J. Peter Nettl (1974), que sigue siendo una referencia imprescindible para la comprensión de la vida y obra de nuestra autora.

6 Nettl, J. Peter: Rosa Luxemburgo, Edit. Era, pp. 54-57, 1974.

A los trece años Rosa ingresaba a la Segunda Escuela Superior para niñas de Varsovia, ciudad a la cual su familia se había mudado cuando tenía poco más de dos años. Según las reglamentaciones vigentes, en la escuela solo se podía hablar en ruso, estaba prohibido el uso de cualquier otra lengua, incluyendo el polaco, aún entre los propios alumnos. Politizada desde los primeros años de la escuela, al llegar a los últimos ya había formalizado una vinculación muy estrecha con una organización revolucionaria, por supuesto que ilegal: el Partido Revolucionario del Proletariado. Ya en 1886, la indiscriminada persecución en contra de cualquier organización política opuesta al zarismo había culminado en la condena a muerte por la horca de cuatro militantes. A fines de 1889, advertida de la inminencia de su arresto, se exilia en Suiza, más precisamente en Zurich, y a comienzos de 1890 se inscribe en la Facultad de Filosofía para cambiarse, dos años después, a la Facultad de Derecho, en donde la temática social que tanto le preocupaba era objeto de particular atención.⁷ En 1897, con escasos 26 años, Rosa presentó su tesis doctoral titulada “El desarrollo industrial de Polonia”, un texto que aún hoy conserva su valor y que al año siguiente de haber sido defendido sería publicado por una editorial comercial en Leipzig, Alemania. Convencida de que su lugar en el mundo no sería la academia, pese a sus sobresalientes condiciones y la calidad de su tesis doctoral, y resuelta a participar de lleno en el centro mismo de las luchas por el socialismo, decide trasladarse a Alemania, aprovechando una cierta vinculación con Karl Kautsky que ya desde entonces consideraba a la joven exiliada una excelente informante sobre asuntos polacos para la revista teórica del partido, *Die Neue Zeit*. Luego de vencer incontables dificultades, incluyendo un matrimonio de ocasión para facilitar su ingreso a Alemania —ial fin y al cabo, Rosa no solo era joven y muy inteligente sino que,

7 Conviene recordar que Suiza era, en ese entonces, uno de los centros más importantes de recepción de los exiliados políticos de Europa Oriental, no solo de Polonia sino también y principalmente de Rusia. Plejanov ya estaba en Ginebra cuando Rosa llegó a Zurich. Tiempo después, arribarían Lenin, Trotsky y otros emigrados rusos. Poco después, Rosa se marcharía a Berlín.

además, judía, polaca y marxista!—, llegaría a Berlín en mayo de 1898. Poco después se afiliaría al SPD.⁸

Rosa difícilmente hubiera podido llegar en mejor momento. Desde 1896, Edouard Bernstein había comenzado a publicar en *Die Neue Zeit* una serie de artículos subsumidos bajo el título general de “Problemas del socialismo”. Una parte de estos se publicaría después, en 1899, como un libro independiente basó el título *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*, texto que con el paso del tiempo adquiriría el carácter de un verdadero manifiesto del revisionismo. Un año antes, en octubre de 1898, la dirigencia retóricamente revolucionaria, pero prácticamente reformista del SPD había hecho malabarismos en el Congreso de Stuttgart para soslayar cualquier pronunciamiento sobre las heréticas tesis de Bernstein. August Bebel, jefe máximo del SPD, declaraba que el Congreso debía abocarse al examen de “asuntos prácticos” y no inmiscuirse en “problemas teóricos” que, según él, poco o nada tenían que ver con el manejo cotidiano y las tácticas de lucha del partido. La principal cabeza teórica del partido, y de la II Internacional, Karl Kautsky, no solo había publicado los artículos en la revista de su dirección sino que, a lo largo de los debates en Stuttgart, adoptó una actitud distante y prescindente.⁹ Rosa, en cambio, había venido criticando a Bernstein desde el *Leipziger Volkszeitung*, en vísperas del Congreso de Stuttgart, publicando una serie de artículos en donde refutaba las tesis avanzadas por Bernstein en *Die Neue Zeit*.¹⁰ Completada su labor, con el agregado de nuevos capítulos, *¿Reforma social o revolución?* se convertiría en poco tiempo en uno de los textos clásicos más importantes del pensamiento marxista [...]

8 Nettl..., pp. 63-101.

9 Actitudes tanto más censurables si se tiene en cuenta que, según Lenin, Kautsky había sido un “marxista ortodoxo” por lo menos hasta 1909, año en que se publica un libro que el líder revolucionario ruso considera ejemplar desde el punto de vista de la teoría marxista. Se trata de *Der Weg zum Macht* (El camino al poder). Pero, como observan varios biógrafos de Kautsky, este era un hombre retraído que sentía una profunda aversión por las polémicas y los debates públicos.

10 Esos capítulos luego constituirían la primera parte de *¿Reforma social o revolución?*, una vez que Rosa completara el libro.

¿Reforma social o revolución?

Tesis fundamentales

Condiciones de producción

En su estupenda biografía sobre Rosa Luxemburgo, Nettl demuestra las enormes dificultades que nuestra autora tuvo que vencer para publicar su réplica a Bernstein y para que el Partido Socialdemócrata se aviniera a querer examinar sus planteamientos. Es que este partido se había convertido cada vez más en una estructura imponente, pero inoperante, gobernada por una capa de funcionarios pequeñoburgueses que lo último que querían para su partido era provocar una discusión teórica seria sobre el curso del capitalismo y la respuesta que se suponía debería brindar la socialdemocracia. En esta, “la organización se había vuelto un obstáculo potencial, la cohesión un factor de inmovilidad, la tradición un peso muerto”.¹¹ Por ello, cuando comienzan a divulgarse las tesis de Bernstein, a fines de 1896, la respuesta del partido fue minimizar el alcance de sus preocupaciones. Temas similares a los esbozados por Bernstein venían ventilándose con sordina en el partido desde 1891, pero fue este, con su serie de artículos titulada “Problemas del socialismo” en *Die Neue Zeit*, quien incendió la pradera al criticar todas y cada una de las principales tesis del marxismo.

La respuesta del teórico más importante del SPD y la II Internacional, Karl Kautsky, puede calificarse como de ingenua complacencia: consideró los dardos disparados por Bernstein como “sumamente atractivos” y no le parecieron merecedores de una crítica sistemática por su ataque a la doctrina que el propio Kautsky había contribuido a popularizar no solo en Alemania. Decimos “ingenua complacencia” porque, tiempo más tarde, este, consciente ya de las implicaciones de la revisión bernsteiniana, habría de plantear su divergencia de fondo con Bernstein. —“Nuestra cooperación ha terminado. No puedo seguirlo a usted más a partir de hoy” pero, siguiendo su cos-

¹¹ Nettl..., p. 203.

tumbre, solo lo haría en una correspondencia privada fechada el 23 de octubre de 1898, nunca en público¹² [...]

La crítica de Rosa a Bernstein, cuyos detalles veremos más adelante, se centraba en el abandono que este proponía del marxismo, pese a que Bernstein jamás abjuró explícitamente de las enseñanzas del maestro. A diferencia de algunos “posmarxistas” de nuestro tiempo, Bernstein se limitó a señalar algunas debilidades en los análisis de Marx que requerían una urgente tarea de decantación teórica para dejar de lado premisas y teoremas que habían sido refutados por la historia. Uno de los elementos decisivos de su análisis consistía en la comprobación de la creciente adaptabilidad del capitalismo, potenciada por la fusión entre las empresas, la utilización del crédito para atenuar los ciclos del capital y la ausencia de verdaderas crisis capitalistas en los últimos años. Nettl señala que esto no implicaba que Bernstein renunciara, al menos explícitamente, a los fines del socialismo. En ese sentido, nos dice, no era un “liquidacionista” como los mencheviques o, agregaríamos nosotros, la plaga posmoderna que se agita en nuestros días. Pero Nettl subestima las implicaciones que se derivan del hecho de que para Bernstein el socialismo no era una “necesidad histórica” sino un proyecto moral que tenía mucho más que ver con Kant que con Marx. Siendo esto así, lo importante era el movimiento de reformas graduales que, poco a poco pero persistentemente, nos iría acercando a ese ideal más que la obstinación en llegar a ese fin por la vía revolucionaria. La revisión de Bernstein contenía, además, un par de argumentos profundamente antagónicos con las tesis centrales del materialismo histórico: en primer lugar, sostiene que “con relación al liberalismo como un gran movimiento histórico distinto a los partidos que invocan su nombre, el socialismo es su legítimo heredero y no solo en su secuencia cronológica sino en sus cualidades espirituales”;¹³

12 Idem, p. 134.

13 En la segunda mitad del siglo xx, uno de los más articulados defensores de esta tesis sería Norberto Bobbio, quien reelaboraría las tesis de Piero Gobetti y Carlo Rosselli acerca del “socialismo liberal” en numerosos escritos, algunos de los cuales están referidos en la bibliografía que acompaña esta nota introductoria. Ver Bobbio (1988; 1994: especialmente el

y segundo, remata su argumentación en el último capítulo de su libro sentenciando que “el fin no es nada, el movimiento es todo”, con lo cual las políticas oportunistas del SPD, adquirirían por primera vez una legitimación teórica que jamás habían gozado anteriormente¹⁴ (Bernstein, 1982: 202).

En todo caso, donde sí tiene razón Nettl es cuando afirma que lo que Bernstein hace es simplemente decir, escribiendo en negro sobre blanco, lo que el partido alemán y sus sindicatos ya estaban haciendo, y que por eso le aconsejaba que tuviera la valentía de aparecer como lo que en realidad era: “un partido reformista, socialista y demócrata”.¹⁵ Su desacuerdo no era con las tácticas y las prácticas políticas del SPD, sino con la inflamada retórica revolucionaria que, ocasionalmente, era proferida por algunos de sus máximos dirigentes. De todos modos, la radicalidad de sus planteos no dejó de incomodar a algunos líderes de la social-democracia. Ignaz Aver, el secretario del SPD y gran organizador del “aparato” del partido, le escribió a Bernstein reprochándole la publicación de sus cautelosos consejos y su propuesta de abandonar la retórica revolucionaria. En tono afectuoso le decía en una carta que sería dada a conocer mucho después: “Querido Ede [...] uno no *dice* esas cosas, uno sencillamente las *hace*”¹⁶ (Nettl, 1974:136; énfasis en el original).

En este sentido, podría pues argumentarse que la vitriólica reacción de la izquierda del SPD tenía tanto que ver con el sinceramiento que se desprendía de los análisis de Bernstein como con sus sacrílegas críticas al corazón del corpus teórico marxista. Al final de cuentas, lo que Bernstein decía era que el SPD no era un partido de revolucionarios sino un moderado partido de pequeñosburgueses interesados en limar las aristas más ásperas del capitalismo, pero nada más. Y eso no podía sino provocar el enojo de quienes, como Rosa y tantos otros, querían que esa estructura partidaria se jugase en favor de la

capítulo de Salvatore Veca titulado “Socialismo e liberalismo”, 179-196), Bonanate y Bovero (1986) y, además, el intercambio epistolar entre Perry Anderson y Norberto Bobbio (1991).

14 Bernstein, Edouard: Edit. Siglo XXI, México, p. 202, 1982.

15 Nettl..., p. 172.

16 Idem, p. 136.

revolución y que ellos, como intelectuales marxistas y, por lo tanto, intransigentemente opuestos al capitalismo, podrían utilizar el enorme potencial organizacional del partido para librar desde ahí su combate contra el capital. Se comprende, por tanto, la importancia que Rosa le asignaba a la tesis, refutada por la historia para su propia desgracia, pues la pagaría con su vida, de que las ideas de Bernstein no representaban el sentir del partido, de su dirigencia y su militancia. [...]

Reforma y revolución: reflexiones desde la teoría

Rosa comienza su libro invitando al lector a formularse un par de preguntas retóricas: ¿puede la socialdemocracia manifestarse en contra de las reformas sociales?; ¿debemos oponer revolución social y reforma social? Su respuesta es terminante: no hay oposición posible entre reforma y revolución. “Para la socialdemocracia, existe una vinculación indisoluble entre reforma social y revolución social, en la medida en que la lucha por las reformas sociales es para ella el *medio*, mientras que la revolución social es *el fin*” (p. 99). Pero ¿cuál es la razón por la cual plantearse estas preguntas? Es que Bernstein, quien, según Rosa, “por primera vez” en la historia del movimiento obrero opone reformas sociales y revolución, obliga a una discusión seria sobre el asunto. Su teoría nos invita a renunciar a la revolución, el fin último u objetivo final de la socialdemocracia, al paso que convierte a las reformas, los medios de la lucha de clases, en el fin práctico, concreto, de sus desvelos. En sus propias palabras, el “fin [...] no es nada; el movimiento lo es todo” (p. 100). Para ella esto significaba, lisa y llanamente, el abandono del proyecto de transformación socialista de la sociedad burguesa y la adopción de un programa alternativo que se agotaba en la introducción de algunas reformas a la economía capitalista, pero sin afectar las estructuras fundamentales que perpetuaban la explotación del trabajo asalariado. Tal como Rosa

lo manifestara en su vibrante intervención en el Congreso de Stuttgart, “la conquista del poder político sigue siendo el objetivo final y este sigue siendo el alma de la lucha. [...] El movimiento sin relación con el objetivo final, el movimiento como un fin en sí mismo es nada para mí, y el objetivo final es todo”.¹⁷

Ya desde las primeras páginas de su pequeño libro, Rosa plantea con claridad el trasfondo no solo práctico, sino también teórico de la polémica y, por consiguiente, la importancia de librar una batalla en ambos frentes. Rosa reacciona enérgicamente ante el desdén de la dirigencia y el funcionariado del SPD por las cuestiones teóricas. Esta actitud había ya merecido ácidos comentarios de parte de Plejanov, quien indignado por las preocupaciones bajamente políticas de sus colegas alemanes le había escrito a Kautsky (en su calidad de director de la revista teórica del SPD, *Die Neue Zeit*): “Dice usted que sus lectores no se interesan en la filosofía: pues bien, usted debe obligarlos a interesarse”.¹⁸

Este reproche por cierto no podía ser dirigido a Rosa, profundamente interesada no solo en los temas económicos y políticos sino también en los filosóficos. Y es precisamente debido a esto que se enfurece cuando oye en su propio partido que “las controversias teóricas son solo una cuestión de los “académicos” (p. 101). No solo considera un juicio como este una calumnia que encanallece o envilece a la militancia del partido sino que, además, tales discusiones supuestamente “teóricas” y, por lo tanto, “alejadas” de las urgencias prácticas, en realidad reenvían a cuestiones que trascienden el plano de lo meramente filosófico y que en el caso concreto del oportunismo de Bernstein se resuelven en la siguiente cuestión: ¿cuál será el carácter de clase del movimiento obrero? ¿Será pequeñoburgués, cuya representación filosófico-política es el oportunismo, o será proletario, en cuyo caso su proyección teórica será la revolución?

Debido a estas consideraciones, en el capítulo final de su libro, Rosa subraya la extraordinaria gravedad e implicacio-

17 Luxemburgo, Rosa: Discursos en el Congreso de Stuttgart, 3-4 octubre, 1898. En www.marxista.org/archive/luxemburgo/1898/10/04.htm

18 Nettel..., p. 170.

nes de las tesis contenidas en la obra de Bernstein. Se trataría, en este caso, de aportar un “fundamento teórico a las corrientes oportunistas [en la socialdemocracia]” (p. 174). Este sesgo antiteórico —o al menos la actitud de encapsular las discusiones teóricas completamente al margen de la vida del partido— era incomprensiblemente compartido por el mayor teórico del SPD y la II Internacional, Karl Kautsky.¹⁹ Después de identificar en el oportunismo una cierta animosidad en relación con la “teoría”, Rosa afirma:

¿Qué es lo que caracteriza a estas prácticas oportunistas? La hostilidad hacia “la teoría”. Esto es completamente natural, puesto que nuestra “teoría” —es decir, los fundamentos del socialismo científico— establece límites muy definidos para la actividad práctica, tanto con respecto a *fin*es buscados como a los medios de lucha a aplicar, y también con respecto al *modo* de luchar. Por eso es natural que en todos aquellos que únicamente buscan resultados “prácticos” se manifieste la aspiración a tener las manos libres, o sea, a separar nuestra práctica de la “teoría”, a hacer que aquella sea independiente de esta (pp. 174-175).

Esta referencia, al final de su libro, de algún modo matiza y corrige el optimismo inicial de Rosa reflejado en las primeras páginas escritas con anterioridad al Congreso de Stuttgart, celebrado, como ya hemos visto, en octubre de 1898. Si en los capítulos iniciales de Rosa sobre este tema la premisa implícita era que las tesis de Bernstein no tenían caladura profunda dentro del partido, en sus conclusiones se advierte una tonalidad más

19 Dan cuenta de esta actitud de Kautsky numerosos estudios; ver, entre los más importantes, a Colé (1975: Tomo III), Badia (1999) y Matthias (1971). Ver asimismo el trabajo de Salvadori (1976), a nuestro juicio, la más esclarecedora y documentada indagación sobre la biografía político-intelectual de Kautsky, un personaje que no conoció desde el punto de vista de sus contemporáneos, sino dos actitudes: exaltación incondicional, por parte del propio Lenin hasta 1909, o condena absoluta, como ocurriría después de esa fecha y sobre todo luego de que estallara la Primera Guerra mal. En su notable obra, Salvadori permite captar los complejos matices de su pensamiento y las condiciones que causaron su sinuosa evolución, o involución.

amarga y desengañada, sin duda derivada de la renuencia del congreso partidario a condenar al oportunismo de Bernstein. Según Nettl (1974:134):

En el congreso prevaleció la impresión de que el resentimiento contra Rosa Luxemburgo y Parvus [por sus encendidos ataques en contra de la bonachona figura de Bernstein] ahogaría las dudas tentativas de muchos en relación con Bernstein. El congreso encareció a todos que regresaran a casa y pensarán con más calma. ¿Quién podría asegurar que al cabo de un año todo el asunto no habría dejado de excitar los ánimos. Los dirigentes del SPD eran buenos políticos: antes de sentirse obligados a enzarzarse en cualquier controversia partidaria, hacían todo lo posible por dejar que esta muriera de muerte natural.

Los capítulos finales de *¿Reforma social o revolución?*, escritos luego del congreso, traslucen esa decepción. Y si al principio se le negaba entidad a las tesis bernsteinianas como representativas de un estado de opinión dentro del partido, al final del texto estas aparecen como la culminación teórica del oportunismo llamada a justificar una práctica política vacilante, cautelosamente reformista y, a la postre, derrotista. “Por eso vimos que todos los elementos oportunistas se agruparon en torno a su bandera [de Bernstein] en el congreso de Stuttgart” (p. 175). Elementos que, conviene recordarlo, con sus evasivas terminaron legitimando los planteamientos de la “herejía” que venía de Londres y que fueron tan denodadamente combatidos por Rosa, al punto tal que estaba dispuesta a entregar la mitad de su vida para refutarlos.²⁰

20 Recuérdese que Bernstein tuvo que huir de Alemania cuando Bismarck proclamó la legislación antisocialista que provocó el exilio de numerosos cuadros intelectuales y activistas de la socialdemocracia. Bernstein fue uno de los que más tiempo estuvo —gran parte de su exilio en Londres luego de una estancia relativamente corta en Suiza—, donde tomó estrecho contacto con Engels al punto tal que se convertiría en una suerte de secretario y albacea testamentario del amigo de Marx. Regresó a Alemania recién en 1901. Es decir, gran parte del *Bernstein Debatte* lo mantuvo desde su exilio londinense.

La economía política del oportunismo

Rosa comienza su libro con un ataque frontal en contra de las tesis económicas de Bernstein, la más importante de las cuales y que articula a su vez a otras de menor rango es la que se refiere al curso general de la economía capitalista. Este autor asegura que el derrumbe general del capitalismo se ha vuelto sumamente improbable, por no decir imposible, y esto a causa de dos factores principales: por un lado, una mayor capacidad de adaptación que le permite al sistema absorber las tensiones propias de las crisis; y, por el otro, la extraordinaria diseminación y diferenciación de la producción capitalista.

La renovada capacidad de adaptación del capitalismo se manifiesta en tres procesos principales. Primero, la desaparición de las crisis generales debido al enorme desarrollo alcanzado por el crédito, el surgimiento de trusts y cárteles empresariales unidos al avance en los medios de transporte y comunicación; segundo, por la expansión de un heteróclito conjunto de sectores medios, producto de la formación de pequeñas y medianas empresas y la movilidad ascendente de ciertas capas del proletariado, todo lo cual desmiente la previsión de los fundadores del materialismo histórico acerca de la inexorable polarización económica y social; y tercero, por la elevación de la situación económica y política del proletariado como resultado de la lucha de sus sindicatos y partidos. Estas mutaciones de la sociedad capitalista necesariamente deben traducirse en una redefinición de la tarea de la socialdemocracia, la que debería concentrarse en seguir mejorando la condición de la clase trabajadora mediante la acción sindical, fortaleciendo los mecanismos de control social, promoviendo el desarrollo del cooperativismo y de una legislación que, gradualmente, logre la instauración del socialismo sin necesidad de desatar los fragores revolucionarios. Rosa concluye que la argumentación de Bernstein no plantea que el curso del desarrollo capitalista se va desacelerando, atenuando de ese modo el estallido de las contradicciones que provocarían su hundimiento. Lo que él dice es algo mucho más radical: es el propio curso del capitalismo lo que ha cambiado, poniendo

seriamente en entredicho la viabilidad de una estrategia revolucionaria para la instauración del socialismo.

Rosa reconoce que la teoría marxista ha declarado que el punto de partida para la instauración del socialismo sería una crisis general del capitalismo; no obstante, cree que es preciso distinguir entre la idea fundamental sobre la crisis y la forma en que esta finalmente habrá de manifestarse (p. 105). La idea básica es que la sociedad capitalista, a causa de sus propias contradicciones sistémicas, padece insanablemente de un desequilibrio que a la larga ocasionará su derrumbe. Pero, agrega, más allá de las formas que pueda asumir esta crisis, lo esencial en el pensamiento marxista es la acción de tres elementos. Primero, y principal, la inherente e inerradicable anarquía de la producción, que conduce a este modo de producción a su inevitable derrumbe; segundo, la sostenida socialización de los procesos productivos, lo que lleva en su seno los gérmenes del nuevo orden social poscapitalista; y tercero, la creciente capacidad organizativa de las clases subalternas y su cada vez más esclarecida conciencia de clase, todo lo cual la convertirá en un protagonista formidable en la construcción del nuevo orden.

Bernstein descrea del carácter entrópico de la anarquía de la producción, de lo cual se desprende una conclusión terminante: si no hay colapso inevitable del capitalismo, el socialismo deja de ser históricamente necesario.²¹ Se convierte, como lo dirá con mucho énfasis en el capítulo final de su libro, en un imperativo moral. En cuanto a los otros dos factores antes mencionados: la socialización de los procesos productivos y la organización y la conciencia de los trabajadores son reconocidos en su importancia, pero Bernstein no les asigna la capacidad suficiente como para producir el desplome del orden social capitalista.

21 El debate en torno al “hundimiento” o el “colapso” del capitalismo tiene una larga tradición. Se ha convertido en un lugar común afirmar que Rosa adhiere a las visiones que hacen una lectura de Marx como el profeta del hundimiento automático e inevitable del capitalismo. Sin embargo, sobre su postura hay muchas interpretaciones. Ver, y no solo para el caso de Rosa, el libro fundamental de Henryk Grossmann (1979) sobre las teorías de las crisis en el análisis marxista. Ver asimismo la obra de Albuquerque Salles (2009), recientemente aparecida.

Tampoco lo hace Rosa, habida cuenta del papel que estos dos factores desempeñan en el esquema bernsteiniano.

La conclusión es una postulación “idealista” kantiana para más datos, pues Rosa utiliza la expresión “razón pura” para referirse a la argumentación bernsteiniana y a veces habla de San Emmanuel, para referirse claramente al autor de la *Crítica de la razón pura* que volatiliza por completo la necesidad objetiva del socialismo como producto del desarrollo material de la sociedad. El resultado es un verdadero dilema: si el revisionismo de Bernstein es correcto entonces la revolución socialista no pasa de ser un extravío utópico; pero si, como cree Rosa, la teoría de los “medios de adaptación” resulta ser falsa, entonces el socialismo deja de ser una utopía.

La adaptabilidad del capitalismo

Bernstein hace reposar su diagnóstico en el papel desempeñado por tres factores que, en las últimas décadas del siglo XIX, contribuyeron a dotar de una flexibilidad y capacidad de adaptación sin precedentes al sistema capitalista: la expansión del crédito, el crecimiento de las coaliciones empresariales (cartelización) y los adelantos experimentados en los medios de comunicación y transporte. En el segundo capítulo de su obra, Rosa se dedica a analizar los dos primeros factores, no así el tercero. En relación con el crédito lo que dice es que “reproduce todas las contradicciones cardinales del mundo capitalista, las lleva al absurdo; las traspone, pues, a su propia deficiencia y acelera su ritmo, en la medida en que las empuja a su propia destrucción: el colapso” (p. 110). Lo que hace el crédito, paradójicamente, es potenciar las contradicciones del sistema al sostener artificialmente una situación irresoluble. En cuanto a la cartelización, la confianza que deposita Bernstein en su predisposición para acordar estrategias comunes que pongan fin a la anarquía de la producción carece de todo fundamento. Trusts y cárteles, centralizar y concentrar el capital, exacerban la competencia y agravan aún más la anarquía del proceso de producción, toda

vez que la cartelización completa de una rama o sector de la economía es inalcanzable, y en la medida en que ese proceso avanza, la polarización social crece aún más:

[Lleva] al extremo la lucha entre los productores y los consumidores [y agudiza], asimismo, la contradicción entre los modos de producción y de apropiación, por cuanto enfrenta de la forma más brutal al proletariado con la omnipotencia del capital organizado y, de esta manera, agudiza la contradicción entre capital y trabajo. [Agudiza], por último, la contradicción entre el carácter internacional de la economía mundial capitalista y el carácter nacional del Estado capitalista, en la medida en que siempre tienen, como fenómeno concomitante, una guerra arancelaria general, y así llevan al extremo las contraposiciones entre los diversos Estados capitalistas (pp. 112-113).

En la segunda edición del libro, que viera la luz en Dresden en 1908 y que es la que ahora presentamos al público, Rosa señalaba que lo que corrobora la falsedad de las tesis de Bernstein es el hecho de que “la crisis más reciente (1907-1908) se ensañó especialmente con los países en que más desarrollados están los famosos medios de adaptación capitalistas —crédito, comunicaciones, transportes y trusts— (p. 116). Y, poco después, formula una tesis aún más radical, al decir que la “presunción de que la producción capitalista podría ‘adaptarse’ a la distribución presupone una de estas dos cosas: o bien que el mercado mundial puede crecer ilimitadamente y hasta el infinito; o, por el contrario, que las fuerzas productivas detengan su desarrollo para no superar los límites del mercado” (p. 116). Rosa rechaza ambas posibilidades: la primera por ser una imposibilidad material habida cuenta de las limitaciones que la finitud de la geografía y el espacio imponen a la expansión del modo de producción, y la segunda porque requeriría el completo desarrollo, y la eventual parálisis, de las fuerzas productivas, lo que constituye una imposibilidad económica y social. De ahí, el terminante rechazo de la propuesta bernsteiniana.

Como conclusión, podría decirse que si bien la crítica de Rosa es correcta en lo esencial adolece, sin embargo, de un cierto “economicismo” que atenta contra su capacidad explicativa.

Porque más allá de la dudosa eficacia de los factores señalados por Bernstein, no puede ignorarse el impacto político e ideológico que estos tienen en la gestación de un consenso de masas conservador y quietista que, en la práctica, refuerza la flexibilidad del capitalismo y su capacidad para procesar coyunturas críticas hasta límites desconocidos hasta entonces. Rosa tiene razón cuando asegura que el crédito no suprime las contradicciones del modo de producción capitalista, pero no es menos cierto que su universalización genera entre vastas capas de la población —sobre todo pero no solo la pequeña burguesía— la sensación de que el sistema funciona adecuadamente y es invulnerable a las crisis. Que en esto hay un elemento fetichista está fuera de discusión. Pero no debería olvidarse que la economía capitalista se sustenta en el fetichismo de la mercancía, algo que Marx demostrara desde el primer capítulo del Tomo I de *El Capital*. De modo que por más que el crédito en el largo —quizás en el muy largo— plazo exacerbe las contradicciones del sistema, hasta que se llegue a esa situación límite opera política e ideológicamente como un factor de estabilización de la economía capitalista y, en ese sentido, actúa retardando el estallido de las crisis o, al menos, atenuando las oscilaciones del ciclo económico.²²

Algo similar podría decirse en relación con el papel de los trusts y cárteles en la agudización de las contradicciones en el seno de las economías capitalistas. Lo que nos parece que Rosa no apreció en sus justos términos fue una tendencia —incipiente

22 En este sentido, cabría señalar la experiencia del capitalismo norteamericano y papel fundamental que la generalización del crédito ha tenido para sustentar la *American dream* de que cualquiera puede llegar a ser millonario y que es una sociedad “abierta” en donde no existen barreras de clase. De modo más modesto, la expansión crédito en Chile y Argentina han sido factores importantes en la creación de un senso conservador que en el primero ha favorecido al pinochetismo y sus herederos en materia económica, la Concertación. En la Argentina, el rotundo triunfo de Menem en las elecciones presidenciales de 1995 fue considerado por muchos analistas como una expresión del “voto cuota”, aludiendo con esto a la apuesta a favor de la estabilidad del elenco gubernamental y sus políticas por vastos sectores de la sociedad que habían contraído créditos dolarizados por la convertibilidad.

en la época en que escribía este libro— a la conformación de un vasto universo de capas medias asalariadas que se expandía a un ritmo mucho más rápido que la declinación de la pequeña burguesía y el empresariado medio, que pugnaban por no ser devorados por la polarización social. En otras palabras, poco más de un siglo después, la fisonomía de los capitalismo avanzados muestra un grado desorbitado de concentración y centralización del capital, en donde las megafusiones empresariales llegaron a extremos inconcebibles no solo para Rosa sino para Lenin, que sobre el tema escribiera casi tres lustros después en su clásica obra *El imperialismo, fase superior del capitalismo* [...].

Estado, sindicatos y reformismo

Dado que Bernstein rechaza la tesis del hundimiento del capitalismo y, por consiguiente, la viabilidad y/o practicidad del salto revolucionario que permita “tomar al cielo por asalto”, ¿cómo llegar al socialismo? Es el tema que examina Rosa en los apartados III y IV de la primera parte de su obra, reconociendo que las respuestas que ofrece Bernstein son indirectas o elípticas, casi siempre sumergidas en la oscuridad. No obstante, la cuidadosa inspección que de su argumento realiza Rosa le permite concluir que la ruta parlamentaria, evolutiva y gradualista al socialismo estaría garantizada, según Bernstein, por el papel de los sindicatos, las reformas sociales y la democratización política del Estado (p. 119).

Pero Rosa era muy crítica del papel de los sindicatos, lo que le ganó no pocos enemigos durante sus años en el SPD. Y en su réplica a Bernstein, sus argumentos son demoledores. Los sindicatos tienen por misión regular las condiciones en que se produce la compraventa de la fuerza de trabajo y, por ende, la extracción de la plusvalía.

Los principales factores que condicionan este proceso se hallan completamente fuera del control de las organizaciones de trabajadores toda vez que estos no tienen poder alguno para

influir sobre la demanda de fuerza de trabajo, determinada por las condiciones de la producción y las estrategias de inversión de los capitalistas; sobre la oferta de fuerza de trabajo, creada por la proletarización de las capas medias y la dinámica demográfica del proletariado; y sobre la productividad de la fuerza de trabajo en las diferentes ramas de la producción. Debido a estas restricciones, Rosa concluye que los sindicatos, “por tanto, no pueden abolir la ley capitalista del salario; en el mejor de los casos, pueden circunscribir la explotación capitalista dentro de los límites ‘normales’ de un momento dado, pero no pueden eliminarla, ni siquiera gradualmente” (p. 120). Este impecable razonamiento, sólidamente anclado en el análisis marxista de la ley del valor, refuta inapelablemente las ilusiones bernsteinianas acerca del papel emancipador de los sindicatos. Sus únicos frentes efectivos de lucha serían la pugna por aumentar los salarios y reducir la jornada de trabajo, es decir, tratar de regular las condiciones de la explotación de acuerdo a las condiciones establecidas por el mercado y la coyuntura política (p. 121).

Una crítica no menos categórica dirige Rosa contra las llamadas “reformas sociales” introducidas por la vía de la legislación. Bernstein considera a la leyes protectoras de los derechos de los trabajadores como distintos dispositivos de “control social” sobre el despotismo del capital y, por lo tanto, como una plataforma desde la cual construir el socialismo. Extendiendo los límites de su argumentación, Rosa plantea que la llamada “reforma social” encuentra sus límites naturales en los intereses del capital” (p. 123).²³ Esto es así porque las reformas sociales son instituidas por un Estado que, pese a las elucubraciones

23 “Extendiendo los límites” porque Rosa excluye a priori la posibilidad de que determinadas reformas sociales o laborales respondan a coyunturas en las cuales las clases dominantes se ven obligadas a ceder ciertos privilegios o a renunciar a algunas prerrogativas. Es cierto que su horizonte de visibilidad, limitado fundamentalmente a la Alemania de fines del siglo XIX y comienzos del XX, no le permitía ver muchos ejemplos de reformas que fueron impuestas por la arrolladora irrupción de las clases populares en la arena política, como habría de acontecer especialmente después de la Primera Guerra Mundial y la Gran Depresión de los años treinta. Sobre este tema sigue siendo muy instructiva la lectura de Buci-Glucksmann y Therborn (1981) y Esping-Andersen (1990).

de Bernstein, continúa siendo el Estado de la sociedad capitalista y expresión de los intereses de sus clases dominantes. Por consiguiente, las reformas que ese Estado introduzca por la vía de la legislación solo excepcionalmente, y casi siempre por poco tiempo, podrán operar en un sentido contradictorio con sus intereses de clase.

Rosa examina también el papel de la transformación política del Estado en la facilitación de la progresión gradual al socialismo, otra de las razones aducidas por Bernstein a favor de su propuesta. Para este, las reformas sociales introducidas por la vía legislativa van paulatinamente cambiando la naturaleza del Estado que, progresivamente, se va convirtiendo en un Estado de toda la sociedad. O, dicho en otros términos por el mismo Bernstein, se produce una fusión del Estado con la sociedad con lo cual el primero ve diluirse su naturaleza clasista. Desde una perspectiva rigurosamente marxista, Rosa rechaza esa hipótesis reafirmando el carácter de clase del Estado. Reconoce, eso sí, que “el desarrollo del capitalismo va preparando, poco a poco, la futura fusión del Estado y la sociedad; [...] la devolución de las funciones del Estado a la sociedad” (p. 126). [...]

Militarismo y desarrollo capitalista

Otro tanto ocurre con el militarismo: la guerra fue “un factor indispensable del desarrollo capitalista”, verdad ratificada en los casos de Estados Unidos, Alemania, Italia y los países de los Balcanes. La guerra destruyó fronteras que eran disfuncionales para la acumulación capitalista, superó divisiones internas y alteró equilibrios de fuerzas que obstaculizaban la reproducción ampliada del capital. Pero en la actualidad, observa Rosa, el militarismo no empuja a las sociedades capitalistas a guerrear en contra de los países atrasados, en esas típicas guerra de conquista y pillaje colonial animadas por el propósito de apoderarse de sus riquezas introduciendo el capitalismo en regiones periféricas, sino que quienes van a la guerra lo hacen como resultado de su similar madurez en el desarrollo capitalista. El

militarismo y la guerra, por ende, tendrían consecuencias catastróficas para la sociedad en su conjunto y, según Rosa, para el propio desarrollo del capitalismo. Pero, agrega, el militarismo cumple una función “indispensable” para la clase dominante en tres cuestiones fundamentales: en la competencia que esta libra con los capitalistas de otras naciones por el control de los mercados; para facilitar la colocación del capital industrial y financiero excedente; y para asegurar el control y la sumisión de la población trabajadora. Se equivoca Rosa cuando, a partir de lo anterior, sostiene que “en sí mismos, todos estos intereses no tienen nada que ver con el progreso del modo de producción capitalista” (p. 128). En realidad, tienen mucho en común. Es más, podría decirse que estas tres funciones consideradas como indispensables para la consolidación nacional e internacional de la burguesía fueron desde siempre imprescindibles también para el desarrollo del capitalismo como un modo de producción y no solo para maximizar la rentabilidad de los negocios de la clase dominante. ¿O es que el control ideológico y político, además de social, de las clases subalternas no ha sido, en el pasado tanto como en la actualidad, necesario para la instauración y sostenimiento del modo de producción capitalista? Ese control se procesó mediante un conjunto de pautas culturales y dispositivos institucionales: la tradición y los usos y costumbres, a los que se agregan los manicomios, los hospitales, la escuela, la cárcel, la policía, las iglesias y, por supuesto, las fuerzas armadas.²⁴ Que el poder militar, o naval, en el caso de Gran Bretaña, favoreció el desarrollo de las burguesías casi desde los orígenes del capitalismo es algo que está muy bien establecido en la literatura especializada. Lo mismo puede decirse de la piratería, alentada y protegida por algunos Estados, especialmente a partir del “descubrimiento” de América, en su lucha contra las metrópolis ibéricas. Podría, además, afirmarse que el militarismo y el proteccionismo continúan, al día de hoy, siendo elementos decisivos para garantizar la continuidad y el

24 Ver la obra de Michel Foucault, principalmente sobre hospicios, cárceles y otras instituciones de este tipo; o los trabajos de Charles Tilly y Theda Skocpol sobre fuerzas armadas, burócratas y policías.

dinamismo de la acumulación capitalista, el primero como una suerte de “keynesianismo perverso” en donde el gasto militar se constituye en la fuente de una demanda insaciable —basada en el despilfarro y la destrucción permanente de las fuerzas productivas— que favorece no solo a la clase dominante sino que, indirectamente y por múltiples vías, una de las cuales es el empleo, a la economía capitalista en su conjunto.²⁵ Y el segundo, el proteccionismo, como un recurso irrenunciable en las duras condiciones de la competencia mundial y cuya persistencia desnuda la hipocresía de los discursos que exaltan la “libertad de comercio” de las potencias metropolitanas. [...]

Después de Stuttgart

[...] El congreso del SPD en Stuttgart no condenó la “desviación” oportunista de Bernstein. Tenía muy poderosas razones para ello: lo que hacía la argumentación del exiliado no era otra cosa que codificar la práctica política y sindical concreta que había estado siguiendo el partido, y los delegados, en general muy poco dados a cuestiones teóricas o doctrinarias, no veían razones para condenar a quien le asignaba a la dirigencia sindical y a los representantes en el Reich un envidiable protagonismo en la instauración indolora, pulcra y sin sobresaltos del socialismo.

Poco después de concluido el congreso, que recordemos tuvo lugar en octubre de 1898, Bernstein recopila los artículos que venía publicando en *Die Neue Zeit* y los transforma en el libro *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*, que vio la luz en la misma ciudad de Stuttgart a comienzos de 1899. Rosa arremete contra esta obra y, en ese mismo año, publica en Leipzig su *¿Reforma social o revolución?* El libro de Rosa se compone, como decíamos, de sus artículos de 1898, que son los primeros cinco de su libro, y los restantes que agrega una vez que tiene en sus manos el libro de Bernstein con la exposición final de sus ideas. Por eso es que puede distinguirse

25 Situación que se ve agudizada en el contexto de la “guerra infinita” contra el terrorismo proclamada por George W. Bush desde el 11/S.

en *¿Reforma social o revolución?* dos partes, la segunda de las cuales recapitula algunos elementos de la primera pero en donde, a nuestro juicio, se desarrollan algunos planteamientos sumamente novedosos, sobre todo en cuanto a la reflexión filosófico-política al interior del marxismo. Es nuestro parecer que el libro de Rosa gana en densidad teórica en esta parte final, sobre todo en los dos últimos apartados en donde su penetrante mirada examina algunos de los problemas y desafíos políticos más importantes que se erigen ante cualquier tentativa de construir una sociedad socialista.

El primero de los apartados de esta segunda parte, reitera las críticas formuladas a la defectuosa interpretación de la teoría económica de Marx y a las estadísticas que Bernstein añade, en realidad de manera bastante rudimentaria, para fundamentar sus interpretaciones. Por esta razón no habremos de detenernos en su análisis, salvo para subrayar la pertinencia de la observación de Rosa acerca de que para Bernstein la teoría de la plusvalía es una simple abstracción, que no tiene más méritos que la teorización de Bawerk y Jevons cuando reducen toda la vida económica a la “utilidad abstracta”.²⁶ A lo que Rosa responde, primero, sentenciando que quien no comprenda la ley del valor de Marx no tiene la menor capacidad para comprender la totalidad y el significado de su doctrina; y, segundo, que la teoría de la plusvalía no es una “invención” de Marx, producto del capricho de su intelecto, sino que es un “descubrimiento” de algo que estaba ahí y no era visto por el saber convencional. La “utilidad abstracta”, por el contrario, es, “de hecho, una ilusión mental” que poco o nada tiene que ver con el funcionamiento real de una economía (p. 146).

26 Eugen von Böhm-Bawerk y William Jevons fueron dos economistas, austríaco el primero, británico el segundo, que dieron forma a la teoría llamada “marginalista”. Sus contribuciones son un punto de ruptura con la economía política clásica que, bajo diferentes formas —David Ricardo, a diferencia de Karl Marx— reposaba sobre la teoría del valor-trabajo. Para los marginalistas, el valor está dado por la percepción subjetiva que los consumidores realizan de la “utilidad marginal” producida por la adquisición de ciertos bienes. Su influencia se extiende hasta el día de hoy en las teorías neoclásicas que sustentan al proyecto neoliberal.

La democracia y sus protagonistas

En el siguiente apartado, Rosa vuelve a examinar el papel de los sindicatos y las cooperativas en la construcción del socialismo. Expone, en primer lugar, la tesis central de Bernstein, formulada en los términos que se detallan a continuación.

[El] socialismo se realizará por dos vías: los sindicatos —o, como él los llama, la democracia económica— y las cooperativas. Por medio de los primeros, pretende acabar con el beneficio industrial; por medio de las segundas, con el beneficio comercial (p. 148).

Rosa no dedica demasiado tiempo a argumentar en contra de esta tesis. Observa el papel subordinado que en una economía capitalista desempeñan las cooperativas, dado que quien comanda el proceso de acumulación es la empresa privada en el marco de férreas leyes de competencia que, más pronto que tarde, obligarán a las cooperativas “a tener que regirse con todo el absolutismo de una empresa”, por lo cual, les guste o no, deberán asumir el papel “de empresarios capitalistas”. Por lo tanto, o bien devienen en empresas capitalistas o, caso contrario, están condenadas a la desaparición. Y esto se aplica no solo a las cooperativas de productores sino también, con algunos matices, a las de consumidores imposibilitadas de constituirse como tales en las ramas más importantes de la producción capitalista debiendo restringirse, en consecuencia, al “pequeño mercado local y a unos pocos productos de primera necesidad, especialmente, productos alimenticios” (p. 150).

Consideraciones igualmente pesimistas se vuelcan en relación con el papel de los sindicatos, tema que ya Rosa había examinado en la primera parte de su libro: estos no podían determinar ni la demanda de mano de obra, ni su oferta, ni las condiciones de la productividad laboral. Por lo tanto, están condenados a regular la tasa de explotación en “una especie de trabajo de Sísifo” en donde cada mejora de la remuneración de los trabajadores es posteriormente neutralizada por la opera-

ción de los factores antes mencionados y sobre los cuales los sindicatos no tienen control alguno.

En suma, “la socialdemocracia trata de implantar la *distribución socialista* por medio de la eliminación del *modo de producción capitalista*, mientras que la propuesta de Bernstein es justamente la contraria: luchar contra la *distribución capitalista* con la esperanza de así implantar paulatinamente el *modo de producción socialista*” (p. 153). La socialdemocracia lo que quiere es suprimir el modo de producción capitalista porque es este quien determina qué cómo y cuánto se distribuye y no al revés. Suprimido el capitalismo, podrá establecerse un patrón distributivo socialista totalmente liberado de las restricciones que impone el mercado. En el fondo, al no haber un condicionamiento económico que provoque la necesidad histórica del socialismo, este pasa a depender, para su realización, del afán de justicia de los hombres y de su libre albedrío, de sus ansias por construir una sociedad mejor. Rosa fulmina ese razonamiento diciendo que volvemos al “enclenque Rocinante sobre el que todos los Don Quijotes de la historia han galopado hacia la gran reforma del mundo, para finalmente no conseguir más que puñetazos y palos” (p. 153).

Esbozo de una teoría de la democracia

Rosa se asombra ante el optimismo democrático de Bernstein, que cierra sus ojos ante los avances de la reacción en toda Europa. Estos retrocesos, del cual el propio Bernstein fue una víctima durante tantos años (¡recordemos que, desterrado, recién en 1901 pudo regresar a Alemania!), son para él desórdenes momentáneos o accidentales. Para Bernstein, “la democracia es una etapa inevitable en el desarrollo de la sociedad moderna; e incluso es para él, como para los teóricos burgueses del liberalismo, la gran ley fundamental del desarrollo histórico en general, a cuya realización deben colocarse todos los poderes efectivos de la vida política” (p. 154). Efectivamente, hay en Bernstein una suerte de “fatalismo democrático”, de raigambre hegeliana,

que de ninguna manera puede ser convalidado siquiera por la mirada más superficial del proceso histórico.²⁷ Rosa observa que lo que hace la argumentación de nuestro autor es exaltar los avances registrados en un período muy breve del desarrollo capitalista —los últimos 20 o 25 años y en algunos países europeos— y, a partir de ese breve arco temporal, extraer conclusiones que, vistas desde una perspectiva de larga duración, son pasibles de numerosas objeciones.

Para fundamentar su crítica, nuestra autora sostiene que “encontramos la democracia en las formaciones sociales más diversas” (p. 154). En el comunismo primitivo, en el esclavismo del mundo antiguo y en las comunas medievales se dieron formas más o menos embrionarias de democracia. Con la primigenia instauración del capitalismo, este modelo sobrevivió en ciertos municipios medievales, especialmente en Italia. Pero, luego, el capitalismo se encontró más seguro bajo el manto de las monarquías absolutas y, posteriormente, a partir de la Revolución Francesa, en la república democrática. No obstante, el patrón de desarrollo político demuestra que no ha habido un ascenso sin pausa hacia las cumbres democráticas, sino una permanente ida y vuelta, en donde algunos avances democráticos eran cancelados por la restauración de regímenes reaccionarios de diverso tipo. En Alemania, señala con acierto, “la única institución verdaderamente democrática, el sufragio universal, no es una conquista del liberalismo burgués” sino de la continua presión de las capas populares (p. 155). Rosa prosigue con los ejemplos: en Rusia, el capitalismo viene abriéndose paso bajo el yugo del absolutismo zarista “sin que la burguesía ofrezca, de momento, señales de anhelar la democracia”; y en Austria, esa misma clase avala permanentemente, al igual que sus congéneres de Alemania, una de las monarquías más reaccionarias de Europa. Por eso concluye que allí donde tengamos “algo de democracia”, esto no se debe al impulso democrático de

27 Hegeliana, más que toquevilliana, porque para el francés, lejos de ser la manifestación del despliegue de la Idea en la historia, el avance de la democracia era un proceso traumático que generaba muerte y destrucción por doquier. Ver Tocqueville (1995). Un examen de sus planteamientos en esta materia se encuentra en Boron (2007a).

la burguesía sino que es una conquista lograda precisamente luchando contra ella.²⁸

Esta rápida ojeada histórica y comparativa le permite a Rosa concluir que el “progreso ininterrumpido de la democracia”, que tanto para Bernstein como para el liberalismo —y, agregaríamos nosotros, para el saber convencional de las ciencias sociales— “consideran la gran ley fundamental de la historia humana”, tiene escaso asidero en la historia real de las sociedades capitalistas. Con toda razón nuestra autora sostiene que es imposible establecer alguna relación absoluta y general entre el desarrollo capitalista y la democracia, de donde se deduce que debemos abandonar toda esperanza de establecer la democracia como una ley general de desarrollo histórico, aún dentro de la estructura de la sociedad moderna (Meiksins Wood, 1999). Dados estos antecedentes y habida cuenta de la reiterada capitulación de la burguesía y del liberalismo ante regímenes despóticos de diverso tipo, nuestra autora concluye con razón que el movimiento obrero y, más generalmente, las fuerzas socialistas, son el único soporte posible de la democracia. “Quien renuncia a la lucha por el socialismo”, como hace Bernstein, “renuncia tanto al movimiento obrero como a la democracia” (p. 159). Anticipa así el rotundo aforismo que se popularizaría años después bajo la forma: “no hay democracia sin socialismo, no hay socialismo sin democracia.”²⁹

Producto de esta somera revisión, Rosa concluye que, a diferencia de la burguesía, las clases populares necesitan ineludiblemente de la democracia. Esta es un requisito “necesario e indispensable”, porque aún con sus limitaciones este régimen político crea las condiciones que harán posible, una vez conquistado el poder, emprender la gran obra de transformación social que impulsa la socialdemocracia. Las luchas democráticas, además, ayudan al mejor conocimiento de los

28 Una aplicación de este razonamiento a la historia de América Latina se encuentra entre los trabajos del autor de esta introducción. Ver también el incisivo análisis del duramente desaparecido intelectual mexicano Carlos Pereyra (1990).

29 Este tema sería retomado al finalizar el siglo xx por el marxista inglés Ralph Miliband (1997: Cap. 2 y 3).

verdaderos intereses de las clases subalternas y de la responsabilidad que tienen en la creación de un mundo mejor. Pero contrariamente a la tesis defendida por Bernstein, la democracia no torna superflua la conquista del poder político, sino que la hace posible y necesaria. Las vías y medios de luchas para concretar ese proyecto pueden ser distintos y variados, y las que ofrece la república democrática son de enorme importancia. Pero, Rosa se encarga de subrayar, en un pasaje que conserva toda su actualidad, que “la más formidable transformación de la historia”, esto es, el tránsito “desde la sociedad capitalista hasta el socialismo”, jamás podrá hacerse sin la conquista del poder.³⁰ Tanto Engels en su “Introducción” de 1895 a *Las luchas de clases en Francia* como Marx, en distintas oportunidades, anotaron que bajo ciertas condiciones muy especiales el proletariado podría llegar a conquistar el poder político por las vías institucionales y legales.³¹ Pero eso de ninguna manera ponía fin a su proyecto sino que, al contrario, instalaba a las clases y capas subalternas en una posición desde la cual debían poner manos a la obra e implementar su trascendental programa de transformación social. Rosa lo dice con toda claridad: “Lo que Marx mencionaba [...] como algo posible es el *ejercicio pacífico de la dictadura del proletariado*, y no la sustitución de la dictadura por reformas sociales de carácter capitalista” (p. 165). Un cambio de esta envergadura no puede ser realizado en un simple acto feliz, recuerda Rosa, pues la transformación socialista supone una larga y ardua lucha en la cual los enemigos de la revolución y los grandes beneficiarios del *statu quo* librarán una batalla desesperada para frustrar toda tentativa de cambio. [...]

30 Un buen recordatorio para quienes, siguiendo a Holloway y aceptando acríticamente algunas propuestas del Subcomandante Marcos, creen que no solo se puede cambiar el mundo sino también hacerlo de nuevo sin tomar el poder. Ver Boron (2001).

31 Hemos examinado este punto en “Friedrich Engels y la teoría marxista de la política”, cap. 2 de *Tras el búho de Minerva* (Boron, 2000).

La irrenunciable conquista del poder político

Habiendo establecido que sin socialismo no hay democracia, Rosa pasa a examinar la siguiente cuestión: la democracia, “¿torna superfina o imposible una revolución proletaria, es decir, la conquista del poder político por la clase trabajadora?”. Como comprenderán muy fácilmente la lectora y el lector de nuestros días, pocas preguntas podrían ser más trascendentes y urgentes que esta. Si algo ha caracterizado al pensamiento de la izquierda en los últimos años ha sido la perniciosa gravitación de un discurso que, desde una pretendida renovación teórica, invita a las clases y capas subalternas a abandonar toda pretensión de conquistar el poder político. En el caso de la conocida obra de Hardt y Negri, *Imperio*, esta propuesta se funda en dos gravísimos errores de diagnóstico: primero, que el Estado-nación se encuentra en una crisis terminal y que, por lo tanto, ha dejado de ser el *locus* clásico del poder como lo era en el pasado; segundo, que como producto de lo anterior se desarrolla una nueva entidad, el imperio, completamente desterritorializada y descentrada y que priva de todo sentido una propuesta de “tomar el poder”. Para colmo, la ocurrencia de ambos autores remata en un inverosímil “imperio sin imperialismo”, verdadera *contradictio in adjectio* que refleja nítidamente la terrible confusión en que se hallan sumidos ambos autores y de la cual se desprende la futilidad de toda iniciativa encaminada a tomar el poder.³² Según esos autores, en la posmodernidad, las condiciones que tornaban posible la insurrección moderna y la toma del poder han desaparecido, “de tal forma que inclusive hasta parece imposible pensar en

32 No vamos a extendernos en el cuestionamiento a las “ocurrencias”, más que ideas, de Hardt y Negri. En parte, porque ya nos hemos ocupado extensamente de rebatirlas en nuestro *Imperio & imperialismo* (Boron, 2002) y porque su momentánea popularidad entre las fuerzas que se oponen a la globalización neoliberal se ha desvanecido casi por completo. Y si hace algunos años era importante librar una batalla en función de la importancia práctica que habían adquirido los disparates de Hardt y Negri en el marco del Foro Social Mundial, con el cambio de la situación no tiene sentido alguno perder más tiempo en refutarlos.

términos de insurrección”.³³ Afortunadamente, los insurrectos que pusieron fin a la tiranía de Suharto en Indonesia en 1999 no tuvieron ocasión de leer los borradores de *Imperio* porque de lo contrario seguramente habrían desistido de tan noble y heroico empeño. Los argentinos que ganando las calles a fines de 2001 pusieron punto final a un gobierno reaccionario e incapaz, tampoco parecerían haber tomado nota de las elucubraciones de Hardt y Negri; y lo mismo parece haber ocurrido con los campesinos e indígenas bolivianos y ecuatorianos que en los últimos años derrocaron varios gobiernos reaccionarios en sus respectivos países. O con las masas populares peruanas que, con su movilización, forzaron la renuncia de Alberto Fujimori. O con los sectores populares de Caracas que, al ver que la vieja derecha y sus aliados imperialistas hacían oídos sordos de las letanías de Hardt y Negri y seguían empeñados en conquistar el poder, ahora por la vía del golpe militar, salieron a las calles a defender al presidente Chávez y reponerlo en la presidencia de la república. La imperiosa necesidad que para las clases y capas explotadas del capitalismo tiene la conquista del poder, reiteradamente subrayada por los clásicos del marxismo y, en este caso, por Rosa Luxemburgo, es un componente insoslayable de cualquier proyecto emancipatorio. Cuando Hardt y Negri escamotean el problema inventando una categoría fantasmagórica, el “contra-poder”, que no remite a sujeto histórico y concreto alguno, lo que están haciendo es contribuir —voluntariamente o no, lo cual es de poca importancia— al desarme ideológico de las fuerzas contestatarias del capitalismo.³⁴

La obra de John Holloway, por su parte, plantea una tesis que, si bien tiene una cierta afinidad con la de Hardt y Negri, radicaliza aún más el movimiento auspiciado por estos.³⁵ En efecto, si los autores de *Imperio* rehuyen el tratamiento del tema del poder en su especificidad histórica —el poder de la burguesía y sus efectos en la mundialización neoliberal como “fase superior” del imperialismo— y caen embelesados ante la

33 Hardt y Negri, 2002, p. 164.

34 Hemos examinado el tema del poder en Boron (2007b).

35 Hemos debatido algunas de las ideas de Holloway en Boron (2001).

contemplación de un espectral “contra-poder”, en Holloway la huida es mucho más pronunciada. Ya no se trata de postular la existencia de una nebulosa fórmula que, supuestamente, se enfrenta al poder real ejercido por las clases dominantes, sino de abogar a favor de la total erradicación del poder de la faz de la tierra. De lo que se trata, nos dice este autor, es de disolver para siempre las relaciones de poder. Nada se gana con intentar “tomar el poder”, o “conquistar el poder del Estado”, porque tal estrategia ha fracasado rotundamente.³⁶ Lo que se requiere es, entonces, la construcción de un “anti-poder”, es decir, de un nuevo entramado social en donde las relaciones de poder hayan desaparecido y sean un doloroso recuerdo del pasado. [...]

[...] Según Rosa, la conquista del poder político ha sido el objetivo de todas las clases emergentes, lo que da comienzo y fin a cada etapa histórica. Por consiguiente, renunciar a la conquista del poder político significa, lisa y llanamente, capitular ante el enemigo, arriar las banderas de la transformación socialista de la sociedad y abdicar ante el dominio de la burguesía. Para Rosa, la conquista del poder político no solo es posible sino también necesaria. Bernstein, en cambio, desaprueba ambas cosas. Es más, ve en el camino de las “reformas legislativas” la acción de la inteligencia, mientras que las revoluciones expresarían los “sentimientos” y las pasiones de las personas. Pero además, y este es un punto sobre el cual Rosa va a insistir permanentemente, Bernstein considera a la reforma como un “método lento del progreso histórico” mientras que la revolución sería un método rápido (p. 160). Rosa refuta

36 En este sentido, el análisis de Holloway es extremadamente general y no introduce ningún tipo de matices. Para él, la experiencia de la URSS y la de la Revolución Cubana son exactamente lo mismo, y ambas han fracasado. No existe en su obra la menor tentativa de distinguir situaciones, contextos internacionales, problemas específicos, momentos históricos y logros, aunque sea parciales, de los procesos revolucionarios. Su visión del “fracaso” de las revoluciones es similar a las que, desde la derecha, se formula en la ciencia política de inspiración anglosajona, y en nada ayuda a comprender las durísimas condiciones en las cuales aquellas han tenido lugar y, como la Revolución Cubana, han debido desenvolverse y sobrevivir. En otras palabras, hablar así de “fracaso” sin más nos parece una enorme injusticia y una errónea comprensión de lo ocurrido.

admirablemente esta interpretación del revisionismo y con elocuencia sostiene que “la reforma legislativa y la revolución no son, por tanto, distintos métodos de progreso histórico que puedan elegirse libremente en el mostrador de la historia [...] sino factores distintos en el desarrollo de la sociedad de clases” (pp. 160-161). Y profundiza este razonamiento con una cita que, por su claridad y persuasión, merece ser transcripta *in extenso*.

Toda constitución política no es más que un *producto* de la revolución. En la historia de las clases, la revolución es el acto de creación política, mientras la legislación solo expresa que una sociedad sigue vegetando políticamente. La lucha por la reforma no genera su propia dirección independiente de la revolución, sino que en cada período histórico se mueve en la dirección marcada por el empujón de la última revolución y mientras ese impulso dure. O, dicho más concretamente: solo se mueve en el *marco* de la forma de sociedad traída al mundo por la última revolución. Este es precisamente el núcleo de la cuestión (p. 161).

De lo anterior se desprende el error de concebir a la reforma como una proyección en cámara lenta de la revolución, como una revolución avanzando pausadamente, mientras que esta última no sería sino el atropellado despliegue de un conjunto de reformas condensada en un breve lapso. El problema, señala Rosa, es que la diferencia entre ambas no es el *tempo* o el ritmo de los cambios sino su contenido y orientación. Por eso, quien se pronuncie a favor de la reforma legislativa en lugar de la conquista del poder político y la revolución social, “no elige en realidad un camino más tranquilo, seguro y lento hacia el *mismo fin*, sino además un fin *diferente*” (p. 161). Lo que se elige es optar por superficiales modificaciones en la vieja sociedad en lugar de la construcción de otra nueva. La aceptación del programa “reformista” del revisionismo socialdemócrata —en una observación tan válida para ayer como para hoy, por ejemplo, pensando en los teóricos de la mal llamada “tercera vía”— no apunta a “la realización del orden *socialista*, sino meramente a la reforma del *capitalista*; no apuntan a la supresión del trabajo

asalariado, sino a una mayor o menor explotación; [...] apunta a la supresión de los excesos del capitalismo, no a la del propio capitalismo” (p. 161).

Rosa plantea, con toda razón, que la esterilidad de la vía legislativa al socialismo no anida en la pusilanimidad de los reformistas —que, por supuesto, existe— sino que obedece a la naturaleza del modo mismo de producción capitalista. Con perspicacia se pregunta: ¿dónde están las normas jurídicas que obligan al proletario a vender su fuerza de trabajo? “En todo nuestro ordenamiento jurídico —continúa— no se encuentra ni una sola fórmula legal para la actual dominación de clase” (p. 162). ¿Cómo podría la esclavitud del trabajo asalariado suprimirse mediante una “reforma legislativa”? Para sintetizar, “las relaciones fundamentales que sustentan la dominación de clase capitalista no pueden transformarse por medio de reformas legales sobre base burguesa, porque ni fueron introducidas mediante leyes burguesas, ni han recibido su forma a través de tales leyes” (p. 163). Sin la conquista del poder político, es decir, sin la construcción de una correlación de fuerzas sociales abrumadoramente favorables a la revolución, y sin la elevación de los trabajadores a la condición de clase dominante, los cambios por los que lucha la socialdemocracia por medio de su programa reformista jamás verán la luz del sol.

La dialéctica como arma de la revolución

Rosa termina su escrito con una breve referencia al método dialéctico. Critica con dureza a Bernstein porque, “al dirigir sus dardos más afilados contra la dialéctica, ¿qué hace sino combatir el pensamiento específico del proletariado en ascenso y dotado de conciencia de clase?” (p. 172). Pese a su revisionismo, Bernstein había aprendido muy bien la lección de Marx que concebía a la teoría como un arma de la revolución, y la dialéctica y su concepción metodológica constituían una herramienta indispensable para orientar a las clases y capas populares en sus luchas emancipadoras. La cuestión epistemológica, por

tanto, excedía con creces los marcos de un debate filosófico en la academia y se convertía en un factor decisivo en la formación de la conciencia revolucionaria. Sin el pensamiento dialéctico, el proletariado no puede adquirir conciencia de su situación, ni mucho menos percibir el carácter transitorio de un modo de producción como el capitalismo cuyos epígonos y propagandistas insisten en presentarlo como “eterno y natural” desalentando, de este modo, cualquier pretensión de superarlo.

En su ensayo sobre Rosa Luxemburgo, Lelio Basso³⁷ observa agudamente:

La concepción bernsteiniana es mecánica y no dialéctica porque no contempla a la sociedad y a la historia como un conjunto de relaciones orgánicamente coligadas sino como una desnuda serie de hechos, lo que permite abstraer determinadas relaciones causales y separar, al estilo de Proudhon, los “lados buenos” de los “lados malos” de la sociedad.

A partir de ese mecanicismo y de la renuncia a la categoría de totalidad, sigue diciendo el teórico italiano, es posible examinar en su aislamiento y “considerar como eliminables y corregibles fenómenos que por lo contrario son momentos esenciales del proceso de desarrollo capitalista”, lo que permite apartar la lucha de clases de su objetivo fundamental: la fundación de un nuevo orden social reduciéndola, en cambio, a una serie desarticulada de luchas segmentadas que, en su dispersión, no cuestionan al viejo orden social.

Las anotaciones anteriores no solo son pertinentes sino también actuales porque toda una serie de autores “posmarxistas” —que más apropiadamente deberían ser considerados como “ex marxistas”— han convertido el ataque a la dialéctica en un lugar común. Esto se observa con toda claridad en las obras de Ernesto Laclau, Chantal Mouffe, Ludolfo Paramio y, por supuesto, en las diversas intervenciones de Hardt y Negri donde la dialéctica es defenestrada sin mayores miramientos e inclusive convertida en objeto de los más burdos sarcasmos. No

37 Lelio Basso, 1977, p. 30-31.

existe en estos autores el menor atisbo de conciencia de que sin una concepción teórica dialéctica las clases y capas subalternas no serán capaces de vislumbrar la posibilidad de construir un orden social alternativo.³⁸ Solo el pensamiento dialéctico es capaz de denunciar la transitoriedad de todo lo existente y la omnipresencia de las contradicciones de la vida material. Solo él puede ofrecer, a los condenados de la tierra, una plataforma cognoscitiva desde la cual pensar al capitalismo y su superación, y poder concebir al presente de explotación y opresión como un momento destinado inexorablemente a desaparecer si los dominados se atreven a tomar el cielo por asalto [...].

El contexto histórico de la crítica de Rosa a las reformas sociales, o por qué las reformas no necesariamente significan “reformismo”

En relación con el primer aspecto es preciso recordar que Rosa vive un momento muy especial en la historia del capitalismo: recuperación del proceso de acumulación pero, simultáneamente, avance del proletariado y ascenso revolucionario de las masas populares en las metrópolis del sistema. Rosa es testigo y protagonista de la fase final del período inaugurado con las revoluciones de 1848, punto sobre el que en sus *Cuadernos* Antonio Gramsci insiste una y otra vez. Dicha fase presenta, por un lado, claros signos de estabilización y recuperación capitalista a partir de la última década del siglo XIX, dando origen a un ciclo de acelerada expansión que, pese a la interrupción ocasionada

38 En este sentido, es sumamente instructiva una entrevista concedida por Michael Hardt poco después de la publicación de *Imperio* donde dice que sí en la época de Marx el pensamiento revolucionario reconocía como sus tres fuentes la filosofía alemana (es decir, la dialéctica de matriz hegeliana), la economía política inglesa y la política francesa, “en nuestros días [...] el pensamiento revolucionario es orientado por la filosofía francesa, la ciencia económica norteamericana y la política italiana” (Hardt, 2001). Con semejantes guías teóricas es fácil entender las razones por las cuales las revoluciones se han convertido en algo tan infrecuente en nuestro tiempo.

por la Primera Guerra Mundial, se extendería hasta lo que el economista chileno Aníbal Pinto caracterizaría como un “final wagneriano” con la Gran Depresión estallada en 1929 y que se prolongaría durante toda la década siguiente. Por otro lado, esta fase atestiguó el ascenso del movimiento obrero, grandes avances en la representación política de las clases populares y, muy especialmente, inéditas tentativas revolucionarias que, en poco tiempo, hicieron palidecer a la mismísima Comuna de París. Las revoluciones rusas de 1905 y 1917 ejercieron una profunda influencia en el clima de época, pero otro tanto puede decirse de las tentativas insurreccionales que, sobre todo, a la vuelta de la Primera Guerra, sacudieron principalmente a Alemania, el Imperio Austro-Húngaro e Italia y, en menor medida, a otras comarcas europeas. Antes, en 1910, la Revolución Mexicana sería la primera en liquidar el orden oligárquico en América Latina. En el Imperio Otomano, en 1908, los Jóvenes Turcos deponían al sultanato e inauguraban un período democrático que, pese a su brevedad, fue el más importante de la historia del Imperio. En octubre de 1910 se derroca a la monarquía en Portugal y se establece la República. Luego de una serie de insurrecciones campesinas y grandes movilizaciones populares, el 1 de enero de 1912 se derrumba el milenario Imperio de la China, regentada entonces por la dinastía Ojng, y se proclama la República. En 1912 se funda el Congreso Nacional Africano, con el objetivo de poner fin a la segregación de los negros en la República Sudafricana. La Primera Guerra Mundial precipita intensos procesos de movilización en toda Europa, y los alzamientos, consejos obreros y campesinos, y soviets colorean la compleja escenografía del Viejo Continente. Tres grandes Imperios: el Alemán, el Austro-Húngaro y el Zarista se derrumban en las postrimerías de la guerra. El marxismo se afianza en las masas populares y la literatura socialista penetra en estratos cada vez más profundos de las sociedades europeas. [...]

Distinto es el entorno actual de América Latina, donde las enseñanzas de Rosa conservan todo su valor pero a condición de que se desentrañe el contexto de producción de sus ideas y se tome debida nota de los datos novedosos que caracterizan

nuestro momento actual. Decíamos en varias oportunidades que en Latinoamérica la revolución es más necesaria que nunca, pero que las condiciones subjetivas requeridas para ello muestran un significativo retraso. Pero lo cierto es que no existen hoy las condiciones prevalecientes en los sesenta y parte de los setenta, y que el reflujo desencadenado por la ofensiva neoliberal colocó al movimiento popular a la defensiva, situación que recién hace unos pocos años comenzó a revertirse, y no en todos los países, con el mismo vigor. En ese contexto, las reformas constituyen un primer esfuerzo que, bajo ciertas condiciones que veremos más adelante, pueden abrir paso a desarrollos políticos más promisorios. Por tanto, las lecciones derivadas de la lectura de Rosa deben ser asimiladas a partir de esta realidad. Sus críticas eran absolutamente pertinentes toda vez que en las condiciones prevalecientes en Europa a comienzos del siglo xx las reformas tenían un objetivo claramente “reformista”, es decir, no tenían la intención ni la capacidad de trascender al sistema capitalista. Pero las reformas que se han puesto en marcha en algunos países de América Latina, en cambio, y sobre todo en Venezuela, Bolivia y Ecuador, tienen otra orientación y direccionalidad, y sería erróneo, como lo predica una ultraizquierda que todavía no comprende que le hace el juego al imperialismo, despreciarlas como una traición al objetivo supremo e irrenunciable de acabar con el capitalismo. El reformismo abdica de la pretensión revolucionaria; algunas reformas, en cambio, pueden objetivamente abrir el camino a la revolución. No siempre es fácil distinguir entre unas y otras, pero que las diferencias existen es innegable tanto como lo es su importancia política. Exploraremos este asunto más detalladamente en las páginas que siguen. [...]

Desafíos de una situación paradójal: necesidad de la revolución, dificultad de la revolución

Nuestro continente exhibe hoy una brutal paradoja: por el verdadero holocausto social que está transitando se diría que lo único que puede salvarla es una revolución. O, como señala el presidente Chávez, “no hay solución para los males de nuestra América dentro del capitalismo. La solución está en el socialismo del siglo XXI”. Sin embargo, pese a que la revolución es hoy más necesaria que nunca, su probabilidad —al menos en el corto plazo— parecería ser más baja que nunca. Esta paradoja actualiza la vigencia de las palabras del gran marxista peruano José C. Mariátegui cuando dijera que el socialismo en América Latina será una empresa heroica, y que no podrá ser “calco y copia”. Será preciso animarse a crear, a buscar un camino propio. Simón Rodríguez, ese deslumbrante intelectual de nuestra independencia, sintetizó este dilema en una fórmula simple pero a la vez profunda: “o inventamos o erramos”. Morales y Correa inventan y actúan muy resueltamente, porque si no errarían el camino. Lo mismo ha venido haciendo Chávez en una singular revolución que aún no termina de apoderarse del poder del Estado, y que pese a las directivas presidenciales todavía no se conforma a la nueva realidad sociopolítica del país³¹. Fidel, a su vez, lo repitió una y otra vez en una sentencia inapelable: “cada vez que copiamos nos fue mal”. Si hay algo original e inimitable en la historia de los pueblos son las revoluciones. Ninguna revolución puede ser “calco y copia”.

Podría objetársenos la introducción de la palabra “revolución” en todo este discurso. En el imaginario clásico de la izquierda, aquella se asocia con la conquista violenta del poder político, con el “acto” revolucionario por excelencia, perdiéndose a menudo de vista el prolongado —muchas veces subterráneo y silencioso— proceso que conduce a esa victoria. Queda en pie la incógnita, nada teórica por cierto y que nos reenvía a nuestra discusión sobre el nexo reforma-revolución: ¿cuándo y cómo comienza una revolución? En el discurso pronunciado en la

Universidad de Concepción, en Chile, durante su visita a ese país en 1971, Fidel se refería a este tema y, por añadidura, a la compleja dialéctica que entrelaza reforma y revolución, en los siguientes términos:

La revolución tiene distintas fases. Nuestro programa de lucha contra Batista no era un programa socialista ni podía ser un programa socialista, realmente, porque los objetivos inmediatos de nuestra lucha no eran todavía, ni podían ser, objetivos socialistas. Estos habrían rebasado el nivel de conciencia política de la sociedad cubana en aquella fase; habrían rebasado el nivel de las posibilidades de nuestro pueblo en aquella fase. Nuestro programa cuando el Moncada no era un programa socialista. Pero era el máximo de programa social y revolucionario que en aquel momento nuestro pueblo podía plantearse.³⁹ (Castro Ruz, 1972: 89).

¿Qué enseñanzas se pueden extraer de estas palabras? Por de pronto, que la revolución no es la súbita epifanía del comunismo, un acto único que desciende de los cielos para incendiar la pradera popular, para usar una metáfora cara al joven Marx, sino un proceso, que, como dice Fidel, “tiene fases” y un desarrollo que muchas veces provoca la impaciencia de los revolucionarios. Otra lección: la necesidad de determinar con precisión cuál es el nivel de conciencia política y de posibilidades reales de lucha de nuestros pueblos en esta peculiar coyuntura de su desarrollo histórico. Peculiar, decíamos, porque pocas veces las condiciones objetivas y subjetivas de la revolución asumieron trayectorias tan diferentes: mientras el holocausto social en marcha pide a los gritos una salida revolucionaria, las condiciones subjetivas que hacen a la organización y la conciencia del campo popular no están a la altura de las circunstancias. Esto obliga a examinar la claridad ideológica y la calidad de las organizaciones sociales y políticas del campo popular así como las correlaciones de fuerza existentes tanto en el plano doméstico como en el internacional. Sin un minucioso examen de estas

39 Castro Ruz, 1972, p. 89.

cuestiones se corre el riesgo de caer en un “revolucionarismo retórico” tan desacertado como estéril y que supone, mal, que la miseria y la abyección de las masas son condiciones suficientes para la revolución, en cuyo caso la historia de la humanidad habría sido muy diferente a la conocida hasta el día de hoy. Esta desacertada actitud, que refleja un menos que mediocre conocimiento de la teoría marxista, solo ha servido para que los dogmáticos practiquen su pasatiempo favorito: inventariar y denunciar a la legión de “traidores” que a lo largo de la historia abortaron con su indecisión y cobardía la infinidad de procesos revolucionarios que, según su frondosa imaginación, se hallaban en curso en los más apartados rincones del planeta. En todo caso, y volviendo a lo que decía Fidel, cabría preguntarse en relación con el caso de Bolivia, específicamente: ¿es el programa del Movimiento al Socialismo (MAS) el “máximo social y revolucionario” que, bajo determinadas condiciones de conciencia y organización, puede hoy plantearse el pueblo boliviano? Si bien es difícil ofrecer una respuesta muy categórica, nos parece que sí.⁴⁰

Ahora bien, ¿significa esto que en países como Venezuela, Bolivia y Ecuador se han desencadenado procesos destinados a tener un desenlace revolucionario? De ninguna manera: ese fatalismo es definitivamente contrario a la teoría marxista. Además, la respuesta a esa pregunta tiene que ser sumamente matizada, y por supuesto no puede ser la misma para cada país. Pero no sería temerario sostener que las reformas iniciadas en Venezuela, Bolivia y Ecuador se inclinan en esa dirección. Pero la lucha de clases existe, el imperialismo es cada vez más agresivo y los obstáculos, sabotajes y presiones que aguardan a lo largo del camino podrían frustrar los mejores empeños: la movilización de la IV Flota, el apoyo al golpe de Estado en Honduras y la legitimación de las fraudulentas elecciones rea-

40 Pruebas al canto: para implementar las políticas sociales que necesitaba Venezuela en salud y educación, Chávez tuvo que prescindir del aparato estatal e inventar las “misiones”. Otra: crea Telesur pero demoró años en lograr que ese canal sea visto en la televisión de aire y gratuita. La tarea de fundar el Estado revolucionario no es tan sencilla como algunos lo creen.

lizadas en noviembre de 2009, el tratado Obama-Uribe por medio del cual se habilita la presencia de tropas norteamericanas en siete bases militares colombianas, la ocupación militar de Haití y la creciente militarización de la política exterior de Estados Unidos hacia América Latina. En el caso boliviano, la coyuntura actual condensa un proceso de persistente y creciente movilización y organización populares que ya lleva varios años y que en las últimas elecciones presidenciales otorgó un nivel de respaldo sin precedentes al presidente Evo Morales. Desde la llamada “guerra del agua” en Cochabamba, en 2000, las grandes movilizaciones y enfrentamientos en el Chapare y en La Paz a comienzos de 2003 hasta la “guerra del gas” en septiembre y octubre, la toma de la ciudad de La Paz, y el derrocamiento del “consulado” de Gonzalo Sánchez de Lozada, en octubre de 2003, el proceso de movilización y organización popular ha ido creciendo sin pausas. El resultado de las últimas elecciones presidenciales, en 2009, con un 65% de los votos a favor de la fórmula Morales-García Linera (que ni siquiera sus rivales más encarnizados y los encuestólogos contratados por la embajada norteamericana sospechaban podría producirse) proyectó sobre el plano electoral lo que venía ocurriendo en los estratos más profundos de la sociedad boliviana. Como resultado, Evo fue reelecto y, además, obtuvo la mayoría de los dos tercios en ambas cámaras del congreso. En Ecuador, grandes movilizaciones populares fueron derrumbando un gobierno de derecha tras otro, incluyendo el de Lucio Gutiérrez, surgido como producto de la insurgencia campesina e indígena pero que luego traicionó, con un descaro pocas veces visto, cada una de sus promesas electorales para terminar arrodillándose en Washington ante la Casa Blanca y el FMI, haciendo cual grotesca caricatura de Galileo una pública retractación de sus pecados retóricos durante la campaña y prometiendo colaborar incondicionalmente con el gobierno de los Estados Unidos. La victoria electoral de Rafael Correa, sin organización partidaria alguna, demuestra los alcances de una deslegitimación radical de las organizaciones políticas tradicionales y la fuerza de la activación de los sectores populares que con su polifonía de movimientos hicieron posible un triunfo aplastante, luchando

contra todos los poderes establecidos del Ecuador y sus amigos en Washington. Meses después, este vuelco electoral se reafirmaría en las elecciones constituyentes y, en 2009, con una nueva aplastante victoria presidencial. [...]

En todo caso, la fórmula de una eficaz y legítima gobernanza pasa por el fortalecimiento de los movimientos sociales —cuyo protagonismo fue decisivo para hacer posible el triunfo de Evo y de Correa, y será aún más decisivo para sostenerlos en el poder— y la constitución de una fuerza política capaz de coherentizar la multiplicidad de demandas que aquellos plantean. Dicho en otras palabras, amalgamar en una fórmula creativa y eficaz la calle y el comicio.

Un repaso a la historia de las “revoluciones realmente existentes”

Alguien podría objetar como una incongruencia que el triunfo final de una revolución también dependa, como se decía antes, de la radicalidad de las medidas reformistas que se tomen en las fases iniciales del proceso. ¿No hay acaso un abismo insalvable que separa reforma de revolución? ¿No es eso lo que argumenta, con toda eficacia, Rosa al criticar a Bernstein en el libro que estamos presentando? Pero, como decíamos anteriormente, la experiencia histórica a lo largo del siglo xx enseña que reformismo y reforma no necesariamente son la misma cosa. Rosa entrevió la posibilidad de un vínculo alternativo entre reforma y revolución cuando, criticando a un epígono de Bernstein, Konrad Schmidt, decía que el tránsito al socialismo por la vía de las reformas solo podría darse “si en verdad se pudiera construir una cadena ininterrumpida de reformas sociales constantes y siempre crecientes que condujeran inmediatamente desde el orden social actual al socialista. Esto, por supuesto, es una ilusión” (p. 133). Lo cierto es, sin embargo, que difícilmente las revoluciones nacen como tales sino que se van definiendo a medida que la lucha de clases desatada por la dinámica de los

procesos de transformación radicaliza posiciones, supera viejos equilibrios y redefine nuevos horizontes para las iniciativas de las fuerzas contestatarias que, en muchos casos, no tenían en su cabeza alcanzar un objetivo revolucionario.

Fidel decía en el ya citado discurso que el programa de lucha contra Batista no era ni podía ser socialista. Tal como lo anticipara en ese extraordinario manifiesto que es *La historia me absolverá*, el programa concreto de los insurgentes no contenía medida alguna que podría haber sido caracterizada como “socialista” por aquellos espíritus candorosos, y antidialécticos, que creen que el socialismo se instala por un úkase burocrático. [...]

Desafiando una muy arraigada tradición, Fidel decía en Chile:

Un revolucionario verdadero siempre busca el máximo de cambios sociales. Pero buscar un máximo de cambio social no significa que en cualquier instante se pueda proponer ese máximo, sino que en determinado instante y en consideración al nivel de desarrollo de la conciencia y de las correlaciones de fuerzas se puede proponer un objetivo determinado. Y una vez logrado ese objetivo, proponerse otro objetivo más hacia delante. El revolucionario no tiene compromisos de quedarse en el camino.⁴¹ (Castro Ruz, 1972: 90).

En otras palabras, y esta es una de las grandes paradojas de la vida política, una revolución rara vez comienza como tal. La secuencia verificada no solo en la experiencia cubana, sino también en la soviética es que los revolucionarios casi invariablemente levantan un elemental conjunto de reivindicaciones que apenas si podrían llamarse “reformistas”. Ya hemos visto el programa del 26 de Julio, recordemos ahora, brevemente, la consigna de los bolcheviques en vísperas de la Revolución Rusa: “Pan, tierra y paz”. Este fue el programa que supo captar el estado de ánimo de las grandes masas obreras y campesinas rusas, el que acertó en determinar su “nivel de posibilidades” y el estado de su conciencia política. Lo mismo ha ocurrido con

41 Castro Ruz, 1972, p. 90.

las revoluciones burguesas. La de Francia comenzó como una revuelta en un barrio de París originada por el aumento en el precio del pan. No estaba en el ánimo de los revoltosos acabar con la sociedad feudal y la institución que la coronaba: la más ostentosa de todas las monarquías europeas. Mucho menos, decapitar a gran parte de la aristocracia y exiliar al resto. Sin embargo, ese fue el resultado final de su rebelión en pos de objetivos muy concretos e inmediatos que ni siquiera eran reformistas. Y no muy diferente es la historia de la Revolución Mexicana, precipitada por la movilización de grandes masas campesinas en defensa de sus modos tradicionales de vida.

En las condiciones actuales, por lo tanto, sería un error reiterar mecánicamente la antinomia entre reforma y revolución tal como la planteara Rosa en un texto escrito hace poco más de un siglo. Hay que decir a su favor que en el momento en que elaboraba su justa crítica a Bernstein la única revolución proletaria conocida era la de la Comuna de París. Nosotros, con el beneficio que nos otorga la experiencia histórica del siglo xx, las revoluciones proletarias y campesinas en Rusia, China, Vietnam, Cuba, comprobamos que existe un nexo dialéctico entre cierto tipo de reformas —no cualquier reforma, se entiende— y la revolución.

Pero de la historia también aprendimos que una política de reformas casi invariablemente culmina en una deshonrosa capitulación: un siglo de reformismo socialdemócrata en Europa confirman plenamente la validez de los análisis luxemburguianos. Esas reformas demostraron ser penosamente insuficientes para “superar” el capitalismo e instaurar un orden económico y social más justo, igualitario y democrático. Produjeron algunos cambios importantes, sin duda alguna, pero siempre “dentro del sistema”. Su declarada intención de “cambiar el sistema” se ahogó en las aguas de la retórica. Pero este resultado estaba muy lejos de ser una fatalidad histórica. El reformismo socialdemócrata nunca se propuso superar al capitalismo, sino solo “humanizarlo” limando sus aristas más intolerables e injustas. No trascendió los límites del Programa de Gotha, denunciado en su tiempo por Marx en unas páginas memorables, y jamás

pretendió socavar la dictadura del capital: debilitar sus raíces materiales y sus aparatos de dominación potenciando, al mismo tiempo, la organización autónoma de las clases y capas populares. El “compromiso de clases” del Estado keynesiano se construyó sobre la base de un supuesto: la intangibilidad del capitalismo y de la sociedad burguesa. Es decir, la resignación ante la injusticia inherente e inerradicable del capitalismo. [...]

Las reformas, la calle y las instituciones

[...] Si las reformas impulsadas por la revolución bolivariana o las contempladas en el programa del MAS son aplicadas “desde arriba”, como un mero proyecto estatalista liderado por una tecnocracia bien intencionada y progresista, pero sin que las mismas sean asumidas por los movimientos populares, sus resultados serán inciertos y precarios, y difícilmente sobrevivirán a la contraofensiva de la derecha, como lo prueba, sin ir más lejos, la propia historia de la revolución de 1952 en Bolivia. Por consiguiente, el éxito de estas reformas y la garantía de que ellas no terminarán en la vía muerta del reformismo social-demócrata están dados por su correspondencia con un sistemático —y exitoso— esfuerzo dirigido, por una parte, a robustecer la capacidad de movilización y organización de las clases y capas populares y los movimientos sociales que las agrupan; y, por la otra, a elevar el nivel de conciencia política de las masas librando la indispensable “batalla de ideas” requerida para resistir el terrorismo ideológico al que, junto con otras formas de terrorismo y sabotajes de diverso tipo, recurrirán las clases dominantes para abortar el proceso revolucionario en ciernes. La irreversibilidad de las reformas, por consiguiente, no la garantiza el dictado de una ley o el imperio de una decisión administrativa, sino la existencia de una nueva y más favorable correlación de fuerzas. Si, como esperamos, esto llegara a ocurrir, la dialéctica de las confrontaciones sociales pondrá en movimiento un proceso político llamado a superar con creces las limitaciones de las reformas iniciales. En otras palabras, las

reformas genuinamente orientadas a cambiar la sociedad se caracterizan por sus efectos acumulativos y multiplicadores, desencadenando una dialéctica de “reformismo permanente” en donde la agenda de la emancipación social se expande vigorosamente y en consonancia con la visión y el proyecto del socialismo. Rosa entrevió claramente esta posibilidad cuando en las páginas iniciales de su libro recordaba que entre las reformas sociales y la revolución existe un vínculo irrevocable: la lucha por las reformas es el medio; la revolución social es su fin. Pero esto a condición, por supuesto, de que la estrategia de las reformas estuviese claramente encaminada, y no solo discursivamente, sino en la práctica de la lucha de clases, hacia la finalidad de construir el socialismo [...]

[...] La crisis, la inestabilidad y la incertidumbre son datos orgánicos que brotan de la rebelión de “los de abajo” que, para usar un viejo aforismo, ya no quieren seguir como antes; y de la imposibilidad que afecta a “los de arriba” para perpetuar un estado de cosas que los colma de riquezas y privilegios.

Por tanto, las concesiones a los mercados o a los grandes intereses monopólicos y el imperialismo lejos de apaciguar los ánimos acentuará aún más el conflicto social, y esto por dos razones principales: en primer lugar, porque la frustración de las expectativas de cambio de las masas las lanzará a las calles para tratar, con sus propias iniciativas, de recuperarlas esperanzas robadas; segundo, porque como lo demuestran 2.500 años de reflexión filosófico-política, las clases dominantes jamás se dan por satisfechas ante cualquier concesión hecha por el gobierno. Está en su naturaleza siempre exigir más porque, tal como lo observara Maquiavelo, consideran al gobierno, a cualquier gobierno, como un intruso que se inmiscuye en sus negocios y entorpece el funcionamiento de una estructura de dominación y explotación de la cual son sus exclusivos beneficiarios. Por lo tanto, un gobierno que se esmere en satisfacer sus reclamos y calmar sus ansiedades solo estará pavimentando el camino para nuevos y cada vez más letales “golpes de mercado”.

En coyunturas como esta es conveniente tomar nota de algunas lecciones: la primera dice que se necesitaron revoluciones

sociales —como la mexicana de 1910, la guatemalteca de 1944, la boliviana de 1952 o la cubana de 1959— para producir reformas significativas en la estructura de nuestras sociedades (el caso de la reforma agraria en México, Guatemala, Bolivia y Cuba) o para instaurar el socialismo y garantizar el disfrute de derechos ciudadanos como el acceso a la salud, la educación, la nutrición y la vivienda, como en Cuba. La segunda subraya que en este continente las reformas fueron siempre combatidas con ferocidad por las clases dominantes y, en la mayoría de los casos, terminaron desatando sangrientas contrarrevoluciones. Los ingenuos que crean que embarcarse por el camino inicial de las reformas será un bucólico paseo que contará con la aquiescencia de la burguesía están muy equivocados. Las reformas impulsadas por Arévalo y Arbenz en Guatemala, como las de Allende en Chile, terminaron en un auténtico baño de sangre. Quien invoca a la reforma en América Latina conjura en su contra a todos los monstruos del *establishment*: los militares y los paramilitares; la policía secreta y la CIA; la embajada norteamericana y la “prensa libre”; los “combatientes por la libertad” y los terroristas organizados y financiados por las clases dominantes. Atentar contra los privilegios de las oligarquías locales y el imperialismo tiene un alto precio entre nosotros. Última lección: pocos días antes de su asesinato, reflexionando sobre la fallida revolución alemana y la barbarie instituida por los paramilitares con la anuencia del gobierno socialdemócrata, Rosa escribía en *Rote Fahne*, el periódico del partido:⁴²

Las masas están dispuestas a apoyar cualquier acción revolucionaria, a arrostrar el agua y el fuego por el socialismo. Pero necesitan una clara orientación y una dirección despiadadamente decidida. [...] Alemania ha sido siempre el país [...] de la mentalidad fanáticamente organizacional, pero [...] la organización de las acciones revolucionarias puede y debe aprenderse en la revolución misma, como solo en el agua puede aprenderse a nadar.

42 *Rote Fahne*, 8 de enero de 1919, citado en Nett (1974: 565).

A propósito de este pasaje, Nettl observa que Rosa se lamentaba de la indecisión de la dirigencia y de que en un momento esta estuviese dispuesta a “manipular a las muchedumbres para meterlas en la acción revolucionaria y después volverlas a manipular para sacarlas”. Por eso Rosa se había opuesto a la dirección del partido cuando llamaba a la insurrección bajo condiciones objetivas que solo presagiaban su brutal aplastamiento. Pero, una vez hecho el llamado, solo había luchar hasta el final; ordenar la retirada, la entrega de las armas y la desmovilización, como se hizo en Berlín, no podía sino terminar en un desastre sin atenuantes. Y eso fue lo que ocurrió. Hay varias instancias en la historia latinoamericana cuando también las masas fueron ardientemente convocadas a la gran gesta revolucionaria, y cuando salieron a tomar el cielo por asalto, la dirigencia se dio cuenta de que las condiciones no estaban maduras para tal empresa y ordenaron un repliegue que las desconcertó, desmovilizó y desarmó militar e ideológicamente, facilitando los planes de la reacción. Por tanto, la correcta lectura de la coyuntura y de las correlaciones de fuerza que en ella se coagulan es un componente esencial de cualquier proceso revolucionario y una responsabilidad esencial de la dirigencia. No es más revolucionario quien alocadamente se lanza al ataque, aun cuando las condiciones no estén maduras para ello y conduzcan a una derrota; ni es más “reformista” quien, alertado del peligro y sabedor de las reglas del arte de la guerra, decida hacer un alto a la espera de tiempos más promisorios, en donde se pueda encarar la lucha con mejores perspectivas de éxito.

La soledad de los revolucionarios

Los revolucionarios se debaten siempre en soledad, sobre todo en los inciertos primeros pasos de la revolución. Atacados implacablemente por la derecha, cuyo certero instinto nunca la engaña y sabe muy bien quienes son sus enemigos; y acosados también por ese que los gestos conciliatorios lejos de atenuar el conflicto social no harán otra cosa que envalentonar a la

reacción. Para eso se impone actuar rápidamente, y Evo y Correa lo han hecho, para dificultar el reagrupamiento de la fronda oligárquica y el crecimiento de la extraviada oposición ultraizquierdista alimentada, en algunos casos, por la frustración de las expectativas inmediatistas de las masas alentadas irresponsablemente por los sectores termocéfalos. Pero titubeos e indecisiones erosionarían irreparablemente la fortaleza y las capacidades de intervención de los nuevos gobiernos. La historia está abierta y si bien estos procesos serán muy conflictivos —¿es posible cambiar el mundo sin despertar las resistencias de los privilegiados?— las perspectivas de estos gobiernos andinos son razonablemente favorables. Tal como lo previera Mariátegui y como lo ratifica día a día la experiencia cubana, la construcción de una alternativa socialista es en América Latina una empresa heroica, que por su complejidad requiere de una infrecuente combinación de inteligencia, audacia y pasión. Estamos convencidos de que esta nueva dirigencia de izquierda en América Latina: Chávez, Morales, Correa, siguiendo el ejemplo de Fidel, estarán a la altura de las circunstancias. [...]

Para concluir, nos honramos en poner a disposición de los militantes y los dirigentes tanto como de los hombres y mujeres en general, todas y todos agobiados por un régimen de producción cada día más opresivo, predatorio y explotador, un texto extraordinario, que combina una mirada penetrante y acerada como pocas con una ineludible pasión puesta al servicio de la construcción de una buena sociedad. Por la relevancia de los temas que aborda, por el modo como los resuelve, por la sorprendente actualidad de sus análisis sobre la articulación entre capitalismo, reformismo, democracia y revolución, como hemos tratado de demostrar en la segunda parte de esta introducción, este pequeño gran libro, un legítimo clásico del pensamiento marxista, ofrece una contribución invaluable para las luchas emancipadoras de nuestra época.

ATILIO BORON

Bibliografía citada

- ALBA RICO, SANTIAGO: “Prólogo” en Fernández Liria, Carlos y Alegre Zahonero, Luis *Comprender Venezuela, pensar la democracia. El colapso moral de los intelectuales occidentales*. Hiru, Hondarribia, 2006.
- ALBUQUERQUE SALLES, SEVERO: *Karl Marx y Rosa Luxemburgo. La acumulación de capital en debate*. Continente, Buenos Aires, 2009.
- ANDERSON, PERRY Y BOBBIO, NORBERTO: “Las afinidades de Norberto Bobbio” y “Epistolario” en *El Cielo por Asalto* (Buenos Aires) Año I, N° 2.
- BADIA, GILBERT: “Luxemburgisme” en Bensussan, Gérard y Labica, George *Dictionnaire critique du marxisme*. Quadrige/PUF, París, 1999.
- BASSO, LELIO: *Rosa Luxemburgo*. Ed. Nuestro Tiempo, México DF, 1977.
- BENSUSSAN, GÉRARD Y LABICA, GEORGE: *Dictionnaire critique du marxisme*. Quadrige/PUF, París, 1999.
- BERNSTEIN, EDOUARD: *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*. Ed. Siglo XXI, México DF, 1982.
- BOBBIO, NORBERTO: *Liberalismo e democrazia*. Franco Angeli, Milano, 1988.
- BOBBIO, NORBERTO: *Destra e sinistra. Ragioni e significan di una distinzione política*. Donzelli, Roma, 1994.

- BONANATE, LUIGI Y BOVERO, MICHELANGELO (COMPS.): *Per una teoría generale della política. Scritti dedicad a Norberto Bobbio*. Passigli, Firenze, 1986.
- BORON, ATILIO A.: *Tras el buho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2000.
- BORON, ATILIO A.: “La selva y la polis. Interrogantes en torno a la teoría política del zapatismo” en Chiapas, Era N° 12, México DF, 2001.
- BORON, ATILIO A.: *Imperio & imperialismo. Una lectura crítica de Michael Hardt y Antonio Negri*. CLACSO, Buenos Aires, 2002.
- BORON, ATILIO A.: “La verdad sobre la democracia capitalista” en Socialist Register. *Diciendo la verdad*. CLACSO, Buenos Aires, 2006.
- BORON, ATILIO A.: “Alexis de Tocqueville, la democracia y el estatismo de la sociedad burguesa” en *Estado, capitalismo y democracia en América Latina*. Hiru, Hondarrribía, 2007a.
- BORON, ATILIO A.: Reflexiones sobre el poder, el Estado y la revolución. *El tema del poder en el pensamiento de izquierda en América Latina*. Espartaco, Córdoba, 2007b.
- BORON, ATILIO A.: *Aristóteles en Macondo. Notas sobre el fetichismo democrático en América Latina*. Espartaco, Córdoba, 2009a.
- BORON, ATILIO A.: “La Revolución Cubana: de modelo a inspiración”, *Revista Casa de las Américas*, (N° 254), enero-marzo, La Habana, 2009b.
- BORON, ATILIO A. Y VLAHUSIC, ANDREA: *El lado oscuro del imperio. La violación de los derechos humanos por Estados Unidos*. Ediciones Luxemburg, Buenos Aires, 2005.
- BUCI-GLUCKSMAN, CHRISTINNE Y THERBORN, GÓRAN: *Le défi social-démocrate*. Dialectiques, París, 1981.
- CASTRO RUZ, FIDEL: *Fidel en Chile. Textos completos de su diálogo con el pueblo*. Quimantú, Santiago, 1972.
- CASTRO RUZ, FIDEL: *La historia me absolverá*. Ediciones Luxemburg, Buenos Aires, 2005.
- COLÉ, G.D.H.: *Historia del pensamiento socialista*. Fondo de Cultura Económica, México DF, 1975.

- CROUCH, COLIN: *Post-democracy*. Cambridge Polfty Press, Cambridge, 2004.
- ESPING-ANDERSEN, GOSTA: *The Three Worlds ofwelfare capitalism*. Princeton University Press, Princeton, 1990.
- EVANS, PETER; RUESCHEMEYER, DIETRICH Y SKOCPOL, THEDA (comps.): *Bringing the State bacfe in* Cambridge University Press, Cambridge.
- FERNÁNDEZ LIRIA, CARLOS Y ALEGRE ZAHONERO, LUIS: *Comprender Venezuela, pensar la democracia. El colapso moral de los intelectuales occidentales*. Hiru, Hondarribia, 2006.
- FOUCAULT, MICHEL 1976: *Historia de la locura en la época clásica* (México DF: Fondo de Cultura Económica).
- FOUCAULT, MICHEL 2000: *Los anormales*. Fondo de Cultura Económica, México DF, 2000.
- FOUCAULT, MICHEL: *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*. Alianza, Madrid, 2002a.
- FOUCAULT, MICHEL: *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión, Siglo XXI, México DF. 2002b*.
- GERAS, NORMAN: “Rosa Luxemburg: barbarism and the collapse of capitalism” en *New Left Review*, (Nº 82), Londres, noviembre-diciembre, 1973.
- GRAMSCI, ANTONIO 1981-1999: *Cuadernos de la cárcel*. Era México DF, Tomos 1 a 6, 1981-1999.
- GROSSMANN, HENRYK: *La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista*, Siglo XXI, México DF, 1979 (1929).
- HARDT, MICHAEL: “El laboratorio italiano” en <<http://caosmosis.acracia.net/?p=766>>, 2001.
- HARDT, MICHAEL Y NEGRI, ANTONIO: *Imperio*. Paidós, Buenos Aires, 2002.
- HOLLOWAY, JOHN: “La revuelta de la dignidad” en *Chiapas*, Instituto de Investigaciones Económicas-UNAM, Nº 5, México, 1997.
- HOLLOWAY, JOHN: “El Zapatismo y las ciencias sociales en América Latina” en OSAL, CLACSO, Buenos Aires, Nº 4, junio, 2001.
- HUNTINGTON, SAMUEL P.: *Political order in changing societies* Yale University Press, New Haven, 1968.
- KAUTSKY, KARL: *El camino al poder*. Grijalbo, México DF: 1968 (1909).

- LENIN, V. I.: “Séptimo Congreso Extraordinario del PC(b) de Rusia” en *Obras Escogidas* (3 Tomos), Progres, Moscú, Tomo II, 1970 (1918).
- LENIN, V. I.: “Notas de un publicista” en *Obras Escogidas* (12 Tomos), Tomo XII, Progreso, Moscú, 1977.
- LENIN, V. I.: *¿Qué hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento*. Ediciones Luxemburg, Buenos Aires, 2004.
- LUKÁCS, GYÖRGY: *History and class consciousness*. Mass.: MIT Press, Cambridge, 1971.
- LUXEMBURGO, ROSA: “Discursos en el Congreso de Stuttgart”, 3-4 de octubre. En <www.marxists.org/archive/luxemburg/1898/10/04.htm>, 1898.
- MATTHIAS, ERICH: *Kautsky e il kautskismo. la funzione dell'ideologia nella socialdemocrazia tedesca fino alia Prima Guerra Mondiale*. De Donato Editore, Bari, 1971.
- MEIKSINS WOOD, ELLEN: *Democracia contra capitalismo. Renovando el materialismo histórico*. Ed. Siglo XXI, Buenos Aires, 1999.
- MILIBAND, RALPH: *Socialismo para una época de escépticos*. Ed. Siglo XXI, México DF, 1997.
- NETTL, J. PETER: *Rosa Luxemburgo*. Era, México DF, 1974.
- PEREYRA, CARLOS: *Sobre la democracia*. Cal y Arena, México DF, 1990.
- POKROVSKI, V. S.: *Historia de las ideas políticas*. Grijalbo, México DF, 1966.
- SALVADORI, MASSIMO: *Kautsky e la riuoluzione socialista*, 1880, no. 38, Feltrinelli Editore, Milano, 1976.
- SHACHTMAN, MAX: “Lenin and Rosa Luxemburg” en *The New Internationalist*, mayo. En <www.marxists.org/history/etol/revhist/otherdox/whatnext/shacht.html>, 1938.
- SKOPCOL, THEDA: *States and social reuolutions: a comparatiue analysis ofFrance, Russia, and China*. Cambridge University Press, Cambridge, 1979.
- TILLY, CHARLES (comp.): *The formation of national States in Western Europe*. Princeton University Press, Princeton, 1975.
- TILLY, CHARLES: *El siglo rebelde, 1830-1930*. Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 1997.

- TILLY, CHARLES: *Coerción capital y los Estados europeos, 990-1990*, Alianza, Madrid, 2002.
- TOCQUEVILLE, ALEXIS DE: *La democracia en América*. Ed. Fondo de Cultura Económica, México DF, 1995.
- VATTIMO, GIANNI: *Ecce Comu*. Ed. Paidós, Buenos Aires, 2008.

**¿Reforma social o
revolución?
Rosa Luxemburgo**

Prólogo de la autora

A primera vista, el título de esta obra puede resultar sorprendente. ¿Reforma social o revolución? ¿Puede la socialdemocracia estar en contra de la reforma social? ¿Puede considerar como opuestos la revolución social —la transformación total del orden vigente, que representa su fin último— y la reforma social? Por supuesto que no. Para la socialdemocracia, la lucha práctica cotidiana por las reformas sociales, por mejorar la situación del pueblo trabajador aun dentro del orden vigente, por instituciones democráticas, constituye el único camino para conducir la lucha de clases proletaria y para trabajar para conseguir el fin último: la conquista del poder político y la abolición del sistema asalariado. Para la socialdemocracia, existe una vinculación indisoluble entre reforma social y revolución social, en la medida en que la lucha por las reformas sociales es para ella el *medio*, mientras que la revolución social es el *fin*.

La teoría de Eduard Bernstein, tal como aparece expuesta en sus artículos “Problemas del socialismo” —en *Die Neue Zeit* (1897-1898)—, y especialmente en su libro *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*, es la primera que contrapone estos dos factores del movimiento obrero. Toda esta teoría apunta, en la práctica, al consejo de abandonar la transformación social completa, el fin último de la socialdemocracia, y hacer que la reforma social deje de ser un medio de la lucha de clases para convertirse en su *fin*. El propio Bernstein ha formulado del modo más exacto e incisivo sus opiniones al escribir: “Este fin, sea cualquiera sea, para mí no es nada; el movimiento lo es todo”.

Pero el fin último socialista es el único factor decisivo que diferencia al movimiento socialdemócrata de la democracia burguesa y del radicalismo burgués; el único que hace que el movimiento obrero deje de ser un ocioso trabajo de chapucería orientado a salvar el orden capitalista, y se transforme en lucha de clases contra ese orden, por la abolición de ese orden; de este modo, la pregunta ¿reforma social o revolución?, en el sentido de Bernstein, es al mismo tiempo, para la socialdemocracia, la pregunta: ¿ser o no ser? Es preciso que todos en el partido vean con claridad que el debate con Bernstein y sus partidarios no es sobre tal o cual forma de lucha, o sobre tal o cual *táctica*, sino que está en juego la entera *existencia* del movimiento socialdemócrata.

[En una consideración superficial de la teoría de Bernstein, esto puede parecer una exageración. ¿Acaso no habla Bernstein todo el tiempo de la socialdemocracia y de sus fines?; ¿acaso no repite incluso reiteradas veces y de modo explícito que también él aspira, aunque de otra forma, al fin último del socialismo?; ¿acaso no señala con insistencia que acepta casi en su totalidad la actual práctica de la socialdemocracia? Todo esto es cierto, desde luego. Pero es igualmente cierto que, desde siempre, en la evolución de la teoría y en la política, toda nueva orientación se basa, en sus comienzos, en la vieja, aunque en su esencia se encuentre en contradicción directa con la vieja; comienza adaptándose a las formas que encuentra ante sí, y habla el lenguaje que hablaba la orientación vieja. Solamente con el paso del tiempo la nueva esencia se libra de la vieja cáscara, y la nueva orientación encuentra su propia forma y su propio lenguaje.]

[Esperar de una oposición al socialismo científico que exprese nítida y claramente, desde sus comienzos y hasta las últimas consecuencias, su esencia interior; que rechace abierta y tajantemente el fundamento teórico de la socialdemocracia equivale a subestimar el poder del socialismo científico. Quien quiera pasar hoy por socialista y al mismo tiempo busque declarar la guerra a la teoría marxista, el más colosal producto del espíritu humano en este siglo, debe comenzar con un homenaje inconsciente al propio marxismo, confesándose en un principio discípulo de la doctrina, buscando en ella puntos de apoyo para combatirla, presentando el combate meramente como una continuación del marxismo. Sin dejarse engañar por estas formas exteriores, es preciso, pues, extraer la esencia oculta en la teoría de Bernstein,

y esta es precisamente una necesidad urgente para las amplias capas del proletariado industrial de nuestro partido.]

[No es posible pronunciar insulto más grosero o calumnia más infame contra la clase obrera que afirmar que las controversias teóricas son solo una cuestión de los “académicos”. Ya Lassalleff¹ dijo que solo cuando la ciencia y los trabajadores, esos polos opuestos de la sociedad, lleguen a ser uno, aplastarán con sus férreos brazos todos los obstáculos a la cultura. *Toda la fuerza del movimiento obrero moderno descansa sobre el conocimiento teórico.*]

Este conocimiento teórico es doblemente importante para los obreros en el caso que nos ocupa: porque precisamente se trata de ellos mismos y de su influencia en el movimiento; porque es su cabeza la que aquí se pone en peligro. La corriente oportunista en el partido, formulada teóricamente por Bernstein, no es otra cosa que un intento inconsciente de garantizar la supremacía a los elementos pequeñoburgueses que se han unido al partido, esto es, de amoldar la praxis y los fines del partido al espíritu pequeñoburgués. La pregunta por la reforma social y la revolución, por el fin último y el movimiento, es, desde otra perspectiva, la pregunta por el *carácter pequeñoburgués o proletario del movimiento obrero.*

[Por este motivo, es de interés para la masa proletaria del partido ocuparse, de la forma más intensa y exhaustiva, de la actual controversia teórica con el oportunismo.]

[Mientras el conocimiento teórico siga siendo meramente el privilegio de un puñado de “académicos” del partido, correrá este el riesgo de extraviarse. Únicamente cuando las amplias masas trabajadoras empuñen el arma afilada y eficaz del socialismo científico, naufragarán todas las inclinaciones pequeñoburguesas, todas las corrientes oportunistas. Entonces el movimiento se asentará sobre bases seguras, firmes. “La multitud lo hace”.]¹²

Berlín, 18 de abril de 1899

1 Ferdinand Lassalle (1825-1864). Abogado y político alemán, amigo de Karl Marx y defensor de un socialismo pequeñoburgués que posteriormente tuvo gran influencia en la socialdemocracia alemana. En 1863 fundó la Unión General Obrera de Alemania, que en el Congreso de Gotha (1875) se unificó con el Partido Socialdemócrata. Mantuvo posiciones oportunistas respecto de cuestiones teóricas y políticas fundamentales.

2 Todos los párrafos entre corchetes fueron omitidos en la segunda edición.

Primera parte

I. El método de Bernstein

Si las teorías son reflejos de los fenómenos del mundo exterior en el cerebro humano, en vista de la más reciente teoría de Eduard Bernstein habría que añadir, en todo caso: a veces, son reflejos invertidos. ¡Una teoría acerca de la implantación del socialismo mediante la reforma social en la era Stumm-Posadowsky;¹ acerca del control de los sindicatos sobre el proceso de producción, después de la derrota de los constructores de máquinas ingleses; acerca de la mayoría parlamentaria socialdemócrata, después de la revisión constitucional en Sajonia y de los atentados contra el derecho al sufragio universal en el Reichstag.² Sin embargo, el aspecto central de las argumentaciones de Bernstein no son, a nuestro juicio, sus opiniones sobre las tareas prácticas de la socialdemocracia, sino lo que dice acerca de la marcha de la evolución objetiva de la sociedad capitalista, con lo que mantienen el más estrecho contacto dichas opiniones.

- 1 Referencia al fracaso y suspensión, durante el reinado de Guillermo II, de la política de reforma social iniciada bajo Guillermo I.
- 2 Cada uno de los estados integrados en el imperio alemán tenía su propia Constitución. Tras la abolición de la ley contra la socialdemocracia, y ante la rápida expansión de esta, Sajonia modificó la suya para introducir un sistema electoral de censos, en el que había que pagar para ejercer el derecho al voto.

Según Bernstein, el desarrollo del capitalismo hace cada vez más improbable su colapso general, debido a que, por un lado, el sistema capitalista muestra cada vez mayor capacidad de adaptación y, por otra parte, la producción se diversifica cada vez más. La capacidad de adaptación del capitalismo, según Bernstein, se manifiesta en: la desaparición de las crisis generales, gracias al desarrollo del sistema crediticio, de las organizaciones empresariales y de los medios de transporte y comunicación; la resistencia mostrada por la clase media, debido a la constante diversificación de las ramas de producción y al ascenso de amplias capas del proletariado a las clases medias; y finalmente, la mejora de la situación económica y política del proletariado, como resultado de la lucha sindical.

Para la lucha práctica de la socialdemocracia, se infiere de esto la disposición general de que ella ya no debe orientar su actividad a la conquista del poder político estatal, sino a la mejora de la situación de la clase obrera y a la introducción del socialismo, no a consecuencia de una crisis social y política, sino de la paulatina ampliación del control social y de una gradual aplicación del principio cooperativista.

El propio Bernstein no ve nada nuevo en sus argumentaciones; cree, antes bien, que coinciden tanto con observaciones aisladas de Marx y Engels, como con la orientación general de la socialdemocracia hasta el presente. En nuestra opinión, en cambio, si se observa más exhaustivamente la esencia de sus opiniones, se torna difícil negar que ellas, de hecho, contradicen por principio los razonamientos del socialismo científico.

Si el revisionismo de Bernstein se redujera a afirmar que la marcha de la evolución capitalista es mucho más lenta de lo que se solía asumir, ello no implicaría, efectivamente, más que un aplazamiento de la conquista del poder político por parte del proletariado que se daba por sentada hasta ahora, de lo cual solo podría derivarse, en el plano de la práctica, a lo sumo, un ritmo de lucha más sereno.

Pero no es este el caso. Lo que Bernstein cuestiona no es la rapidez de la evolución, sino la propia marcha de la evolución de la sociedad capitalista y, en relación con ello, la transición al orden socialista.

Si la teoría socialista asumió, hasta ahora, que el punto de partida para la transformación total socialista sería una crisis general y aniquiladora, es preciso diferenciar en esto, según mi parecer, dos aspectos: la idea fundamental, que permanece oculta, y su forma externa.

La idea fundamental consiste en asumir que el orden capitalista, en virtud de sus propias contradicciones internas, produce a partir de sí el momento en que se derrumba y se torna simplemente imposible. Existían buenas razones para pensar que ese momento se daría en la forma de una crisis comercial general y estremecedora, aunque esto no es esencial y resulta secundario a la hora de considerar la idea fundamental.

La fundamentación científica del socialismo se apoya principalmente, como es sabido, en *tres* consecuencias del desarrollo capitalista. En primer lugar y ante todo, la *anarquía* creciente de la economía capitalista, que convierte su caída en un resultado inevitable. En segundo lugar, la progresiva *socialización* del proceso de producción, que crea los gérmenes del futuro orden social. Y en tercer lugar, el poder y el *conocimiento de clase* crecientes del proletariado, que constituye el factor activo de la revolución venidera.

Bernstein descarta el primero de estos pilares del socialismo científico. Afirma, en efecto, que el desarrollo capitalista no se aproxima a una crisis económica universal.

No rechaza meramente la *forma* determinada de la caída del capitalismo, sino la caída misma. Dice expresamente: “Podría argumentarse que cuando se habla del colapso de la sociedad actual, se tiene en vista algo más que una crisis económica generalizada y más intensa que las anteriores; esto es, se está pensando en un colapso total del sistema capitalista, a partir de sus propias contradicciones”. A lo cual contesta él mismo: “Un colapso prácticamente simultáneo del actual sistema de producción no se torna más verosímil, sino más inverosímil, con el desarrollo progresivo de la sociedad, porque el desarrollo capitalista aumenta, por un lado, la capacidad de adaptación de

la industria y, por el otro (o, al mismo tiempo, junto con ella), su diferenciación”.³

Surge aquí la gran pregunta: ¿Por qué y cómo llegamos, simplemente, al fin último de nuestros empeños? Desde el punto de vista del socialismo científico, la necesidad histórica de la revolución socialista se manifiesta, sobre todo, en la anarquía creciente del capitalismo, que lo conduce a un callejón sin salida. Pero si se admite la tesis de Bernstein, según la cual el desarrollo capitalista no avanza en dirección a su propia caída, el socialismo deja de ser *objetivamente necesario*. Por tanto, de los pilares de la fundamentación científica del socialismo, solo quedan los otros dos resultados del orden capitalista: la socialización del proceso de producción y la conciencia de clase del proletariado. Esto también tiene en vista Bernstein cuando señala:

La construcción intelectual socialista no pierde absolutamente nada [con la eliminación de la teoría del colapso]; de su fuerza persuasiva. Pues, visto con más detenimiento, ¿qué son en realidad todos los factores de eliminación o modificación de las antiguas crisis que hemos mencionado? Son, todos ellos, cosas que representan al mismo tiempo condiciones y, en parte, incluso gérmenes de la socialización de la producción y el intercambio.⁴

Sin embargo, una breve reflexión basta para demostrar que también esto representa una conclusión engañosa. ¿En qué consiste la importancia de los fenómenos —los cárteles, el crédito, el perfeccionamiento de los medios de transporte, la mejora de la situación de la clase obrera, etc.— que Bernstein cita como medios de la adaptación capitalista? Evidentemente, en que ellos eliminan o, al menos, mitigan las contradicciones internas de la economía capitalista, frenan su desarrollo o la agudización de las mismas. Así, la eliminación de las crisis significa la supresión de la contradicción entre producción y distribución en el sistema capitalista; así, en parte la mejora

3 Die *Neue Zeit*, 1897-1898, N° 18, p. 555 (*N. de la A.*).

4 Die *Neue Zeit*, 1897-1898, N° 18, p. 554 (*N. de la A.*).

de la situación de la clase obrera, en parte el ascenso de ciertos sectores de ella en la clase media, significa la mitigación de la contradicción entre capital y trabajo. En la medida, pues, en que los cárteles, el crédito, los sindicatos, etc., si los fenómenos antes mencionados suprimen las contradicciones del capitalismo, es decir, salvan al sistema capitalista de la caída, conservan al capitalismo —por eso Bernstein los llama “medios de adaptación”—, ¿cómo pueden ser, al mismo tiempo, “condiciones y, en parte, incluso gérmenes” del socialismo? Evidentemente, tan solo en el sentido de que expresan más intensamente el carácter social de la producción. Pero, dado que lo conservan en su forma *capitalista*, inversamente tornan, en la misma medida, superfluo el pasaje desde esa producción socializada a la producción socialista. Por ello, solo pueden ser gérmenes y condiciones del orden socialista *meramente* en un sentido conceptual, y no en un sentido histórico; es decir, son fenómenos que, según *sabemos* a partir de nuestra representación del socialismo, están relacionados con este, pero de hecho no solo no producen la revolución socialista, sino que la hacen superflua.

Como única fundamentación del socialismo nos queda, por tanto, la conciencia de clase del proletariado. Pero tampoco este es, presumiblemente, el simple reflejo intelectual de las contradicciones cada vez más agudas del capitalismo y de su inminente caída —esta es evitada ya por los medios de adaptación— sino un mero ideal, cuya fuerza persuasiva reside en la perfección que se le atribuye.

En pocas palabras, lo que aquí tenemos es una fundamentación del programa socialista a través del “entendimiento puro”, es decir, dicho simplemente, una fundamentación idealista, mientras es eliminada la necesidad objetiva, es decir, la fundamentación a partir de la marcha del desarrollo material de la sociedad.

La teoría de Bernstein se enfrenta a un dilema. O bien la transformación socialista se deriva, como se admitía hasta ahora, de las contradicciones objetivas del orden capitalista, que se agudizan con el desarrollo del mismo, llevando inevitablemente, en un momento dado, al colapso de este —son entonces inútiles

los “medios de adaptación” y correcta la teoría del colapso—; o bien los “medios de adaptación” son los que realmente evitan el hundimiento del sistema capitalista y, de ese modo, permiten que este siga existiendo, es decir, suprimen sus propias contradicciones, y entonces el socialismo deja de ser una necesidad histórica y pasa a ser lo que se quiera, pero no un resultado del desarrollo material de la sociedad. Este dilema lleva a otro. O Bernstein tiene razón en lo relativo a la marcha del desarrollo capitalista, y por lo tanto la transformación socialista de la sociedad se convierte en una utopía, o el socialismo no es una utopía, y entonces la teoría de los “medios de adaptación” es infundada. *That is the question*, he ahí la cuestión.

II. La adaptación del capitalismo

Según Bernstein, los medios más importantes que generan la adaptación de la economía capitalista son el crédito, los avanzados medios de transporte y las organizaciones de empresarios.

Para comenzar por el crédito, digamos que este cumple diversas funciones en la economía capitalista, pero la más importante es, como es sabido, el incremento de la capacidad de expansión de las fuerzas productivas y la mediación y simplificación del intercambio. Cuando la tendencia inmanente de la producción capitalista a expandirse de manera ilimitada choca con los límites de la propiedad privada o con las restringidas dimensiones del capital privado, el crédito se presenta como el medio para superar, de modo capitalista, esos límites; para fundir en uno solo muchos capitales privados (sociedades por acciones) y para permitir que un capitalista disponga de capital ajeno (crédito industrial). Como crédito comercial, acelera, por otro lado, el intercambio de mercancías, es decir, el reflujo del capital a la producción, ayudando así a todo el ciclo del proceso de producción. Es fácil comprender la influencia que estas dos funciones principales del crédito tienen sobre la formación de las crisis. Si bien las crisis, como es sabido, surgen de la

contradicción entre la capacidad de expansión y la tendencia de expansión de la producción y la limitada capacidad de consumo, el crédito es, a la vista de lo ya dicho, el medio para que esa contradicción entre en erupción con la mayor frecuencia posible. Ante todo, intensifica hasta lo inconmensurable la capacidad de expansión de la producción, y constituye la fuerza impulsora interna para llevarla constantemente más allá de los límites del mercado. Pero el crédito es un arma de doble filo: si, por un lado, en cuanto factor del proceso de producción, genera la sobreproducción, después, durante la crisis, en su condición de medio de circulación, echa por tierra las fuerzas productivas que él mismo despertó a la vida. A las primeras señales de estancamiento, el crédito se contrae y abandona el intercambio precisamente cuando este más necesita de aquel; y cuando todavía subsiste, se revela ineficaz y carente de propósito; y, durante la crisis, reduce al mínimo la capacidad de consumo.

Además de estos dos resultados principales, el crédito también influye de otras maneras en la formación de las crisis. No solo proporciona el medio técnico para poner a disposición de un capitalista los capitales ajenos, sino que también constituye, al mismo tiempo, para él un acicate para un empleo desfachatado y sin escrúpulos de la propiedad ajena, es decir, para atrevidas especulaciones. Como pérfido medio de circulación, el crédito no solo agudiza la crisis, sino que también facilita su surgimiento y expansión, al transformar toda la circulación en un mecanismo extremadamente complejo y artificioso con la menor medida posible de metálico como fundamento real, y así hace que sea perturbado ante la menor ocasión.

Por tanto, lejos de ser un instrumento para eliminar o mitigar las crisis, el crédito es, por el contrario, un factor especialmente poderoso para formarlas. Y no puede ser de otro modo. La función específica del crédito —expresada en términos muy generales— no es otra que desterrar todo resto de estabilidad de todas las relaciones capitalistas, e imponer por doquier la mayor elasticidad posible, a fin de que todas las potencias capitalistas se tornen amplias, relativas y sensibles en la mayor medida posible. Es notorio que de esta manera el crédito facilita

y agudiza las crisis, que no son otra cosa que el choque periódico de las potencias antagónicas de la economía capitalista.

Esto nos lleva, al mismo tiempo, a la otra pregunta: ¿cómo es posible que el crédito aparezca en general como un “medio de adaptación” del capitalismo? Al margen de en qué relación y bajo qué forma sea concebida la “adaptación” con ayuda del crédito, su esencia solo puede consistir, evidentemente, en la capacidad para equilibrar cualquier relación antagónica de la economía capitalista, suprimir o mitigar cualquiera de sus contradicciones, y así proporcionar un ámbito de juego libre, en cualquier punto, a las fuerzas reprimidas. Si hay, pues, un medio en la economía capitalista actual para agudizar al máximo las contradicciones de esta, ese medio es precisamente el crédito. Agudiza la contradicción entre el *modo de producción* y el *modo de intercambio*, dado que intensifica al máximo la producción, pero paraliza el intercambio ante la menor ocasión. Agudiza la contradicción entre el *modo de producción* y el *modo de apropiación*, dado que separa la producción de la propiedad, dado que convierte el capital que interviene en la producción en capital social, pero al mismo tiempo transforma el beneficio en la forma de un puro interés de capital, es decir, en un puro título de propiedad. Agudiza la contradicción entre las *relaciones de propiedad* y las *relaciones de producción*, dado que, a través de la expropiación de muchos pequeños capitalistas, concentra en pocas manos enormes fuerzas productivas. Agudiza la contradicción entre el carácter *social* y el *privado* de la producción, en la medida en que hace necesaria la intromisión del Estado en la producción (sociedades por acciones).

En una palabra, el crédito reproduce todas las contradicciones cardinales del mundo capitalista, las lleva al absurdo; las traspone, pues, a su propia deficiencia y acelera su ritmo, en la medida en que las empuja a su propia destrucción: el colapso. La primera medida de adaptación para el capitalismo, en relación con el crédito, tendría que consistir, por tanto, en su abolición, en hacerlo desaparecer. Tal como existe, el crédito no constituye solo un medio de adaptación, sino un medio de aniquilación de la mayor eficacia revolucionaria. Precisamente este carácter revolucionario del crédito, que conduce más allá

del capitalismo, ha inspirado, incluso, planes de reformas presuntamente socialistas, e hizo que grandes defensores del crédito, como dice Marx, aparecieran como “mitad profetas, mitad lúmpenes”.⁵

Igual de insuficiente resulta ser, si se lo examina bien, el segundo “medio de adaptación” de la producción capitalista: las ligas de empresarios. Según Bernstein, estas conseguirán detener la anarquía y evitar las crisis mediante la regulación de la producción. Obviamente que solo podría tratarse de esto en la medida en que los cárteles, los trusts, etc., deban de convertirse de manera aproximativa en una forma de producción universal, dominante. Solo que precisamente esto queda excluido por la naturaleza de los propios cárteles. El objetivo económico definitivo y el efecto de las ligas de empresarios consisten, a través de la eliminación de la competencia dentro de una determinada rama de la producción, en influir sobre la distribución de las masas de beneficio obtenidas en el mercado con vistas a aumentar la participación en el beneficio por parte de esa rama industrial. La alianza solo puede elevar los porcentajes de beneficios dentro de una rama industrial a costa de las otras; por lo tanto, ese aumento no puede volverse general. La extensión de las alianzas a todas las ramas importantes de la producción suprime su propia influencia.

Además, dentro de los límites de su realización práctica, las ligas de empresarios tienen un efecto contrario al de la eliminación de la anarquía industrial. En el mercado interior, los cárteles suelen obtener el mencionado incremento de su tasa de beneficio al hacer producir para el extranjero, con una tasa de beneficio mucho más baja, las cantidades suplementarias de capital que no pueden emplear para las necesidades internas. El resultado es la agudización de la competencia en el extranjero, el aumento de la anarquía en el mercado mundial, es decir, precisamente lo contrario de lo que se pretende conseguir.

5 Referencia a la frase final del capítulo 27 de la sección 5º del tomo III de El capital, donde Marx califica de “carácter agradable de sinvergüenza y profeta” al banquero francés Isaac Péreire (1806-1880), seguidor del socialista utópico Saint-Simón.

Un ejemplo de esto lo ofrecen las circunstancias actuales en la industria internacional del azúcar.

Finalmente, consideradas globalmente como forma de manifestación del modo de producción capitalista, las ligas de empresarios deben ser concebidas meramente como un estadio de transición, como una fase determinada dentro del desarrollo capitalista. Considerados en última instancia, los cárteles no son, en esencia, más que un medio del modo de producción capitalista para contener la fatal caída de la tasa de beneficios en ciertas ramas de producción individuales. ¿De qué método se valen los cárteles para alcanzar este fin? En el fondo, solo en que consiste en no aprovechar una parte del capital acumulado, es decir, el mismo método que, bajo otra forma, se aplica en las crisis. Sin embargo, este remedio y la enfermedad se parecen como dos gotas de agua, y el primero solo puede considerarse el mal menor hasta cierto punto. Cuando el mercado de venta comience a contraerse —y es innegable que tal momento se alcanzará tarde o temprano— y el mercado mundial haya alcanzado sus límites y esté agotado, producto de la competencia entre los países capitalistas, la parte improductiva del capital comienza a adquirir una dimensión tal que el remedio se transforma en enfermedad y el capital, ya intensamente socializado por medio de las alianzas, se convierte nuevamente en capital privado. En vista de que se reduce la capacidad para encontrar un pequeño lugar para sí en el mercado de ventas, cada porción individual de capital prefiere probar suerte por su propia cuenta. Las alianzas tienen que estallar entonces como pompas de jabón, dando paso nuevamente a una libre competencia potenciada.⁶

6 En la segunda edición, la autora añadió el siguiente párrafo: “En una nota a pie de página en el Libro III de *El capital*, Engels escribió en 1894: Desde que se escribió lo que antecede (1865) se ha intensificado considerablemente la competencia en el mercado mundial, a través del rápido desarrollo de la industria en todos los países civilizados, especialmente en América y Alemania. El hecho de que las fuerzas productivas modernas, en su crecimiento rápido y gigantesco, superen cada día más las leyes del intercambio capitalista de mercancías, en cuyo contexto debieran actuar, se va haciendo cada vez más evidente en las conciencias de los capitalistas. Esto se demuestra por dos síntomas. En primer lugar, por la nueva manía proteccionista generalizada, que se diferencia de los antiguos

En general, tanto los cárteles como el crédito aparecen como fases determinadas del desarrollo capitalista, que en última instancia solo aumentan la anarquía del mundo capitalista y expresan y hacen madurar las contradicciones que le son inherentes. Agudizan la lucha entre el modo de producción y el modo de intercambio, en la medida en que llevan al extremo la lucha entre los productores y los consumidores, tal como podemos observarlo especialmente en Estados Unidos. Agudizan, asimismo, la contradicción entre los modos de producción y de apropiación, por cuanto enfrenta de la forma más brutal al proletariado con la omnipotencia del capital organizado y, de esta manera, agudiza la contradicción entre capital y trabajo.

Agudizan, por último, la contradicción entre el carácter internacional de la economía mundial capitalista y el carácter nacional del Estado capitalista, en la medida en que siempre tienen, como fenómeno concomitante, una guerra arancelaria general, y así llevan al extremo las contraposiciones entre los diversos Estados capitalistas. A todo esto hay que añadir el efecto directo y sumamente revolucionario de los cárteles sobre la concentración de la producción, el perfeccionamiento técnico, etcétera.

Por tanto, desde el punto de vista de su efecto final sobre la economía capitalista, los cárteles y los trusts no sirven solo como “medios de adaptación”, sino directamente como uno de los medios que ella se ha procurado para aumentar su propia anarquía, para resolver las contradicciones que contiene y para acelerar la propia caída.

Solo que, si el crédito, los cárteles y los demás elementos no consiguen eliminar la anarquía de la economía capitalista,

aranceles proteccionistas por el hecho de que cubre fundamentalmente los productos exportables. En segundo lugar, por la formación de cárteles de fabricantes en grandes esferas de la producción, con el fin de regular esta y, con ella, los precios y los beneficios. Es manifiesto que estos experimentos solo son posibles en un clima económico favorable; la primera tormenta los tira por la borda, demostrando así que si la producción necesita regulación, no será la clase capitalista la llamada a ponerla en práctica. Por lo demás, estos cárteles tienen como única misión procurar que los grandes devoren a los pequeños más rápidamente que antes”.

¿por qué durante dos decenios, desde 1873, no hemos tenido ninguna crisis comercial general? ¿No es este un signo de que el modo de producción capitalista, en lo fundamental, ha logrado “adaptarse” a las necesidades de la sociedad, y ha rebasado el análisis proporcionado por Marx?

[En nuestra opinión, la actual bonanza en el mercado mundial tiene otra explicación.]

[Se ha impuesto el hábito de considerar que las grandes crisis comerciales periódicas ocurridas hasta ahora son las crisis seniles del capitalismo esquematizadas por Marx en su análisis. El desarrollo periódico del ciclo de producción, aproximadamente cada diez años, parecía ser la mejor confirmación de este esquema. Esta concepción, sin embargo, descansa sobre lo que, a nuestro juicio, es un malentendido. Si se hace un análisis más exhaustivo de las causas que han provocado las grandes crisis internacionales acontecidas hasta el momento, se podrá advertir que, en conjunto, no son la expresión del envejecimiento de la economía capitalista, sino, por el contrario, de su niñez. Un repaso breve de su evolución basta para demostrar de inmediato que en los años 1825, 1836 y 1847, el capitalismo no pudo producir aquel choque periódico e inevitable de las fuerzas productivas con los límites del mercado, derivado de su plena madurez, que se desprende del esquema marxiano, puesto que por aquel entonces el capitalismo se hallaba en pañales en la mayoría de los países.]⁷

7 En lugar del párrafo entre corchetes, la segunda edición recoge lo siguiente: “La respuesta vino pisándole los talones a la pregunta. Apenas se había deshecho Bernstein, en 1898, de la teoría marxista de las crisis, cuando en 1900 estalló una fuerte crisis general, y siete años después, en 1907, una nueva crisis originada en Estados Unidos afectó al mercado mundial. Los hechos incontrovertibles destruían la teoría de la ‘adaptación’ del capitalismo. Al mismo tiempo, podía comprobarse que quienes abandonaban la teoría marxista de las crisis solo porque había fracasado en el cumplimiento de dos de sus ‘plazos’ confundían el núcleo de la teoría con una pequeñez externa y no esencial de su forma, con el ciclo decenal. La formulación del ciclo de la industria capitalista moderna como un período decenal, sin embargo, era una simple constatación de los hechos por Marx y Engels en 1860 y 1870, que además no descansaba en ninguna ley natural, sino en una serie de circunstancias históricas siempre

En efecto, la crisis de 1825 fue el resultado de las enormes inversiones de capital para construir carreteras, canales y plantas de gas, que tuvieron lugar —como también la crisis— durante la década precedente, especialmente en Inglaterra. La crisis siguiente, de 1836 a 1839, también fue el resultado de las colosales inversiones en la construcción de nuevos medios de transporte. La crisis de 1847, como es sabido, fue provocada por la febril inauguración de ferrocarriles en Inglaterra (¡entre 1844 y 1847, es decir, en solo tres años, el Parlamento otorgó concesiones por valor de 1.500 millones de táleros!).⁷ En estos tres casos, se produjeron formas diversas de *reconstitución* de la economía capitalista, del establecimiento de nuevos fundamentos bajo el desarrollo capitalista, que derivaron en crisis. En 1857, la causa fue la apertura de nuevos mercados de venta, para la industria europea, en América y Australia, a consecuencia del descubrimiento de minas de oro; en Francia, fueron especialmente las inauguraciones de ferrocarriles, siguiendo las huellas de Inglaterra (entre 1852 y 1856 fueron inaugurados nueve ferrocarriles por valor de 1.250 millones de francos). Finalmente, como es sabido, la gran crisis de 1873 fue consecuencia directa de la reconstitución del primer desarrollo acelerado de la gran industria en Alemania y Austria, que siguió a los acontecimientos políticos de 1866 y 1871.⁸

Fue, en todos los casos, la repentina expansión de la economía capitalista y no la *contracción* de su ámbito de juego, su agotamiento, lo que ocasionó la crisis comercial. El hecho de que aquellas crisis internacionales se repitieran cada diez años es un fenómeno meramente externo y casual. El esquema marxiano de la formación de las crisis, tal como lo exponen Engels en el *Anti-Dühring* y Marx en los tomos I y III de *El capital*, es válido para todas las crisis solo en la medida que pone al descubierto su *mecanismo interno* y sus *causas universales* profundas.

[Globalmente, este esquema marxiano se adapta mejor a una economía capitalista plenamente desarrollada, en la que se pre-

concretas relacionadas con la extensión intermitente de la esfera de actuación del capitalismo juvenil”.

8 15.000 millones de dólares.

supone como algo ya dado el mercado mundial. Solamente en este caso pueden repetirse las crisis de un modo mecánico a partir del movimiento interno, propio de los procesos de producción e intercambio, como se desprende del análisis marxiano, y sin la ocasión externa de una conmoción repentina en las relaciones de producción y de mercado. Si tomamos en consideración la situación económica actual, tendremos que reconocer, en todo caso, que todavía no hemos ingresado a esa fase de perfecta madurez del capitalismo que se presupone en el esquema marxista de la periodicidad de las crisis. El mercado mundial aún está en proceso de formación. Alemania y Austria solo entraron en la fase de la auténtica gran producción industrial a partir de la década de 1870; Rusia ya ingresó en la década de 1880; Francia continúa siendo en gran parte un país de pequeña producción artesanal; los Estados de los Balcanes aún no han roto, en una medida considerable, ni siquiera las cadenas de la economía natural; y América, Australia y África tan solo a partir de la década de 1880 iniciaron un intercambio de mercancías dinámico y regular con Europa. Si bien es cierto, por un lado, que ya hemos dejado atrás las súbitas y veleidosas aperturas de nuevos campos de la economía capitalista, tal como se produjeron periódicamente hasta la década de 1870, y que tuvieron como consecuencia las crisis anteriores —crisis, por así decirlo, juveniles—, por otro lado aún no hemos alcanzado el grado de formación y agotamiento del mercado mundial que puede producir un choque fatal, periódico, de las fuerzas productivas contra los límites del mercado, las verdaderas crisis seniles del capitalismo. Nos encontramos en una fase en que las crisis ya no acompañan el ascenso del capitalismo, y todavía no acompañan su caída. Este período de transición se caracteriza por el curso deslucido de los negocios desde hace casi veinte años, en que cortos períodos de crecimiento se alternan con largos períodos de depresión.]

[Pero de los mismos fenómenos que condicionan provisoriamente la ausencia de crisis se deriva que nos acercamos inevitablemente al comienzo del final, al período de las crisis últimas del capitalismo. Una vez que el mercado mundial, en líneas generales, se haya desarrollado y ya no pueda ser aumentado por medio de ninguna expansión súbita, al tiempo

que crece incesantemente la productividad del trabajo, se inicia el conflicto más o menos largo entre las fuerzas productivas y las barreras de intercambio, que, espontáneamente, se torna cada vez más brusco y tempestuoso a través de su repetición. Y si algo es especialmente adecuado para acercarnos a ese período, para establecer con rapidez el mercado mundial y agotarlo con rapidez, son precisamente esos mismos fenómenos —el crédito y las organizaciones de empresarios— sobre los que Bernstein construye su teoría de los “medios de adaptación”.]⁹

La presunción de que la producción capitalista podría “adaptarse” a la distribución presupone una de estas dos cosas: o bien que el mercado mundial puede crecer ilimitadamente y hasta el infinito; o, por el contrario, que las fuerzas productivas detengan su desarrollo para no superar los límites del mercado. La primera opción es físicamente imposible, y la segunda se enfrenta al hecho de que continuamente se desarrollan revoluciones técnicas en todos los campos de la producción, y todos los días despiertan nuevas fuerzas productivas.

Un fenómeno más, según Bernstein, contradice la marcha esbozada del capitalismo: la “falange casi incommovible” de las medianas empresas, sobre la cual nos llama aquel la atención. En ellas ve Bernstein un signo de que el desarrollo de la gran industria no actúa de un modo tan revolucionario y concentrador como habría debido esperarse de la teoría del colapso. Solo que Bernstein es aquí, nuevamente, víctima de su propio equívoco. Porque, de hecho, significaría entender muy erróneamente el desarrollo de la gran industria, esperar que en él *desaparezca* de la superficie la mediana empresa.

En la marcha general del desarrollo capitalista, precisamente de acuerdo con Marx, los pequeños capitales cumplen con el papel de pioneros de la revolución técnica, y ello desde dos perspectivas: en relación con nuevos métodos de producción

9 En lugar de los párrafos entre corchetes, la segunda edición reza: “Estas crisis pueden producirse cada 10 o cada 5 años o, alternativamente, cada 20 o cada 8 años. Lo que demuestra del modo más palmario la insuficiencia de la teoría de Bernstein es el hecho de que la crisis más reciente (1907-1908) se ensañó especialmente con los países en que más desarrollados están los famosos ‘medios de adaptación’ capitalistas —crédito, comunicaciones, transportes y trusts—”.

en ramas viejas y establecidas; y en relación con la creación de ramas de producción nuevas, todavía no explotadas por los grandes capitales. Es completamente errado concebir que la historia de la mediana empresa capitalista avance en línea recta hacia su gradual desaparición. Por el contrario, el curso concreto de su desarrollo es también aquí puramente dialéctico y se mueve constantemente entre contradicciones. La clase media capitalista, al igual que la clase obrera, se encuentra bajo la influencia de dos tendencias opuestas, una que tiende a elevarla y otra que tiende a hundirla. La tendencia descendente es, dado el caso, el continuo aumento en la escala de la producción, que periódicamente trasciende el volumen de los capitales medios y los expulsa una y otra vez de la competencia. La tendencia ascendente es la desvalorización periódica del capital existente, que durante cierto tiempo rebaja una y otra vez la escala de la producción —de acuerdo con el *valor* del mínimo necesario de capital— y además paraliza la penetración de la producción capitalista en nuevas esferas. No hay que imaginarse la lucha entre la mediana empresa y el gran capital como una asidua batalla en la que la parte más débil se reduce cada vez más en términos directos y cuantitativos, sino más bien como una siega periódica de los pequeños capitales, que vuelven a surgir con rapidez solamente para ser segadas de nuevo por la guadaña de la gran industria. De las dos tendencias que juegan a la pelota con la clase media capitalista, en última instancia triunfa la tendencia descendente, a diferencia de lo que ocurre con el desarrollo del proletariado.

Sin embargo, esto no necesita manifestarse en una disminución del número absoluto de medianas empresas, sino, en primer lugar, en el paulatino aumento del mínimo de capital necesario para la subsistencia de las empresas en las ramas viejas de la producción; en segundo lugar, en la constante reducción del lapso de tiempo durante el que los pequeños capitalistas se benefician de la explotación de las ramas nuevas. De todo esto se deriva, para el pequeño capital *individual*, un lapso de vida cada vez más corto y un cambio cada vez más rápido de los métodos de producción, como también del tipo de inversiones; y para la clase en su *conjunto*, un metabolismo social cada vez más rápido.

Esto último lo sabe muy bien Bernstein y él mismo lo constata. Pero lo que parece olvidar es que en eso consiste la ley misma del desarrollo capitalista de las medianas empresas. Si los pequeños capitales son los promotores del progreso técnico y si el progreso técnico es el pulso vital de la economía capitalista, entonces los pequeños capitales son parte integral del desarrollo capitalista, y únicamente podrán desaparecer junto con él. La desaparición gradual de las medianas empresas —en el sentido de la estadística sumaria absoluta, que es lo que importa para Bernstein— no significaría el desarrollo revolucionario del capitalismo, como opina Bernstein, sino, a la inversa, una paralización, un adormecimiento de dicho desarrollo:

La tasa de beneficio, es decir, el crecimiento proporcional del capital, es importante ante todo para los nuevos inversores de capital, que se agrupan de manera autónoma. En cuanto la formación de capital caiga exclusivamente en manos de algunos grandes capitales [...] el fuego vivificador de la producción se extinguirá, se adormecerá.¹⁰

[Los medios de adaptación bernsteinianos se muestran, pues, ineficaces, y los fenómenos que él explica como síntomas de la adaptación deben atribuirse a causas completamente distintas.]¹¹

III. Implantación del socialismo por medio de reformas sociales

Bernstein rechaza la validez de la “teoría del colapso” como el camino histórico hacia la realización de la sociedad socialista. ¿Cuál es el camino que conduce allí desde el punto de vista de

10 Referencia a las dos victorias bélicas que permitieron la unidad alemana, sobre Austria en la guerra austro-prusiana (1866) y sobre Francia en la guerra franco-prusiana (1870-1871), que conllevó la caída de Napoleón III y la proclamación del Segundo Imperio Alemán, con Bismarck como canciller.

11 Omitido en la segunda edición.

la “teoría de la adaptación del capitalismo”? Bernstein solo ha contestado a esta pregunta indirectamente; el intento de responderla de modo más detallado según el espíritu de Bernstein lo ha hecho Konrad Schmidt.¹² Según él, “la lucha sindical y la lucha política por reformas sociales introducen un control social cada vez más amplio sobre las condiciones de producción”; y, a través de la legislación, “rebajan progresivamente al propietario de capital a la función de administrador a través de la reducción de sus derechos”, hasta que finalmente “se despoje al capitalista debilitado —que ve cómo su propiedad va perdiendo valor para él mismo— también de la dirección y administración de la empresa”, y así se implantará definitivamente la empresa social.

Así pues, los medios para la implantación paulatina del socialismo son los sindicatos, las reformas sociales y también, como añade Bernstein, la democratización política del Estado.

Para comenzar con los sindicatos, su función más importante —que nadie ha sabido mostrar mejor que el propio Bernstein en el año 1891, en *Die Neue Zeit*— consiste en ser, de parte de los trabajadores, el medio para realizar la ley salarial capitalista, es decir, la venta de la fuerza de trabajo a precio de mercado. Los sindicatos le sirven al proletariado para aprovechar en cada momento las coyunturas del mercado dadas. Pero estas coyunturas —es decir, por un lado, la demanda de fuerza de trabajo condicionada por el estado de la producción; por otro lado, la oferta de fuerza de trabajo proporcionada por la proletarización de las clases medias y por la reproducción natural del proletariado; y, por último, el nivel respectivo de productividad del trabajo— quedan fuera de la esfera de influencia de los sindicatos. Estos, por tanto, no pueden abolir la ley capitalista del salario; en el mejor de los casos, pueden circunscribir la explotación capitalista dentro de los límites “normales” de un momento dado, pero no pueden eliminarla, ni siquiera gradualmente.

12 Konrad Schmidt (1863-1932). Economista alemán posicionado inicialmente en el grupo de los “Jóvenes” (ver Nota 45), posteriormente evolucionó hacia el reformismo. Sus observaciones, publicadas en el *Vorwärts* del 20 de febrero de 1898, se pueden relacionar con las de Bernstein, dado que este no rechazó en modo alguno sus puntos de vista.

Por cierto, Konrad Schmidt designa al movimiento sindical actual como un “débil estadio inicial”, y espera que en el futuro “el movimiento sindical ejerza una influencia creciente sobre la regulación de la producción”. Pero por regulación de la producción solo cabe entender dos cosas: la injerencia en el aspecto técnico del proceso de producción o la determinación del volumen de la propia producción. ¿De qué naturaleza puede ser la influencia de los sindicatos en estos dos casos? Es evidente que, en lo que concierne a la técnica de producción, el interés del capitalista individual coincide, en cierta medida, con el progreso y el desarrollo de la economía capitalista. Es su propia necesidad la que lo impulsa a implementar mejoras técnicas. Pero la posición del trabajador individual es precisamente la opuesta. Cada transformación técnica contradice los intereses del trabajador directamente implicado por ella y empeora su situación inmediata, en la medida en que deprecia la fuerza de trabajo y hace que el trabajo se torne más intenso, más monótono y más atormentador. Si el sindicato puede intervenir en el aspecto técnico de la producción, evidentemente solo puede hacerlo en el último sentido, es decir, en defensa del grupo de trabajadores directamente afectado; solo puede oponerse a las innovaciones. En este caso, pues, no actúa en interés de la clase obrera como un todo y de su emancipación, que coinciden, más bien, con el progreso técnico, esto es, con el interés del capitalista individual, sino que actúa en el sentido contrario, a favor de la reacción. Y, de hecho, encontramos que la pretensión de influir en el aspecto técnico de la producción no se halla en el futuro, donde la busca Konrad Schmidt, sino en el pasado del movimiento sindical. Esta pretensión caracterizó la fase primitiva del *trade unionism*¹³ inglés (hasta 1860), cuando aún se conectaba con las tradiciones gremiales medievales y se inspiraba, de manera característica, en el anticuado principio de “derecho adquirido a un trabajo adecuado”.¹⁴

13 Las *trade unions* son los sindicatos británicos, surgidos a comienzos del siglo XIX y que en 1868 se unificaron en el Trade Unions Congress (TUC).

14 S. y B. Webb, *Teoría y práctica del movimiento obrero británico*, Tomo II, pp. 100 y ss.

Por el contrario, la aspiración de los sindicatos de determinar el volumen de la producción y los precios de las mercancías representa un fenómeno muy reciente. Solo en el último tiempo —y, a su vez, solo en Inglaterra— vemos que aparecen tentativas en esa dirección.¹⁵ Estas aspiraciones, sin embargo, son exactamente equivalentes a las anteriores por su carácter y su tendencia. Pues ¿a qué se reduce necesariamente la participación activa del sindicato en la determinación del volumen y los precios de la producción de mercancías? A la formación de un cártel de trabajadores y empresarios en contra de los consumidores y en contra de los empresarios competidores y, por cierto, mediante el uso de reglas coercitivas que nada tienen que envidiar a las genuinas ligas empresariales. Esto ya no es, en el fondo, una lucha entre capital y trabajo, sino una alianza solidaria de ambos contra la sociedad consumidora. De acuerdo con su valor social, es un emprendimiento reaccionario, que ya por ello no puede ser una etapa de la lucha del proletariado por su emancipación, pues representa justamente lo contrario a una lucha de clases. En cuanto a su valor práctico, es una utopía que nunca podrá extenderse a grandes ramas industriales que producen para el mercado mundial, como se puede apreciar con una pequeña reflexión.

La actividad de los sindicatos se limita, pues, esencialmente a la lucha por los salarios y la reducción de la jornada laboral, es decir, meramente a regular la explotación capitalista según las condiciones del mercado; la influencia sobre el proceso de producción permanece cerrada para ellos, de acuerdo con la naturaleza de las cosas. Aún más, todo el curso del movimiento sindical avanza, inversamente, en la dirección contraria de la que supone Konrad Schmidt: hacia la separación plena del mercado de trabajo respecto de toda relación inmediata con el mercado del resto de las mercancías. Y la prueba más significativa de esto es el hecho de que aun la aspiración para colocar el contrato de trabajo al menos *pasivamente* en relación

15 S. y B. Webb, *Teoría y práctica del movimiento obrero británico*, Tomo II, pp. 115 y ss.

inmediata con la situación general de la producción por medio del sistema de las escalas móviles de salarios ha sido superada por el desarrollo, y que las *trade unions* inglesas se alejan cada vez más de ellas.¹⁶

Y tampoco dentro de los límites concretos de su influencia avanza el movimiento sindical hacia su expansión ilimitada, como lo presupone la teoría de la adaptación del capital. ¡Todo lo contrario! Si se toman en consideración grandes trechos del desarrollo social, es imposible no percibir que, en términos generales, no nos aproximamos a épocas de victorioso despliegue de poder, sino de dificultades crecientes para el movimiento sindical. Si la industria ha alcanzado la cumbre de su desarrollo, y comienza para el capitalismo la “fase de declive” en el mercado mundial, la lucha sindical se torna doblemente difícil: en primer lugar, las coyunturas objetivas del mercado empeoran para la fuerza de trabajo, en la medida en que la demanda crece más lentamente, pero la oferta, con mayor rapidez que ahora; en segundo lugar, a fin de compensar las pérdidas sufridas en el mercado mundial, el capital se arrojará con mayor obstinación que sobre la porción del producto que reciben los trabajadores. ¡Así, la reducción del salario es uno de los medios más importantes para contener la caída de la tasa de beneficio!¹⁷

Inglaterra nos ofrece ya la imagen del comienzo del segundo estadio del movimiento sindical. Este se reduce cada vez más, impulsado por la necesidad, a la mera defensa de lo ya conseguido, e incluso esto resulta cada vez más difícil. El curso general de las cosas que hemos caracterizado es aquello cuya contraparte tiene que ser el auge de la lucha de clases *política* y socialista.

Konrad Schmidt comete el mismo error, que consiste en invertir la perspectiva histórica, con relación a la *reforma social*, de la que espera, que “junto con las coaliciones sindicales de trabajadores, imponga a la clase capitalista las condiciones

16 S. y B. Webb, *Teoría y práctica del movimiento obrero británico*, Tomo II, p. 115. [15] K. Marx, *El capital*. Libro III (*N. de la A.*).

17 Charles Fourier (1772-1837). Socialista utópico francés que propuso una organización cooperativista de la sociedad, cuyo centro serían los falansterios. No era partidario de la abolición de la propiedad privada.

bajo las cuales solo podrá emplear la fuerza de trabajo”. En el sentido de una concepción tal de la reforma social, denomina Bernstein a las leyes fabriles una pieza de “control social” y, en cuanto tales, una pieza de socialismo. También Konrad Schmidt habla de “control social” siempre que se refiere a la protección estatal de los trabajadores, y una vez que ha transformado tan felizmente el Estado en sociedad, añade, ya reconfortado: “es decir, la clase obrera en ascenso”, y, a través de esta operación, las inofensivas medidas de protección del trabajador promulgadas por el Senado alemán se transforman en medidas de transición socialistas promulgadas por el proletariado alemán.

La mistificación es evidente. El Estado actual no es una “sociedad” en consonancia con la “clase obrera en ascenso”, sino el representante de la sociedad *capitalista*, es decir, un Estado de la clase capitalista. Por este motivo, la reforma social operada por él no es una medida de “control social”, esto es, el control de la sociedad libre de trabajadores sobre el propio proceso de trabajo, sino un control de la *organización de clase del capital sobre el proceso de producción del capital*. Es decir, la “reforma social” encuentra sus límites naturales en los intereses del capital. Por cierto, Bernstein y Konrad Schmidt también a este respecto solo ven en el presente “débiles estadios iniciales”, pero esperan en el futuro una reforma social proyectada crecientemente al infinito y favorable para la clase obrera. Cometan aquí el mismo error que cuando suponen una expansión ilimitada del poder del movimiento sindical.

La teoría de la implantación paulatina del socialismo por medio de reformas sociales presupone, como condición, y *aquí reside su centro de gravedad*, un determinado desarrollo objetivo de la *propiedad* y del *Estado* capitalistas. Respecto de lo primero, según Konrad Schmidt, el esquema del desarrollo venidero apunta a “rebajar cada vez más al propietario capitalista a la función de administrador, a través de la limitación de sus derechos”. En vista de la supuesta imposibilidad de expropiar repentinamente y de una sola vez los medios de producción, Konrad Schmidt inventa una teoría de la *expropiación por etapas*. Para ello se construye, como presupuesto, una atomización del

derecho de propiedad en una “superpropiedad” (que atribuye a la “sociedad” y que, según su presuposición, se irá ampliando cada vez más), y un derecho de usufructo (que en manos del capitalista se reduce cada vez más a la mera administración de la propia empresa). Ahora bien, o esta suposición es un inofensivo juego de palabras, con el cual no se pensaba nada importante, con lo cual la teoría de la expropiación paulatina carece de todo fundamento; o es un esquema seriamente pensado del desarrollo jurídico, en cuyo caso es completamente erróneo. La atomización de las diversas competencias que se vinculan con el derecho de propiedad en varios derechos parciales, a la que recurre Konrad Schmidt para sustentar su “expropiación por etapas” del capital, es típica de la economía natural propia de la sociedad feudal en la que se desarrollaba la distribución del producto entre los señores feudales y sus sometidos. La descomposición de la propiedad en distintos derechos parciales era la organización, dada de antemano, de la distribución de la riqueza social. Con la transición a la producción mercantil y la disolución de todos los lazos personales entre los participantes individuales del proceso de producción, se consolidó, inversamente, la relación entre ser humano y cosa, es decir, la propiedad privada. En la medida en que la distribución ya no se realiza a través de relaciones personales sino del *intercambio*, los diversos derechos de participación en la riqueza social ya no se miden dividiendo el derecho de propiedad sobre un objeto común, sino a través del *valor* que cada cual lleva al mercado. El primer cambio en las relaciones jurídicas que acompañó el surgimiento de la producción mercantil en las comunas urbanas del medioevo fue la formación de una propiedad privada cerrada y absoluta en el seno de las circunstancias jurídicas feudales basadas en la propiedad dividida. Tal desarrollo sigue avanzando en la producción capitalista. Cuanto más se socializa el proceso de producción, tanto más se basa el proceso de distribución en el puro intercambio; y cuanto más intangible y cerrada se hace la propiedad privada capitalista, tanto más deja de ser la propiedad del capital un derecho al producto del propio trabajo para convertirse en un puro derecho de apropiación del

trabajo ajeno. Mientras sea el propio capitalista quien dirija la fábrica, la distribución estará ligada, hasta cierto punto, a su participación personal en el proceso de producción. En la medida en que la dirección personal del fabricante se hace superflua, sobre todo en el caso de las sociedades por acciones, la propiedad del capital, como título de derechos en la distribución, se separa por completo de las relaciones personales con la producción y aparece así en su forma más pura y cerrada. El derecho de propiedad capitalista alcanza su forma plena en el capital accionario y en el capital crediticio industrial.

El esquema histórico de la evolución del capitalista tal como lo expone Konrad Schmidt, “de propietario a mero administrador”, aparece pues como la inversión del desarrollo efectivo, que, a la inversa, va del propietario y administrador al mero propietario. A Konrad Schmidt le sucede lo que a Goethe: “Lo que posee, lo ve como a la distancia, y lo que desapareció, se le torna realidades”.

Y así como, en lo económico, el esquema histórico de Schmidt retrocede de la sociedad moderna a la manufactura, o incluso al taller artesanal, también en lo jurídico pretende hacer volver el mundo capitalista al cascarón de la economía natural feudal.

También desde este punto de vista, el “control social” presenta un aspecto distinto del que percibe Konrad Schmidt. Lo que hoy funciona como “control social” —la legislación laboral, la supervisión de las sociedades por acciones, etc.— no tiene absolutamente nada que ver con ninguna participación en el derecho de propiedad, con la “superpropiedad”. No limita la propiedad capitalista, sino que la protege. O, dicho en términos económicos, no es una amenaza a la explotación capitalista, sino simplemente una regulación, un ordenamiento de esta explotación. Y cuando Bernstein pregunta cuánto hay de socialismo en una ley laboral, podemos asegurarle que en la mejor ley laboral hay tanto de socialismo como en las ordenanzas municipales acerca de la limpieza de las calles o el encendido de los faroles de gas, que indudablemente también son “control social”.

IV. Política aduanera y militarismo

El segundo presupuesto de la implantación paulatina del socialismo, según Eduard Bernstein, es la transformación del Estado en sociedad. Hoy es ya un lugar común que el Estado actual es un Estado de clase. En nuestra opinión, a esta proposición, como a todo lo relativo a la sociedad capitalista, no debe atribuírsele una validez rígida, absoluta, sino que debe ser entendida dentro de un desarrollo dinámico, dialéctico.

El triunfo político de la burguesía convirtió el Estado en un Estado capitalista. Por cierto que el propio desarrollo del capitalismo modifica esencialmente el carácter del Estado, al ampliar cada vez más su esfera de acción y atribuirle nuevas funciones; especialmente, en relación con la vida económica, hace cada vez más necesaria la intervención y el control estatal. En este sentido, el desarrollo del capitalismo va preparando poco a poco la futura fusión del Estado y la sociedad; por así decirlo, la devolución de las funciones del Estado a la sociedad. En esta dirección cabe hablar de una transformación del Estado capitalista en sociedad, y sin duda, en este sentido, dice Marx que la legislación laboral es la primera intervención consciente de la “sociedad” en su propio proceso de vida social, una frase que invoca Bernstein.

Pero, por otro lado, el mismo desarrollo capitalista consume otro cambio en la esencia del Estado. El Estado actual es, ante todo, una organización de la clase capitalista dominante. Si asume diversas funciones de interés universal en beneficio del desarrollo social es únicamente en la medida en que dicho desarrollo coincide en general con los intereses de la clase dominante. La legislación laboral, por ejemplo, se promulga tanto en beneficio inmediato de los capitalistas en cuanto clase, como de la sociedad como un todo. Pero esta armonía solamente dura hasta un cierto momento del desarrollo capitalista. Una vez que este alcanza cierto punto, los intereses de la burguesía como clase y los del progreso económico comienzan a separarse, incluso en sentido capitalista. Creemos que hemos entrado ya en esta fase, y esto se expresa en los dos fenómenos más impor-

tantes de la vida social contemporánea: *la política aduanera y el militarismo*. Ambos fenómenos han cumplido una función imprescindible y, en esa medida, progresista, revolucionaria, en la historia del capitalismo. Sin la protección aduanera, difícilmente habría sido posible el avance de la gran industria en los diferentes países. Pero ahora las cosas son diferentes. [En los países más poderosos, y especialmente en aquellos que aplican más claramente una política aduanera, la producción capitalista parece haberse igualado.]¹⁸

Desde el punto de vista del *desarrollo* capitalista, es decir, desde el punto de vista de la economía mundial, resulta completamente indiferente si Alemania exporta más mercancías a Inglaterra que Inglaterra a Alemania. Desde el punto de vista de ese desarrollo, el criado ha cumplido su tarea y puede marcharse;¹⁹ es más, *debería* marcharse. Dada la actual interdependencia de las distintas ramas de la industria, los aranceles proteccionistas de cualquier mercancía encarecerán la producción de otras mercancías dentro del país, es decir, obstaculizarán a la industria. Pero esto no es así desde el punto de vista de los intereses de la *clase capitalista*. Aunque la industria no precisa de aranceles proteccionistas para su *desarrollo*, los empresarios sí los necesitan para proteger sus *mercados*. Esto significa que los aranceles ya no sirven como medio de protección de una producción capitalista en ascenso frente a otra más madura, sino como medio de lucha de un grupo capitalista nacional contra otro. Además, los aranceles ya no son necesarios como protección de la industria a fin de crear y conquistar un mercado interior, sino como medio imprescindible para la “cartelización” de la industria, es decir, para la lucha de los productores capitalistas contra la sociedad consumidora. Finalmente, lo que marca del modo más evidente el carácter específico de la política aduanera actual es el hecho de que, en todas partes, el papel decisivo lo tiene la agricultura, no la industria; o sea, la política aduanera se ha convertido

18 En la segunda edición, este pasaje reza: “Hoy en día, las tarifas arancelarias ya no sirven para fomentar industrias jóvenes, sino para conservar artificialmente formas anticuadas de producción”.

19 Cita de la tragedia de Schiller, *Fiesco* (acto III, escena 4) (*N. del R.*).

realmente en un medio para *fundir intereses feudales en un molde capitalista*.

El militarismo ha sufrido un cambio similar. Si consideramos la historia tal como fue, no como podría o debería haber sido, tenemos que constatar que la guerra constituyó el factor indispensable del desarrollo capitalista. Los Estados Unidos de Norteamérica y Alemania, Italia y los países balcánicos, Rusia y Polonia, todos les deben las condiciones o el impulso para el desarrollo capitalista a las guerras, no importa si a la victoria o a la derrota. Mientras existieron países cuya división interna o aislamiento económico debía ser suprimido, el militarismo cumplió también un papel revolucionario desde un punto de vista capitalista. Hoy también aquí las cosas son diferentes. [El militarismo ya no puede incorporar ningún nuevo país al capitalismo.]²⁰ Si la política mundial se ha convertido en teatro de conflictos amenazadores, ya no se trata tanto de la apertura de nuevos países para el capitalismo, como de la existencia de contradicciones *européas* ya maduras que se han trasladado a las otras partes del mundo, donde se abren camino. Los combatientes que hoy se enfrentan, con las armas en la mano, tanto en Europa como en otras partes del mundo, ya no son, por un lado, países capitalistas y, por otro, países con economía natural, sino Estados que se ven empujados al conflicto precisamente por la analogía de su elevado desarrollo capitalista. En estas circunstancias, el estallido de un conflicto solo puede tener un resultado fatal para el desarrollo mismo, dado que provocará la conmoción y transformación más profundas de la vida económica en todos los países capitalistas. Pero desde la perspectiva de la *clase capitalista*, las cosas se ven de otro modo. Para ella, el militarismo se ha hecho hoy imprescindible, en tres sentidos: en cuanto medio de lucha para defender intereses “nacionales” frente a la competencia de otros grupos nacionales; en cuanto campo de inversión central tanto para el capital financiero como para el industrial; y como instrumento de dominación de clase en el interior del país *sobre* el pueblo trabajador. En sí mismos, todos estos intereses no tienen nada

20 El texto se refiere a China. Omitido en la segunda edición.

que ver con el progreso del modo de producción capitalista. Y lo que mejor demuestra, a su vez, el carácter específico del militarismo actual es, en primer lugar, su crecimiento en todos los países a consecuencia, por así decirlo, de impulsos propios, internos, mecánicos —un fenómeno que hace un par de décadas era completamente desconocido—; y, en segundo lugar, el carácter inevitable, fatal, de la inminente explosión, a pesar de la imposibilidad de determinar los motivos que conducirán a ella, los Estados implicados en un comienzo, el objeto de la disputa y todos los demás detalles. El militarismo ha dejado de ser motor del desarrollo capitalista para transformarse en enfermedad capitalista.

Ante la expuesta dualidad entre el desarrollo social y los intereses de la clase dominante, el Estado toma partido por estos últimos. Al igual que la burguesía, el Estado actúa, en su política, *en contra* del desarrollo social, y con ello *pierde* cada vez más su carácter de representante de toda la sociedad y se va convirtiendo progresivamente en un puro *Estado de clase*. O, dicho más correctamente, estas dos características se bifurcan hasta llegar a ser una contradicción *dentro* de la esencia del Estado. Y, por cierto, la contradicción descrita se hace cada día más aguda. Pues, por un lado, crecen las funciones de carácter general del Estado, su injerencia en la vida social, su “control” sobre esta. Pero, por otro lado, su carácter de clase lo obliga a concentrar cada vez más su actividad y sus medios de poder en ámbitos que solo son de utilidad para la burguesía —como el militarismo y las políticas aduanera y colonial—, pero que son de importancia negativa para la sociedad. En segunda instancia, también su “control social” va siendo impregnado y dominado cada vez más por su carácter de clase (piénsese en cómo se aplica la legislación laboral en todos los países).

El cambio descrito en la esencia del Estado no contradice la formación de la democracia, en que Bernstein ve también el medio para la implantación gradual del socialismo, sino que concuerda perfectamente con él.

Según Konrad Schmidt, la obtención de una mayoría socialdemócrata en el Parlamento es el camino directo hacia esta

socialización gradual de la sociedad. No hay duda de que las formas democráticas de la vida política son un fenómeno que expresa del modo más claro el proceso de conversión del Estado en sociedad y, en esta medida, constituye una etapa hacia la transformación socialista. Pero, precisamente, la escisión que hemos descrito en la esencia del Estado capitalista se manifiesta del modo más crudo en el parlamentarismo moderno. Es cierto que, formalmente, el parlamentarismo sirve para expresar los intereses de toda la sociedad dentro de la organización del Estado. Sin embargo, por otra parte, solo expresa a la sociedad capitalista, es decir, una sociedad en la que son rectores los intereses capitalistas. Las instituciones, aunque democráticas en su forma, son en su contenido instrumentos de los intereses de la clase dominante. Esto se demuestra del modo más palpable en el hecho de que, en cuanto la democracia muestra una tendencia a negar su carácter de clase y a convertirse en un instrumento de los intereses concretos del pueblo, la burguesía y sus representantes en el Estado sacrifican las formas democráticas. A la vista de ello, la idea de una mayoría parlamentaria socialdemócrata aparece como un cálculo que, enteramente de acuerdo con el espíritu del liberalismo burgués, solo toma en consideración un aspecto de la democracia —el formal— y desdeña por completo el otro, su contenido real. Y el parlamentarismo, como un todo, no aparece como un elemento inmediatamente socialista que va impregnando poco a poco la sociedad capitalista, como supone Bernstein, sino, a la inversa, como un medio específico del Estado de clase burgués que hace madurar y agudiza las contradicciones del capitalismo.

En vista de este desarrollo objetivo del Estado, la tesis de Bernstein y Konrad Schmidt acerca del creciente “control social” que ha de implantar directamente el socialismo se transforma en un palabrerío que se contradice cada día más con la realidad.

La teoría de la implantación gradual del socialismo desemboca en una reforma paulatina de la propiedad y del Estado capitalistas en un sentido socialista. Sin embargo, debido a los procesos objetivos de la sociedad contemporánea, ambos se desarrollan precisamente en la dirección opuesta. El proceso de producción se socializa cada vez más, y la injerencia, el control

del Estado sobre dicho proceso de producción, se amplía de manera creciente. Pero, al mismo tiempo, la propiedad privada va adquiriendo cada vez más la forma de la crasa explotación capitalista del trabajo ajeno, y el control estatal se encuentra permeado cada vez más exclusivamente por intereses de clase. Así pues, el Estado, es decir, la organización *política*, y las relaciones de propiedad, la organización *jurídica* del capitalismo se convierten, a medida que el capitalismo se desarrolla, cada vez más *capitalistas*, y no cada vez más socialistas, con lo que crean dos obstáculos insalvables para la teoría de la implantación gradual del socialismo.

La idea de Fourier²¹ de convertir súbitamente en limonada toda el agua de los mares por medio del sistema de falansterios era muy fantasiosa. La idea de Bernstein de vaciar botellas de limonada socialreformista en el mar de amarguras capitalistas, para así convertirlo en un mar de dulzuras socialistas, es más insípida que la anterior, pero no menos fantasiosa.

Las relaciones de producción capitalistas se aproximan cada vez más a las socialistas; sus relaciones políticas y jurídicas, en cambio, levantan un muro cada vez más alto entre la sociedad capitalista y la socialista. Por medio del desarrollo de la reforma social y de la democracia, dicho muro no es horadado, sino que, a la inversa, se hace más firme y más alto. Solo puede ser derribado a través del martillazo de la revolución, es decir, mediante *la conquista del poder político por parte del proletariado*.

21 En el año 1872, los profesores Wagner, Schmoller, Brentano y otros celebraron en Eisenach un congreso en el que proclamaron, entre grandes alharacas, que su meta era la implantación de las reformas sociales para la protección de la clase obrera. Estos mismos caballeros, a los que el liberal Oppenheimer calificó irónicamente de “socialistas de cátedra”, se apresuraron a fundar la Sociedad para la Reforma Social. Algunos años más tarde, al agravarse la lucha contra la socialdemocracia, votaron en el Parlamento a favor de la prórroga de la Ley Antisocialista. Por lo demás, toda la actividad de la Sociedad consiste en asambleas generales anuales en las que se presentan ponencias profesoriales; además, ha publicado cien voluminosos tomos sobre cuestiones económicas. Estos profesores, que también son partidarios de las tarifas arancelarias, el militarismo, etc., no han hecho nada por la reforma social. Últimamente, la Sociedad ha abandonado el tema de las reformas sociales y se ocupa de las crisis, los cárteles, etcétera (*N. de la A.*).

V. Consecuencias prácticas y carácter general del revisionismo

En el primer capítulo hemos intentado demostrar que la teoría bernsteiniana arranca el programa socialista de su suelo material y lo traspone sobre una base idealista. Pero ¿qué aspecto presenta la teoría si se la traslada a la práctica? A primera vista, y formalmente, su práctica no se distingue en absoluto de la que fue hasta ahora usual en la lucha de la socialdemocracia. Los sindicatos, la lucha por la reforma social y por la democratización de las instituciones políticas es de ordinario el contenido formal de la actividad partidaria socialdemócrata. Pero la diferencia no estriba en el *qué*, sino en el *cómo*.

En la situación actual, la lucha sindical y la práctica parlamentaria son concebidas como medios para conducir y educar paulatinamente al proletariado hacia la toma del poder político. Sin embargo, de acuerdo con la concepción revisionista, en vista de la imposibilidad y de la inutilidad de esa toma del poder, esos medios deben ser conducidos en dirección a resultados inmediatos, es decir, a la mejora de la situación material de los trabajadores, a la reducción gradual de la explotación capitalista y a la ampliación del control social. Si se prescinde del objetivo de la mejora inmediata de la situación de los trabajadores —puesto que es común a ambas concepciones: la habitual hasta ahora en el partido y la revisionista—, la diferencia entre ellas, en pocas palabras, es que, para la primera, la lucha sindical y política es importante porque prepara al proletariado, es decir, el factor *subjetivo* de la transformación socialista, para la realización de esta. En cambio, para Bernstein es importante porque la lucha sindical y política reduce gradualmente la explotación capitalista, despoja progresivamente a la sociedad capitalista de su carácter capitalista y le impregna un carácter socialista; en una palabra, debe llevar adelante en el sentido objetivo la transformación socialista.

Si se mira la cuestión con más detalle, puede verse que las dos concepciones son diametralmente opuestas. En la concepción habitual del partido, mediante la lucha sindical y política, el proletariado alcanza la convicción de que es imposible trans-

formar de base su propia situación a través de esa lucha, y de que en forma inevitable debe conquistar definitivamente el poder político. La concepción de Bernstein, en cambio, parte del supuesto de que es imposible conquistar el poder político, por lo que la implantación del socialismo solo puede derivarse de la actividad sindical y política.

Según la concepción bernsteiniana, el carácter socialista de la lucha sindical y parlamentaria reside en la creencia de que su influencia socializa gradualmente la economía capitalista. Pero, como hemos tratado de demostrar, esta influencia es mera fantasía. El Estado y la propiedad capitalistas se desarrollan en la dirección contraria. Por tanto, la lucha práctica cotidiana de la socialdemocracia pierde, en primera línea, toda relación con el socialismo. La gran importancia socialista de la lucha sindical y política consiste en que socializa el *conocimiento*, la conciencia del proletariado, en que lo organiza como clase. Pero si es considerada como un medio para la socialización inmediata de la economía capitalista, no solo dilapida su presunta influencia, sino que también pierde su otra importancia: deja de ser un medio educativo con vistas a preparar a la clase obrera para la toma proletaria del poder.

Se basa, pues, en un completo equívoco el hecho de que Eduard Bernstein y Konrad Schmidt se consuelen pensando que el movimiento obrero no echa a perder el fin último al reducir toda su lucha a la reforma social y a los sindicatos, ya que cada paso por estos carriles va más allá de la posición actual, y la meta socialista reside en el propio movimiento en cuanto tendencia.

Este es plenamente el caso en la táctica actual de la socialdemocracia alemana, donde la aspiración consciente y firme de la conquista del poder político *precede*, como estrella orientadora, las luchas sindicales y por reformas sociales. Si se separa del movimiento esta aspiración previa y se considera a las reformas sociales como un fin en sí mismo, dicha aspiración no solo no conduce a la realización del fin último del socialismo, sino que nos aleja de él.

Konrad Schmidt confía simplemente en el movimiento, por así decirlo, mecánico, que, una vez puesto en marcha, ya no

puede detenerse por sí solo, por la simple razón de que comiendo se abre el apetito, y de que la clase obrera no se dará por satisfecha con reformas mientras no esté consumada la transformación socialista. Este último supuesto es evidentemente correcto, como nos lo garantiza la insuficiencia de la propia reforma social capitalista. Pero la conclusión que de él se extrae solo podría ser cierta si en verdad se pudiera construir una cadena ininterrumpida de reformas sociales constantes y siempre crecientes que condujeran inmediatamente desde el orden social actual al socialista. Esto, por supuesto, es una ilusión; la cadena, antes bien, se rompe muy pronto, de acuerdo con la naturaleza de las cosas, y los caminos que puede tomar el movimiento a partir de ese punto son diversos.

Lo más factible y verosímil es un cambio de táctica, a fin de conseguir, por todos los medios, que se realicen los resultados prácticos de la lucha, las reformas sociales. Y tan pronto como el objetivo principal sean los resultados prácticos inmediatos, el irreconciliable y áspero punto de vista de clase, que solo tiene sentido con vistas a la anhelada conquista del poder, se convierte cada vez más en un obstáculo.

El siguiente paso es, pues, una “política de compensaciones” —dicho llanamente, una política de toma y daca— y una actitud conciliadora, astuta, propia de estadistas. Pero el movimiento no puede estancarse durante mucho tiempo. Puesto que en el mundo capitalista las reformas sociales son y seguirán siendo infructuosas, al margen de la táctica que se aplique, el paso lógico siguiente es la desilusión también en la reforma social, es decir, el tranquilo puerto en el que echaron anclas los profesores Schmoller y compañía, estudiando soluciones a gusto de las dos partes, quienes, a través de las aguas de las reformas sociales, estudiaron el gran mundo y el pequeño, para terminar dejándolo todo en manos de Dios.²²

22 *¡Nota bene!* En la gran extensión de las acciones pequeñas, Bernstein ve, evidentemente, la prueba de que la riqueza social comienza a derramar bendiciones por acciones sobre la gente común. En efecto, ¿qué pequeño burgués o, incluso, qué trabajador renunciará a comprar acciones por la módica suma de 20 marcos? Desdichadamente, este supuesto descansa sobre un sencillo error de cálculo: operar con el valor nominal

El socialismo no surge espontáneamente y en todas las circunstancias a partir de la lucha cotidiana de la clase obrera. *Solo puede ser consecuencia de las contradicciones cada vez más agudas de la economía capitalista y a partir del conocimiento, por parte de la clase obrera, de que es preciso superar tales contradicciones a través de una revolución social.* Si se niega lo primero y se rechaza lo segundo, como hace el revisionismo, el movimiento obrero se reduce a mero sindicalismo y reformismo social, y se lo conduce, a través de la propia fuerza de gravedad, en última instancia, a abandonar el punto de vista de clase.

Estas conclusiones se tornan también evidentes si se estudia la teoría revisionista desde otra perspectiva y se pregunta: ¿cuál es el carácter general de esta concepción? Es obvio que el revisionismo no descansa sobre la base de las relaciones capitalistas y no niega sus contradicciones, como lo hacen los economistas burgueses. Al contrario, en su teoría, como la concepción de Marx, parte, como condición, de la existencia de esas contradicciones. Pero, por otro lado —y este es tanto el núcleo de su concepción como su diferencia fundamental respecto de la concepción socialdemócrata usual hasta el momento—, en su teoría, no se basa en la *superación* de esas contradicciones a través del propio desarrollo consecuente de estas.

La teoría revisionista está en medio de dos extremos: no quiere llevar las contradicciones del capitalismo a su plena madurez, y llevarlas a su culminación a través de un salto revolucionario, sino que quiere atemperarlas, *atenuarlas*. Así, la eliminación de las crisis y la organización de los empresarios atenuarán la contradicción entre producción e intercambio; la mejora de

de las acciones, en vez de con su valor efectivo, que son dos cosas bien distintas. Un ejemplo: en el mercado minero se cotizan, entre otras, las acciones de las minas sudafricanas del Rand. Su valor nominal, como el de la mayoría de los valores mineros, es de 1 libra, es decir, 20 marcos. Pero ya en 1899 su precio era de 43 libras (ver la cotización de finales de marzo), o sea, ¡860 marcos! Y esto suele ser lo habitual. Aunque las acciones “pequeñas” parezcan muy democráticas, en realidad solo están al alcance de la gran burguesía, no de la pequeña burguesía ni mucho menos del proletariado, puesto que solamente una ínfima parte de los accionistas consiguen adquirir esos “bonos de participación en la riqueza social” a su valor nominal (*N. de la A.*).

la situación del proletariado y la supervivencia de las clases medias atenuará la contradicción entre capital y trabajo, y el control y la democracia crecientes atenuarán la contradicción entre el Estado de clase y la sociedad.

Por cierto que la táctica habitual de la socialdemocracia no consiste en esperar que la evolución de las contradicciones capitalistas alcance su culminación y recién entonces se produzca un cambio. A la inversa, nos apoyamos meramente en la *dirección* del desarrollo una vez que esta ha sido conocida, y entonces llevamos sus consecuencias hasta el final en la lucha política, ya que en esto consiste la esencia de toda táctica revolucionaria. Así, la socialdemocracia combate el proteccionismo y el militarismo en todo momento, no a partir del instante en que se ha hecho plenamente evidente su carácter reaccionario. Bernstein, en cambio, no basa su táctica en la continuación y agudización de las contradicciones, sino en la atenuación de las contradicciones capitalistas. Él mismo ha expresado esto del modo más pregnante al hablar de una “adaptación” de la economía capitalista. Ahora bien, ¿cuándo sería correcta esta concepción? Todas las contradicciones de la sociedad actual son resultados del modo de producción capitalista. Si presuponemos que este modo de producción seguirá desarrollándose en la dirección en que lo ha hecho hasta ahora, todas las consecuencias, indisolublemente ligadas a él, deberán seguir desarrollándose, y las contradicciones han de intensificarse y agudizarse, en lugar de atenuarse. Esto último presupone, pues, a la inversa, que el propio modo de producción capitalista ve frenado su desarrollo. En una palabra, la premisa más universal de la teoría de Bernstein es una *detención del desarrollo capitalista*.

Con ello, sin embargo, su teoría se condena a sí misma de manera espontánea, y por partida doble. Pues, en primer lugar, pone al descubierto su carácter *utópico* en relación con el fin último socialista; es evidente desde el vamos que un estancamiento del desarrollo capitalista no puede conducir a una transformación socialista, y así se confirma nuestra exposición sobre las consecuencias prácticas de dicha teoría. En segundo lugar, la teoría de Bernstein revela su carácter *reaccionario* en relación con el rápido desarrollo del capitalismo que está

de hecho consumándose. Se impone aquí la pregunta: a la vista de este desarrollo capitalista efectivo, ¿cómo puede ser explicada o, antes bien, caracterizada la posición de Bernstein?

En el primer acápite creemos haber demostrado la carencia de sustento de las premisas económicas de las que parte Bernstein en su análisis de las relaciones económicas actuales, esto es, su teoría de la “adaptación” capitalista. Hemos visto que el crédito y los cárteles no podían ser considerados “medios de adaptación” de la economía capitalista; y que la desaparición temporaria de las crisis o la subsistencia de las clases medias tampoco podían ser consideradas síntomas de la adaptación capitalista. Además de su carácter directamente erróneo, todos los detalles mencionados de la teoría de la adaptación comparten un rasgo característico. Dicha teoría no considera todos los fenómenos tratados de la vida económica en su pertenencia orgánica al desarrollo capitalista en su conjunto y en su conexión con todo el mecanismo económico, sino que los ve separados de esta conexión, los ve en su existencia autónoma, como *disjecta membra* (miembros disociados) de una máquina sin vida. Así, por ejemplo, su concepción de la influencia adaptadora del crédito. Si se considera el crédito como una fase natural superior del intercambio y en relación con todas las contradicciones inherentes al intercambio capitalista, es imposible verlo como un “medio de adaptación” mecánico y externo, por así decirlo, al proceso de intercambio; así como el dinero, la mercancía, el capital no pueden ser considerados “medios de adaptación” del capitalismo. Sin embargo, el crédito es un eslabón orgánico de la economía capitalista en una etapa determinada de su desarrollo, exactamente igual que el dinero, la mercancía y el capital; y como ellos, es también un eslabón imprescindible de su mecanismo y un instrumento de destrucción, dado que agudiza sus contradicciones internas. Lo mismo puede decirse de los cárteles y de los medios de transporte perfeccionados.

La misma concepción mecánica y no dialéctica está en la base del modo en que Bernstein interpreta la desaparición de las crisis como un síntoma de la “adaptación” de la economía capitalista. Para él, las crisis son simples perturbaciones del mecanismo económico, que funcionaría bien si aquellas no se

produjeran. Sin embargo, las crisis no son “perturbaciones” en sentido estricto, puesto que sin ellas la economía capitalista no se podría desarrollar. Si se da el caso de que las crisis son el único método posible —y, por tanto, el normal— que tiene el capitalismo para resolver periódicamente la escisión entre la ilimitada capacidad de expansión de la producción y los estrechos límites del mercado, entonces las crisis resultan ser fenómenos orgánicos indisociables de la economía capitalista.

Un progreso “sin perturbaciones” de la producción capitalista encierra para esta peligros mayores que las propias crisis. Se trata de la caída continua de la tasa de beneficio, que no se deriva de la contradicción entre producción e intercambio, sino del desarrollo de la productividad del trabajo. Esta caída muestra la tendencia sumamente peligrosa a impedirles la producción a todos los capitales pequeños y medianos, limitando así la formación de nuevos capitales a fin de contrarrestar el progreso de las inversiones de capital. Y precisamente las crisis, la otra consecuencia del mismo proceso, ocasionan —mediante la *depreciación* periódica del capital, el abaratamiento de los medios de producción y la paralización de una parte del capital activo— el aumento de la tasa de beneficio, y crean así nuevas posibilidades de inversión y, con ello, nuevos progresos en la producción. Las crisis, pues, aparecen como medio para encender y avivar una y otra vez el fuego del desarrollo capitalista, de forma que su desaparición, no solamente en determinados momentos en la formación del mercado mundial, como suponemos absoluta, no contribuiría a que pronto la economía capitalista florezca, como cree Bernstein, sino a que se hunda directamente en el pantano. En vista de la visión mecanicista que caracteriza a toda la teoría de la adaptación, Bernstein olvida tanto el carácter imprescindible de las crisis como el de nuevas inversiones, periódicas y crecientes, de pequeños y medianos capitales; razón por la cual, entre otras cosas, interpreta el continuo renacimiento del pequeño capital como un signo del estancamiento capitalista, y no como lo que es: una manifestación del desarrollo capitalista normal.

Existe, sin embargo, un punto de vista desde el cual todos los fenómenos tratados se representan realmente como los sintetiza

la “teoría de la adaptación”: el punto de vista del capitalista *individual*, tal como se le presentan en la conciencia los hechos de la vida económica, distorsionados por las leyes de la competencia. El capitalista individual ve, efectivamente, cada miembro orgánico del todo económico como una totalidad, como algo independiente; también ve tales miembros solamente desde la perspectiva en que influyen sobre él, el capitalista individual, y por tanto los considera como meras “perturbaciones” o meros “medios de adaptación”. Para el capitalista individual, las crisis son de hecho meras perturbaciones, cuya desaparición le otorga un plazo de vida más largo; asimismo, el crédito es un medio para “adaptar” sus fuerzas productivas insuficientes a las exigencias del mercado; para él, el cártel al que ingresa también elimina realmente la anarquía de la producción.

En una palabra, la teoría de Bernstein de la adaptación del capitalismo no es más que una generalización teórica de las concepciones del capitalista individual. ¿Y qué otra cosa son estas concepciones, en su expresión teórica, sino lo esencial y característico de la economía vulgar burguesa? Todos los errores económicos de esta escuela descansan precisamente en el equívoco consistente en considerar que los fenómenos de la competencia, vistos a través de los ojos del capitalista individual, son fenómenos propios de la economía capitalista en su conjunto. Tal como lo hace Bernstein con el crédito, la economía vulgar entiende el *dinero* como un ingenioso “medio de adaptación” a las necesidades del intercambio; busca *en* los fenómenos del propio capitalismo los antídotos contra los males capitalistas. La economía vulgar cree, en consonancia con Bernstein, en la *posibilidad* de regular la economía capitalista y, como la teoría bernsteiniana, apunta en última instancia a *atenuar* las contradicciones del capitalismo y restañar sus heridas. En otras palabras, se orienta hacia un proceder reaccionario, en lugar de revolucionario y, por ende, hacia una utopía.

La teoría revisionista puede ser caracterizada globalmente del siguiente modo: *una teoría del estancamiento socialista basada, al modo de la economía vulgar, en una teoría del estancamiento capitalista.*

Segunda parte

I. El desarrollo económico y el socialismo

La mayor conquista de la lucha de clases del proletariado ha sido el descubrimiento de que los cimientos para la realización del socialismo se encuentran en las *relaciones económicas* de la sociedad capitalista. De este modo, el socialismo ha dejado de ser un “ideal” anhelado por la humanidad durante milenios para convertirse en una *necesidad histórica*.

Bernstein cuestiona la existencia de estos presupuestos económicos del socialismo en la sociedad contemporánea. Con todo, en su demostración, él mismo recorre un desarrollo interesante. Al comienzo, en *Die Neue Zeit*, se limitaba a negar la rapidez de la concentración de la industria, y sustentaba esto en una comparación de las estadísticas industriales en Alemania entre 1882 y 1895. Con el propósito de utilizar estos resultados para sus fines, tuvo que recurrir a un procedimiento muy sumario y mecánico. Pero ni en el caso más favorable pudo Bernstein, con su alusión a la persistencia de las medianas empresas, afectar en lo más mínimo el análisis marxiano. Pues este no presupone ni un *ritmo* determinado de concentración de la industria, es decir, un *plazo* determinado para la realización del socialismo, ni, como ya hemos mostrado, una *desaparición absoluta* de los pequeños capitales, es decir, de la pequeña burguesía, como condición para la realización del socialismo.

Continuando con la exposición de sus puntos de vista, Bernstein proporciona, en su libro, nuevo material probatorio,

como la *estadística de las sociedades por acciones*; un material cuyo fin es demostrar que el número de accionistas aumenta constantemente, por lo cual la clase capitalista no se reduce, sino que aumenta. ¡Es asombroso cuán poco conoce Bernstein el material disponible, y cuán poco sabe aprovecharlo a su favor!

Si, a través de las sociedades por acciones, Bernstein se proponía demostrar algo contra la ley marxiana del desarrollo industrial, debería haber recurrido a cifras totalmente distintas. Cualquiera que conozca la historia de la fundación de sociedades por acciones en Alemania sabe que el capital inicial promedio vinculado con un emprendimiento se halla en *disminución* casi regular. Así, antes de 1871 este capital ascendía a unos 10,8 millones de marcos; en 1871, solo a 4,01 millones; en 1873, a 3,8 millones; de 1883 a 1887, a menos de 1 millón; en 1891, ya a solo 0,56 millones; y en 1892, a 0,62 millones de marcos. Desde entonces, las cantidades oscilaron en torno al millón de marcos; y, por cierto, los 1,78 millones de 1895 cayeron a 1,19 en el primer semestre de 1897.

¡Cifras asombrosas! Con ellas podría construir Bernstein, seguramente, toda una teoría antimarxiana del retroceso de las grandes a las pequeñas empresas. Solo que, en este caso, cualquiera podría objetarle: si quiere usted demostrar algo con esa estadística, primero tiene que probar que ella se refiere a las *mismas* ramas de la industria, y que las pequeñas empresas *sustituyen* a las grandes, y no que aparecen donde hasta ahora se encontraba el capital individual, o incluso la manufactura o la empresa minúscula. Pero probar esto es imposible, pues la transición de las sociedades por acciones gigantescas a las medianas y pequeñas solamente puede explicarse por el hecho de que el capital accionario continúa penetrando en *nuevas* ramas de la producción y porque, si bien al principio únicamente era adecuada para un pequeño número de empresas enormes, se adaptó cada vez más a las empresas medianas, y en algún que otro caso incluso a la pequeña empresa. (¡Existen incluso sociedades por acciones con un capital de menos de mil marcos!)

¿Qué significa, desde el punto de vista de la economía política, la mayor expansión de las sociedades por acciones? La *progresiva socialización de la producción* bajo la forma capitalista.

Y no solo de la gran producción, también de la mediana y la pequeña; es decir, algo que no contradice la teoría marxiana, sino que la confirma de la manera más esplendorosa posible.

¡En efecto! ¿En qué consiste el fenómeno económico de la sociedad por acciones? Por un lado, en la unificación de muchas pequeñas fortunas financieras en un gran capital de producción; por otro lado, en la separación entre la producción y la propiedad del capital, es decir, en una doble superación del modo de producción capitalista, aunque siempre sobre una base capitalista.

En vista de ello, ¿qué significa la estadística que Bernstein aduce acerca del gran número de accionistas partícipes de una misma empresa? Significa que, en nuestros días, una empresa capitalista ya no pertenece a un capitalista individual, como antes, sino a un número creciente de capitalistas; que, por lo tanto, el concepto económico de “capitalista” ya no coincide con el individuo aislado; que el actual capitalista industrial es una persona colectiva compuesta de cientos y hasta miles de personas; que la propia categoría de “capitalista”, incluso en el marco de la economía capitalista, se ha convertido en una categoría social, que se ha *socializado*.

¿Cómo es posible que, a la vista de esto, Bernstein entienda el fenómeno de las sociedades por acciones exactamente al revés: como un fraccionamiento, y no como una concentración del capital; y que vea una expansión de la propiedad capitalista allí donde Marx ve la “superación de la propiedad del capital”? Por un error muy simple, propio de la economía vulgar: Bernstein no entiende por *capitalista* una categoría de la producción, sino del derecho de propiedad; no entiende una unidad económica, sino una unidad propia de la política fiscal; y no entiende por *capital* una totalidad de producción, sino únicamente el patrimonio financiero. Por eso, en su ejemplo del trust inglés del hilo de coser no ve la fusión de 12.300 personas en *una*, sino a 12.300 capitalistas diferentes; por ello, el ingeniero Schulze, que como dote para su mujer recibió del rentista Müller “una gran cantidad de acciones” (p. 54), es para él un capitalista; por eso, para Bernstein, los *capitalistas* pululan por *todo el mundo*.²³

Aquí también la ignorancia propia de la economía es para Bernstein tan solo la base teórica para la vulgarización del socialismo. Al trasladar el concepto de “capitalista” del ámbito de las relaciones de producción al de las relaciones de propiedad, y al hablar de “seres humanos, en lugar de empresarios” (p. 53), Bernstein traslada la cuestión del socialismo del ámbito de la producción al de las relaciones patrimoniales, es decir, de las relaciones entre *capital y trabajo* a las relaciones entre *rico y pobre*.

De este modo, pasamos felizmente de Marx y Engels al autor de *El Evangelio del pobre pecador*, con la sola diferencia de que Weitling,²⁴ provisto de un fino instinto proletario, *reconocía* en esa oposición entre rico y pobre, en forma primitiva, los antagonismos de clase, y quería hacer de ella la palanca del movimiento socialista; mientras que, por el contrario, Bernstein ve la realización del socialismo en la transformación de los pobres en ricos, es decir, en el desvanecimiento del antagonismo de clase en un sentido pequeñoburgués.

Es cierto que Bernstein no se limita a la estadística de ingresos. También aporta la estadística de empresas y, por cierto, de varios países: Alemania y Francia, Inglaterra y Suiza, Austria y Estados Unidos. Pero ¿qué estadísticas son esas? No son datos comparativos de diferentes períodos en cada país, sino datos de cada período en distintos países. A excepción de Alemania, donde repite su viejo contraste entre 1882 y 1895, Bernstein no compara la estructura de las empresas de un país en momentos distintos, sino solamente las cifras absolutas para diversos países (para Inglaterra, 1891; para Francia, 1894; para Estados Unidos, 1890; etcétera). La conclusión a la que llega es la siguiente: “Aunque es cierto que actualmente la gran empresa es preponderante en la industria, también lo es que, incluyendo las empresas dependientes de ella, aun en un país

24 Wilhelm Weitling (1808-1871). Contemporáneo de Marx, sastre y uno de los teóricos de una forma utópico-bíblica de comunismo. Según Engels, sus criterios desempeñaron un papel positivo “como primer movimiento teórico independiente del proletariado alemán”, aunque tras la aparición del socialismo científico frenaron el desarrollo de la conciencia de clase del proletariado.

tan desarrollado como Prusia solo representa a lo sumo *la mitad de la población activa en la producción*". Lo mismo sucede en Alemania, Inglaterra, Bélgica, etcétera (p. 84).

Pero lo que Bernstein prueba de este modo no es la existencia de tal o cual *tendencia del desarrollo económico*, sino simplemente la *relación de fuerzas absoluta* entre las diversas formas de empresa o entre las diversas clases de profesión. Si a partir de aquí se pretende demostrar la imposibilidad del socialismo, esa demostración se sustenta en una teoría según la cual lo que decide el resultado de las luchas sociales es la mera correlación numérica, física, de fuerzas de los combatientes, es decir, el mero factor de la *violencia*. Y así, Bernstein, que siempre truena contra el blanquismo,²⁵ cae en el error blanquista más grosero. Por cierto que, nuevamente, con la diferencia de que los blanquistas, como orientación socialista y revolucionaria que es, presuponían como algo obvio la factibilidad económica del socialismo, y en ella fundaban las perspectivas de la revolución violenta, incluso de una pequeña minoría. Por el contrario, Bernstein concluye que de la inexistencia de una mayoría numérica se infiere la imposibilidad del socialismo. En realidad, la socialdemocracia no espera alcanzar su fin último ni por la violencia victoriosa de una minoría, ni por la mera supremacía numérica de la mayoría, sino como resultado de la necesidad económica y de la comprensión de tal necesidad, que llevará a la supresión del capitalismo por parte de las masas populares. Y esa necesidad se expresa, sobre todo, en la *anarquía capitalista*.

En lo que respecta a esta última cuestión decisiva de la anarquía en la economía capitalista, Bernstein niega solo las grandes crisis generales, pero no las parciales y nacionales. Es decir, excluye la posibilidad de mucha anarquía, pero admite al mismo tiempo la existencia de un poco de ella. Para Bernstein, a la economía capitalista le ocurre, para usar las palabras de

25 Referencia a las concepciones teóricas de Louis Auguste Blanqui (1805-1881), revolucionario francés participante en la revolución de 1848 y dirigente de la Comuna de París (1871). No consideraba necesaria la previa preparación política de las masas de la clase obrera antes de la toma del poder, porque creía que estas serían arrastradas por la acción decidida de una minoría de audaces revolucionarios.

Marx, como a aquella tonta doncella que tuvo un niño y que se disculpaba diciendo: “sí, pero uno muy pequeño”. Lo fatal de esto es que, en materias tales como la economía, poco y mucho son igualmente malos. Si Bernstein admite la existencia de un poco de anarquía, ya se encargará la propia dinámica de la economía mercantil de intensificarla hasta lo desmesurado, hasta llegar al colapso. Pero si Bernstein espera —conservando al mismo tiempo la producción de mercancías— disolver gradualmente ese poco de anarquía en orden y armonía, cae de nuevo en uno de los errores fundamentales de la economía vulgar burguesa, en la medida en que considera que el modo de intercambio es independiente del modo de producción.²⁶

26 Esta nota de la autora a la primera edición fue omitida en la segunda: “Bernstein responde ampliamente a algunos puntos de nuestra primera serie de artículos en el *Leipziger Volkszeitung*, pero lo hace de un modo que pone de relieve su confusión. Por ejemplo, trata de escabullir la respuesta a nuestra crítica sobre su escepticismo acerca de las crisis, queriendo convencernos de que hemos relegado la teoría marxista de las crisis a un futuro nebuloso. Esta es una interpretación muy libre de nuestras palabras, puesto que únicamente explicábamos la *periodicidad mecánica*, regular, de las crisis; o, más exactamente, que el ciclo decenal de crisis era un esquema que únicamente se correspondía con un mercado mundial completamente desarrollado. Por lo que hace al contenido de la teoría marxista de las crisis, declarábamos que se trata de la única formulación científica del mecanismo y las causas económicas internas de *todas* las crisis que hasta ahora se han dado.

Más extrañas aún son las respuestas de Bernstein a los otros puntos de nuestra crítica. A la observación, por ejemplo, de que los cárteles no pueden servir como instrumento contra la anarquía capitalista porque, como demuestra la industria azucarera, únicamente agudizan la competencia en el mercado mundial, Bernstein contesta que es correcta, pero que la agudización en Inglaterra de la competencia azucarera había dado lugar a una fabricación mucho mayor de mermeladas y compotas (p. 78). Esta respuesta recuerda los ejercicios de conversación de la primera parte del método Ollendorf de aprendizaje autodidacta de idiomas: ‘La manga es corta, *pero* el zapato es estrecho. El padre es grande, *pero* la madre se ha ido a dormir’. Con una coherencia similar responde Bernstein a nuestra observación de que tampoco el crédito puede ser un ‘medio de adaptación’ contra la anarquía capitalista, puesto que más bien aumenta dicha anarquía. Según Bernstein, además de su atributo destructivo, el crédito también tiene propiedades positivas ‘creador-recuperadoras’ que, según él, también Marx supo apreciar. Esta observación relativa al

No es esta la ocasión para poner de manifiesto en su conjunto la sorprendente confusión que Bernstein muestra en su libro en relación con los principios más elementales de la economía política. Pero sí hay que aclarar un punto al que nos conduce la cuestión fundamental de la anarquía capitalista.

Bernstein declara que la *ley del valor trabajo* en Marx es una mera abstracción, lo que para él, según su concepción de la economía política, evidentemente es un insulto. Y si el valor trabajo es una mera abstracción, una “ilusión mental” (p. 44), entonces todo ciudadano honrado que haya hecho el servicio militar y pague sus impuestos tiene el mismo derecho que Karl Marx a convertir cualquier disparate en una tal “ilusión mental”, es decir, en su propia ley del valor:

Desde el vamos, Marx tiene tanto derecho a hacer abstracción de las propiedades de las mercancías hasta dejarlas reducidas finalmente a simples encarnaciones de cantidades de trabajo humano, como la escuela de Böhm-Jevons tiene derecho a hacer abstracción de todas las propiedades de las mercancías a excepción de su utilidad (pp. 41-42).²⁷

Y así, el trabajo social de Marx y la utilidad abstracta de Menger se parecen como dos gotas de agua: todo es mera

crédito no es nueva para cualquiera que, basándose en la teoría marxista, vea en la economía capitalista todos los elementos positivos para una futura transformación socialista de la sociedad. Pero el debate era si esas propiedades positivas del crédito más allá del capitalismo también se manifiestan positivamente en la economía capitalista, si el crédito puede vencer a la anarquía capitalista, como sostiene Bernstein, o si, más bien, acaba en una contradicción y agrava la anarquía, como hemos mostrado nosotros. La observación de Bernstein acerca de la capacidad ‘creador-recuperadora’ del crédito, que constituyó el origen del debate, no es otra cosa, a la vista de lo expuesto, que una ‘escapada teórica hacia el más allá... del campo de la discusión’.

27 Teoría de la utilidad marginal (o teoría marginalista) desarrollada, entre otros, por el economista británico William Stanley Jevons (1835-1882) y el economista austríaco Karl Menger (1840-1921). Según esta teoría, la utilidad, o sea, la apreciación subjetiva del consumidor, es la fuente del valor y determina asimismo su nivel. Eugen von Böhm-Bawerk (1815-1914): economista austríaco de la misma escuela.

abstracción. Bernstein olvida por completo que la abstracción de Marx no es una invención, sino un descubrimiento; que no existe en la cabeza de Marx, sino en la economía mercantil; que su existencia no es imaginaria, sino real y social, tan real que se puede cortar, moldear, pesar y acuñar. En su forma desarrollada, el trabajo humano abstracto descubierto por Marx no es otra cosa que el *dinero*. Este es precisamente uno de los más geniales descubrimientos económicos de Marx, mientras que para toda la economía burguesa, desde el primero de los mercantilistas hasta el último de los clásicos, la esencia mística del dinero ha seguido siendo un libro cerrado con siete sellos.

En cambio, la utilidad abstracta de Böhm-Jevons sí es, de hecho, una ilusión mental. O, mejor dicho, es un reflejo de la irreflexión, una estupidez privada de la que no puede hacerse responsable ni al capitalismo ni a otra sociedad humana, sino solamente a la economía vulgar burguesa. Con esta “ilusión mental” en la cabeza, ya pueden estar Bernstein, Böhm-Jevons y toda la cofradía subjetiva veinte años frente al misterio del dinero, que no llegarán a otra conclusión que la que ya sabe, y sin su ayuda, cualquier zapatero remendón: que el dinero también es una cosa “útil”.

Así pues, Bernstein ya no es capaz de entender la ley marxiana del valor. Sin embargo, cualquiera que esté algo familiarizado con la doctrina económica marxiana tendrá en claro que, sin la ley del valor, dicha doctrina resulta incomprensible. O para hablar más concretamente: sin comprender la esencia de la mercancía y de su intercambio, toda la economía capitalista y sus interrelaciones resultan un misterio.

¿Y cuál es la llave mágica que le abrió los secretos más íntimos de todos los fenómenos capitalistas; que le permitió resolver, con la sencillez de un juego, problemas que ni los mayores espíritus de la economía clásica burguesa, como Smith y Ricardo,²⁸ llegaron a sospechar? Pues no fue otra que precisamente su

28 Adam Smith (1723-1790) y David Ricardo (1772-1823). Destacados economistas burgueses británicos. El primero fue el iniciador de la llamada escuela clásica y el segundo, uno de sus continuadores. Defensores de la propiedad privada, el libre mercado y la competencia.

concepción de toda la economía capitalista como un *fenómeno histórico*, y no solo hacia atrás, como en el mejor de los casos lo entendió la economía clásica, sino también hacia delante; es decir, no solo en lo concerniente al pasado feudal, sino también al *futuro socialista*. El secreto de la teoría marxiana del valor, de su análisis del dinero, de su teoría del capital, de su teoría de la tasa de beneficio y, consiguientemente, del conjunto del sistema económico es el carácter perecedero de la economía capitalista, su colapso; es decir —y he aquí su reverso— el *fin último socialista*. Si Marx pudo descifrar los jeroglíficos de la economía capitalista fue precisa y únicamente porque observaba a dicha sociedad desde el vamos desde un punto de vista socialista, es decir, *desde la perspectiva histórica*. Y por convertir el punto de vista socialista en *punto de partida* para el análisis de la sociedad burguesa pudo, inversamente, fundamentar científicamente el socialismo.

Sobre esta base hay que ponderar las observaciones que hace Bernstein al final de su libro, donde lamenta “el dualismo que recorre toda la obra monumental de Marx [El capital]”,²⁹ un dualismo “consistente en que la obra quiere ser una investigación científica y, al mismo tiempo, demostrar una tesis ya elaborada con anterioridad a la realización del libro; es decir, se basa en un esquema que ya constata de antemano el resultado al que debería llevar el desarrollo. La vuelta al *Manifiesto Comunista* [es decir, al fin último socialista!]³⁰ demuestra la presencia de un resto de utopismo en la doctrina marxiana” (p. 177).

Pero el “dualismo” marxista no es otra cosa que el dualismo del futuro socialista y el presente capitalista, del capital y el trabajo, de la burguesía y el proletariado; es el monumental reflejo científico del dualismo existente en la sociedad capitalista, de los antagonismos de clase burgueses.

Y si Bernstein no ve en este dualismo teórico de Marx más que “restos de utopismo”, esto es solo una confesión ingenua de que niega el dualismo histórico en la sociedad burguesa, el antagonismo de clase capitalista; y de que, para él, el propio

29 Observación de la autora.

30 Observación de la autora.

socialismo es un “resto de utopismo”. El “monismo”, es decir, la unicidad de Bernstein, es la unicidad del orden capitalista eternizado, la unicidad del socialista que ha abandonado su fin último para ver en la sociedad burguesa, única e inmutable, el final del desarrollo humano.

Pero al no ver en la estructura del propio capitalismo la escisión, el desarrollo hacia el socialismo, Bernstein tiene que refugiarse, a fin de salvar el programa socialista siquiera formalmente, en una construcción idealista, ajena al desarrollo económico, y convertir el propio socialismo, de una fase histórica determinada del desarrollo social, en un “principio” abstracto.

El “principio cooperativo” —esa sutil “quintaesencia” del fin último socialista con el que Bernstein quiere adornar la economía capitalista— ya no aparece como una concesión de su teoría burguesa al futuro socialista de la sociedad, sino como una concesión al pasado socialista... de Bernstein.

II. Sindicatos, cooperativas y democracia política

Ya hemos visto que el socialismo de Bernstein consiste en un plan para que los trabajadores participen de la riqueza social, para convertir a los pobres en ricos. ¿Cómo se realizará este plan? Sus artículos en *Die Neue Zeit* titulados “Problemas del socialismo” apenas contienen algunas vagas referencias a esta cuestión; pero en cambio en su libro la esclarece por completo. Su socialismo se realizará por dos vías: los sindicatos —o, como él los llama, la democracia económica— y las cooperativas. Por medio de los primeros, pretende acabar con el beneficio industrial; por medio de las segundas, con el beneficio comercial (p. 118).

Las cooperativas, especialmente las cooperativas de producción, constituyen, de acuerdo con su íntima esencia, un *híbrido* en el seno de la economía capitalista: una producción socializada en pequeño dentro del intercambio capitalista. Pero en la economía capitalista el intercambio domina la producción

y, en vista de la competencia, la explotación más despiadada, es decir, el completo dominio del proceso de producción por parte de los intereses del capital se convierte en una condición imprescindible para la supervivencia de una empresa.

En términos prácticos, esto se expresa en la necesidad de intensificar lo más posible el trabajo, prolongarlo o acortarlo, de acuerdo con las exigencias del mercado; demandar fuerza de trabajo o expulsarla y ponerla en la calle de acuerdo con las exigencias del mercado de ventas; en una palabra, practicar todos los métodos ya conocidos que hacen competitiva a una empresa capitalista. Y al desempeñar el papel de empresarios, los trabajadores de la cooperativa se ven en la contradicción de tener que regirse con todo el absolutismo de una empresa incluso contra sí mismos. Esta contradicción termina hundiendo la cooperativa de producción, que o bien muestra una regresión a la empresa capitalista normal o bien, si los intereses de los obreros predominan, se disuelve.

Tales son los hechos que el propio Bernstein constata, pero entiende de manera errada, puesto que, junto a la señora Potter Webb,³¹ atribuye la decadencia de las cooperativas de producción a la falta de “disciplina”. Pero lo que aquí tan superficialmente y a la ligera se califica de “disciplina” no es más que el régimen absoluto natural del capitalismo, que los obreros no pueden imponerse a sí mismos.³²

Por tanto, la cooperativa de producción únicamente puede asegurar su existencia dentro de la economía capitalista cuando, mediante un desvío, supera la contradicción que en él se esconde entre modo de producción y modo de intercambio, en la medida en que se sustrae artificialmente a las leyes de la libre competencia. Y esto solo puede lograrlo cuando se asegura de antemano un mercado de ventas, un círculo fijo de consumidores. El medio para ello es la *unión de consumo*. En esto —y no

31 Beatrice Potter Webb (1858-1943). Historiadora del movimiento sindical británico. Su marido fue Sidney James Webb (1859-1947).

32 “Las fábricas cooperativas de los propios obreros son, dentro de la antigua forma, la primera ruptura con esta forma, por más que, como es natural, en su verdadera organización muestran por doquier todos los defectos del sistema establecido” (K. Marx, *El Capital*, Libro III) (*N. de la A.*).

en la distinción entre cooperativas de compra y cooperativas de venta, como reza la ocurrencia de Oppenheimer³³— precisamente reside el secreto abordado por Bernstein de por qué las cooperativas de producción independientes se hundieron y únicamente la cooperativa de consumo puede asegurarles una existencia.

Pero si las condiciones de existencia de las cooperativas de producción en la sociedad actual dependen de las condiciones de existencia de las cooperativas de consumo, de esto se sigue que las primeras, en el mejor de los casos, tienen que limitarse a un pequeño mercado local y a unos pocos productos de primera necesidad, especialmente, productos alimenticios. Las ramas más importantes de la producción capitalista, es decir, las industrias textil, del carbón, metalúrgica y petrolífera, así como la construcción de maquinaria y locomotoras y los astilleros, están cerradas de antemano a la unión de consumo y, por lo tanto, también a la cooperativa de producción. Es decir que, al margen de su carácter híbrido, las cooperativas de producción no pueden aparecer como una reforma social universal, ya por el hecho de que su realización universal ante todo presupone la abolición del mercado mundial y la disolución de la economía mundial vigente en pequeños grupos locales de producción e intercambio; es decir, por su propia esencia presuponen un retroceso desde la economía capitalista desarrollada a la economía mercantil medieval.

Pero incluso dentro de los límites de su posible realización en el terreno de la sociedad contemporánea, las cooperativas de producción se reducen necesariamente a meros apéndices de las uniones de consumo, que con ello aparecen en primer plano como los principales agentes de la reforma socialista buscada. De este modo, toda la reforma socialista mediante las cooperativas deja de ser una lucha contra el capital de producción, es decir, contra el tronco principal de la economía capitalista, y se convierte en una lucha contra el capital comercial, especialmente contra el capital comercial minorista y mayorista, es decir, en

33 Franz Oppenheimer (1864-1943). Economista y socialista liberal. Consideraba que la pobreza se debía al monopolio de la propiedad del suelo.

una lucha solo contra las pequeñas *ramificaciones* del tronco capitalista.

En lo que concierne a los sindicatos, que según Bernstein han de representar, por su parte, un medio contra la explotación del capital productivo, ya hemos explicado que no están en condiciones de asegurar a los trabajadores alguna influencia en el proceso de producción, ni en cuanto al *volumen* de la producción ni en cuanto al procedimiento *técnico*.

En lo que concierne al aspecto puramente económico, a “la lucha de la tasa de salario contra la tasa de beneficio”, como lo denomina Bernstein, esta lucha no se libra, como ya se ha mostrado también, bajo cielo abierto, sino dentro de los bien definidos límites de la ley del salario; ley que esta lucha no consigue romper, sino a lo sumo poner en funciones. Esta observación resulta evidente también si se examina el problema desde otra perspectiva, y se plantea la pregunta por las funciones reales de los sindicatos.

Bernstein les atribuye, dentro de la lucha de emancipación de la clase obrera, el papel de conducir el auténtico ataque contra la tasa de beneficio industrial, y de convertirla poco a poco en tasa de salario. Pero el hecho es que los sindicatos no están en situación de realizar una política de ataque económico contra el beneficio, porque no son más que la defensa organizada de la fuerza de trabajo contra los ataques del beneficio, la resistencia de la clase obrera contra la tendencia opresiva de la economía capitalista. Y ello por dos motivos.

En primer lugar, porque si los sindicatos tienen la misión de usar su organización para influir sobre la situación del mercado de la mercancía “fuerza de trabajo”, esa influencia se ve quebrada de continuo por el proceso de proletarianización de las capas medias, que hace afluir constantemente nueva mercancía al mercado. En segundo lugar, porque si los sindicatos se proponen la elevación del nivel de vida, el aumento de la participación de la clase obrera en la riqueza social, dicha participación es reducida de continuo, con la fatalidad de un proceso natural, a través del aumento de la productividad del trabajo. No es preciso ser un marxista para darse cuenta de esto,

basta con haber tenido alguna vez en la mano *Para explicar la cuestión social*, de Rodbertus.³⁴

En otras palabras, los procesos objetivos de la sociedad capitalista transforman las dos funciones económicas principales del trabajo sindical en una especie de trabajo de Sísifo;³⁵ trabajo que sin embargo resulta imprescindible para que el trabajador pueda llegar a obtener la tasa de salario que le corresponde según la situación del mercado de trabajo, para que se realice la ley capitalista del salario y para paralizar o, más exactamente, atenuar en cuanto a sus efectos la tendencia descendente del desarrollo económico.

Pero considerar los sindicatos como un instrumento para la reducción gradual del beneficio a favor del salario, presupone como condición social, en primer lugar, la paralización de la proletarización de las clases medias y del crecimiento de la clase obrera; en segundo lugar, una paralización del incremento de la productividad del trabajo. Es decir, en ambos casos —y al igual que la realización de la economía de las cooperativas de consumo—, presupone *un retorno a condiciones previas al capitalismo desarrollado*.

Por tanto, los dos medios de la reforma socialista propuestos por Bernstein —las cooperativas y los sindicatos— se revelan totalmente incapaces de transformar el modo de producción capitalista. En el fondo, Bernstein intuye esto oscuramente y los considera como meros medios para rasguñar el beneficio capitalista y enriquecer de esa manera a los trabajadores. Con ello renuncia a la lucha contra la producción capitalista y orienta el movimiento socialdemócrata hacia la lucha contra la distribución capitalista. Bernstein define repetidamente su socialismo como la aspiración a una distribución “justa”, “más

34 Johann Karl Rodbertus (1805-1875). Economista y político alemán, partidario de cierto socialismo de Estado. Planteó que las crisis podían ser consecuencia de la tendencia a la disminución de los salarios respecto del conjunto de los ingresos de la sociedad, y propuso redistribuir las rentas por medio de los impuestos. El libro en cuestión es de 1898.

35 Personaje de la mitología griega condenado por Zeus a subir una enorme roca a la cima de un monte. Cada vez que se aproximaba a ella, la roca rodaba ladera abajo, obligándolo incesantemente a reiniciar su tarea.

justa” e incluso “todavía más justa”, y en el *Vorwärts*³⁶ del 26 de marzo de 1899 vuelve a repetirlo.

No se puede negar que el principal motivo que lleva a las masas populares al movimiento socialdemócrata es el reparto “injusto” propio del orden capitalista. Al luchar por la socialización de toda la economía, la socialdemocracia lucha al mismo tiempo por una distribución “justa” de la riqueza social. La única diferencia es que, gracias a las concepciones del marxismo de que la forma de distribución es una consecuencia natural del modo de producción, la socialdemocracia no lucha para cambiar la forma de distribución dentro del contexto de la producción capitalista, sino para abolir la producción capitalista misma. En una palabra, la socialdemocracia trata de implantar la distribución socialista por medio de la eliminación del modo de producción capitalista, mientras que la propuesta de Bernstein es justamente la contraria: luchar contra la *distribución capitalista* con la esperanza de así implantar paulatinamente el *modo de producción socialista*.

Y, en este caso, ¿cómo puede ser fundamentada la reforma socialista de Bernstein? ¿En determinadas tendencias de la producción capitalista? De ningún modo, puesto que, en primer lugar, Bernstein niega esas tendencias y, en segundo lugar, porque para él la deseada transformación de la producción es resultado, y no causa, de la distribución. Por tanto, la justificación de *su* socialismo no puede ser económica. Una vez que invirtió fin y medios del socialismo, y con ello las relaciones económicas, Bernstein no *puede* proporcionar ningún fundamento materialista para su programa, sino que *se ve forzado* a recurrir a un fundamento idealista.

“¿Por qué razón hay que derivar el socialismo de la coacción económica?”, dice Bernstein. “¿Por qué razón hay que degradar el *discernimiento*, la *conciencia de la justicia*, la voluntad del hombre?” (*Vorwärts*, 26 de marzo de 1899). La distribución más justa que propone Bernstein será consecuencia de la voluntad soberana de los hombres, que no está puesta al servicio de la

36 *Vorwärts* (Adelante), órgano de expresión de la socialdemocracia alemana.

necesidad económica; o más precisamente, dado que la voluntad misma no es más que un instrumento, será consecuencia de la comprensión de la justicia, en suma, de la *idea de justicia*.

Y así hemos llegado felizmente al principio de justicia, ese viejo jamelgo sobre el que cabalgan desde hace milenios, a falta de un medio de locomoción histórico más seguro, todos los libertadores del mundo; el enclenque Rocinante sobre el que todos los Don Quijotes de la historia han galopado hacia la gran reforma del mundo, para finalmente no conseguir más que puñetazos y palos.

La relación entre rico y pobre como base social del socialismo, el “principio” del cooperativismo como su contenido, la “distribución más justa” como su fin, la idea de justicia como su única legitimación histórica... Hace ya más de cincuenta años que Weitling defendió este tipo de socialismo: con cuánta más fuerza, con cuánto más espíritu, con cuánta mayor brillantez. Por cierto que aquel sastre genial aún no conocía el socialismo científico. Y si hoy, después de medio siglo, su concepción desgarrada en pequeños retazos por Marx y Engels es remendada nuevamente y ofrecida al proletariado alemán como la última palabra de la ciencia, también se requiere de un sastre... pero no uno genial.

Así como sindicatos y cooperativas son los pilares económicos del revisionismo, el presupuesto *político* más importante de la teoría de Bernstein es el continuo y progresivo desarrollo de la *democracia*. Los actuales estallidos de la reacción son para él meros “estremecimientos”, que considera casuales y pasajeros, que pueden ser ignorados a la hora de establecer el parámetro general para la lucha del movimiento obrero. [Lo importante, sin embargo, no es lo que Bernstein piensa acerca de la reacción a partir de las afirmaciones orales o escritas de sus amigos, sino qué conexión interna y objetiva existe entre la democracia y el desarrollo social efectivo.]³⁷

Para Bernstein, la democracia es una etapa inevitable en el desarrollo de la sociedad moderna; e incluso es para él, como para los teóricos burgueses del liberalismo, la gran ley funda-

37 Omitido en la segunda edición.

mental del desarrollo histórico en general, a cuya realización deben colocarse todos los poderes efectivos de la vida política. Pero, expresada de esta forma absoluta, es completamente falsa y no pasa de ser una esquematización pequeñoburguesa y superficial de los resultados de un breve período del desarrollo burgués, de aproximadamente los últimos 25-30 años. Si se examina un poco más de cerca el desarrollo de la democracia en la historia y al mismo tiempo la historia política del capitalismo, se arriba a un resultado esencialmente distinto.

En cuanto a lo primero, encontramos la democracia en las formaciones sociales más diversas: en las sociedades comunistas primitivas, en los antiguos Estados esclavistas y en las comunas urbanas medievales. También encontramos el Absolutismo y la monarquía limitada en los contextos económicos más diversos. Por otro lado, el capitalismo en sus inicios —como producción mercantil— infundió vida a una constitución puramente democrática en las comunas urbanas medievales; posteriormente, bajo una forma más desarrollada, como manufactura, encuentra en la monarquía absoluta su forma política correspondiente. Por último, como economía industrial desarrollada genera en Francia, alternativamente, la república democrática (1793), la monarquía absoluta de Napoleón I, la monarquía aristocrática de la época de la Restauración (1815-1830), la monarquía constitucional burguesa de Luis Felipe, nuevamente la república democrática, después la monarquía de Napoleón III y, finalmente, por tercera vez, la república, que a su vez parece experimentar sus últimos estertores. En Alemania, la única institución verdaderamente democrática, el sufragio universal, no es una conquista del liberalismo burgués, sino un instrumento para la fusión política de los pequeños Estados, y únicamente en esa medida tiene alguna importancia para el desarrollo de la burguesía alemana, que por lo demás se contenta con una monarquía constitucional semi-feudal. En Rusia, el capitalismo prospera bajo la autocracia oriental, sin que la burguesía ofrezca, de momento, señales de anhelar la democracia. En Austria, el sufragio universal, en gran medida, parece el salvavidas para una *monarquía* que se

hunde y descompone; [y cuan poco se vincula este sufragio con la democracia auténtica lo demuestra la vigencia del artículo 14].³⁸ Finalmente, en Bélgica, la conquista del proletariado —el sufragio universal— se relaciona sin duda con la debilidad del militarismo, es decir, con la particular situación geográfico-política del país, y no es “algo de democracia” conquistada por la burguesía, sino *contra* la burguesía.

El progreso ininterrumpido de la democracia, que tanto nuestro revisionismo como el progresismo burgués consideran la gran ley fundamental de la historia humana, al menos de la moderna, analizado con más detalle resulta ser una quimera. No se puede construir ninguna conexión interna y absoluta entre desarrollo capitalista y democracia. La forma política siempre es el resultado de la suma total de los factores políticos, internos y externos, y admite dentro de sus límites la íntegra escala, desde la monarquía absoluta hasta la república democrática.

Si, con ello, debemos deshacernos de una ley histórica universal sobre el desarrollo histórico de la democracia también dentro del marco de la sociedad moderna, y nos atenemos a la fase actual de la historia burguesa, vemos también aquí, en la situación política, factores que no conducen a la realización del esquema de Bernstein, sino que más bien se orientan en la dirección contraria, hacia el abandono, por la sociedad burguesa, de las conquistas precedentes.

Por un lado, las instituciones democráticas, y esto es sumamente importante, ya han cumplido en gran parte la función que les correspondía en el desarrollo burgués. En la misma medida en que fueron necesarias para la unificación de los pequeños Estados y la génesis de los grandes Estados modernos (Alemania, Italia), se han tornado prescindibles. El desarrollo económico ha ocasionado entretanto una unión orgánica interna [y a la democracia política puede quitársele, en esa medida,

38 Omitido en la segunda edición. El artículo 14 de la monarquía de los Habsburgo permitía derogar las garantías constitucionales vigentes, incluido el Parlamento. Se aplicó con frecuencia.

el vendaje de la democracia, sin peligro para el organismo de las sociedades burguesas].³⁹

Lo mismo vale en relación con la transformación de toda la maquinaria político-administrativa del Estado, que ha dejado de ser un mecanismo semifeudal o completamente feudal y se ha convertido en capitalista. Esta transformación, históricamente inseparable de la democracia, ha alcanzado hoy un grado tan elevado que se podrían eliminar sin riesgo todos los ingredientes puramente democráticos del ámbito estatal, como el sufragio universal, la forma republicana del Estado, sin que la administración, las finanzas o la defensa necesiten retornar a las formas anteriores a la revolución de marzo.⁴⁰

De este modo, resulta que el liberalismo como tal se ha esencialmente hecho superfluo para la sociedad burguesa, así como, por otra parte, en importantes aspectos se ha convertido directamente en un obstáculo. Aparecen aquí dos factores que dominan por completo el conjunto de la vida política de los Estados actuales: la *política mundial* y el *movimiento obrero*, que son distintos aspectos de la fase actual del desarrollo capitalista.

La conformación de la economía mundial y la agudización y generalización de la lucha competitiva en el mercado mundial, han convertido al militarismo y la supremacía naval, en cuanto instrumentos de la política mundial, en factores decisivos tanto de la política exterior como de la interior de los grandes Estados. Y si la política mundial y el militarismo son una tendencia *ascendente* en la presente fase del capitalismo, porque se relaciona con las necesidades y aspiraciones económicas del capitalismo, entonces la democracia burguesa debe moverse, lógicamente, en una línea *descendente*. [El ejemplo más convincente: la Unión Norteamericana después de la guerra con España. En Francia, la República subsiste principalmente gracias a la situación política internacional, que de momento hace imposible una guerra. Si estallase una y, como es de suponer, según todos los indicios, Francia demostrara no encontrarse suficientemente armada para la política mundial, la respuesta

39 Omitido en la segunda edición.

40 Se refiere a la revolución alemana de 1848, que dio un golpe decisivo a las instituciones feudales.

a la primera derrota francesa en el campo de batalla sería la proclamación de la monarquía en París. En Alemania, la era más reciente del armamentismo a gran escala (1893) y la política mundial inaugurada en Kiao-chau⁴¹ se cobraron de inmediato dos víctimas de la democracia burguesa: el desmoronamiento del progresismo⁴² y la caída del centro.].⁴³

Si la política exterior arroja a la burguesía en brazos de la reacción, otro tanto sucede con la interior, debido al ascenso de la clase obrera. El propio Bernstein lo reconoce al responsabilizar por la deserción de la burguesía liberal a la “leyenda de la voracidad” socialdemócrata⁴⁴ es decir, a las aspiraciones socialistas de la clase obrera. En consecuencia, Bernstein aconseja al proletariado abandonar su fin último socialista, con vistas a sacar de la cueva de ratones reaccionaria a un liberalismo asustado de muerte. Pero al convertir hoy la abolición del movimiento obrero socialista en condición de vida y presupuesto social de la democracia burguesa, Bernstein demuestra también del modo más patente que esta democracia contradice en la misma medida la tendencia de desarrollo interna de la sociedad actual

41 En la penetración de las potencias europeas en China, Alemania consiguió en 1897 el arriendo, por un plazo de noventa y nueve años, de la región de Kiao-chau. Fue ocupada por Japón en 1914, que la perdió definitivamente tras la Primera Guerra Mundial.

42 Referencia al Partido del Centro, fundado en 1870 como representación política de los católicos alemanes. Llegó a ser el antagonista más considerable de los liberales. Aunque se pretendía interconfesional, su electorado se componía casi exclusivamente de católicos, entre los que obtenía proporciones muy altas (en 1881, obtuvo el 86,3% del total del voto católico). De 1895 a 1906 fue el mayor pilar del gobierno del emperador.

43 Rosa Luxemburgo corrigió esta opinión sobre las posibles consecuencias de una guerra en Francia. En lugar del párrafo entre corchetes, la segunda edición dice: “En Alemania, la era del armamentismo a gran escala, originada en 1893, y la política mundial iniciada en Kiao-chau se saldaron de inmediato con dos víctimas de la democracia burguesa: la decadencia del liberalismo y el desmoronamiento del centro, que pasó de la oposición al gobierno. Las últimas elecciones legislativas de 1907, celebradas bajo el signo de la política colonial, son, al mismo tiempo, el funeral histórico del liberalismo alemán”.

44 La “leyenda de la voracidad” socialdemócrata es, para Bernstein, “las frases que reclaman una expropiación general, simultánea y violenta” (Die Neue Zeit, 1898-1899) (*N. de la A.*).

y que el movimiento obrero *socialista* es un *producto directo* de esa tendencia.

Pero demuestra algo más. Al convertir la renuncia al fin último socialista en condición para el resurgimiento de la democracia burguesa, Bernstein muestra, inversamente, en qué escasa medida esa democracia burguesa puede ser presupuesto y condición necesarios para el movimiento socialista y su victoria. Aquí, el razonamiento de Bernstein se cierra en un círculo vicioso, en el cual la conclusión última “devora” su premisa inicial.

La salida de este círculo es muy sencilla: una vez constatado que, aterrorizado ante el movimiento obrero ascendente y sus fines últimos, el liberalismo burgués ha expirado, se concluye que el movimiento obrero socialista es y puede ser precisamente en la actualidad el único sustento de la democracia; y que la suerte del movimiento socialista no depende de la democracia burguesa, sino que es la suerte de la democracia la que depende del movimiento socialista. Es decir, la democracia no puede sobrevivir en la medida en que la clase obrera abandona su lucha emancipadora, sino, inversamente, en la medida en que el movimiento socialista se robustece lo suficiente para hacer frente a las consecuencias reaccionarias de la política mundial y de la deserción burguesa. Por tanto, quien desea el fortalecimiento de la democracia, también debe desear el fortalecimiento del movimiento socialista, y no su debilitamiento; quien renuncia a la lucha por el socialismo, renuncia tanto al movimiento obrero como a la democracia.

[Al final de su “respuesta” a Kautsky en el *Vorwärts*, el 26 de marzo de 1899, Bernstein explica que está completamente de acuerdo con la parte práctica del programa de la socialdemocracia y que únicamente tendría algo que objetar a la parte teórica. Al margen de esto, Bernstein cree poder marchar plenamente en las filas del partido, pues ¿qué “importancia” puede tener que “en la parte teórica” haya alguna frase que no concuerda ya con su concepción del curso del proceso? En el mejor de los casos, esta explicación muestra hasta qué punto Bernstein ha perdido el sentido de la conexión entre la actividad práctica de la socialdemocracia y sus fundamentos generales; hasta qué punto las palabras mismas han dejado de tener

igual significado para el partido y para Bernstein. De hecho, como hemos visto, las propias teorías de Bernstein conducen al elemental conocimiento socialdemócrata de que sin la base fundamental, toda la lucha práctica carece de valor y de fin; de que con la renuncia al *fin último* tiene que desaparecer también el propio *movimiento*.]⁴⁵

III. La conquista del poder político

Como hemos visto, la suerte de la democracia está ligada a la del movimiento obrero. ¿Quiere esto decir que, en el mejor de los casos, el desarrollo de la democracia torna superflua o imposible una revolución proletaria, en el sentido de la toma del poder del Estado, de la conquista del poder político? Bernstein decide a esta cuestión por el camino de una ponderación minuciosa de los lados buenos y malos de la reforma y de la revolución, y lo hace con una parsimonia tal que recuerda el acto de pesar canela y pimienta en una unión de consumo. En el despliegue según leyes del desarrollo, ve el efecto del intelecto, y en el revolucionario, el del sentimiento; en el trabajo de reforma, un método lento del progreso histórico; en el revolucionario, uno rápido. En la legislación ve una violencia planificada; en la revolución, una elemental (p. 183).

Es una vieja historia que el reformador pequeñoburgués ve en todas las cosas del mundo una parte “buena” y otra “mala”, y que husmea en todos los lechos florales. Pero es una historia igual de vieja que el curso real de las cosas se interesa muy poco por las combinaciones pequeñoburguesas, y que con un golpe hace saltar por el aire los montoncitos cuidadosamente hacinados de los “lados buenos” en todas las cosas del mundo. De hecho, vemos en la historia que la reforma legal y la revolución funcionan según razones más profundas que las ventajas o desventajas de tal o cual procedimiento.

45 Omitido en la segunda edición.

En el curso de la historia, la reforma legal siempre sirvió para fortalecer paulatinamente a la clase ascendente, hasta que esta se sintió lo bastante fuerte como para conquistar el poder político y derribar todo del sistema jurídico existente para crear uno nuevo. Bernstein, que truena contra la conquista del poder político, a la que considera como una teoría violenta de corte blanquista, incurre en la desgracia de considerar como un error de cálculo blanquista lo que desde hace siglos no es sino la piedra de toque y la fuerza motriz de la historia humana. Desde que existen las sociedades de clases, y desde que la lucha de clases constituye su contenido esencial, la conquista del poder político es siempre el fin de toda clase ascendente, como también el punto inicial y final de todo período histórico. Lo vemos en las prolongadas luchas del campesinado contra los capitalistas financieros en la antigua Roma; en las luchas del patriciado contra los obispos y del artesanado contra los patricios en las ciudades medievales; en las luchas de la burguesía contra el feudalismo en la Modernidad.

La reforma legislativa y la revolución no son, por tanto, distintos métodos de progreso histórico que puedan elegirse libremente en el mostrador de la historia, como salchichas calientes o frías, sino factores distintos en el desarrollo de la sociedad de clases, que se condicionan y complementan entre sí, pero al mismo tiempo se excluyen mutuamente, como el Polo Sur y el Norte, como la burguesía y el proletariado.

Toda constitución política no es más que un *producto* de la revolución. En la historia de las clases, la revolución es el acto de creación política, mientras la legislación solo expresa que una sociedad sigue vegetando políticamente. La lucha por la reforma no genera su propia dirección independiente de la revolución, sino que en cada período histórico se mueve en la dirección marcada por el empujón de la última revolución y mientras ese impulso dure. O, dicho más concretamente: solo se mueve en el *marco* de la forma de sociedad traída al mundo por la última revolución. Este es precisamente el núcleo de la cuestión.

Es absolutamente falso y completamente ahistórico representarse el trabajo de reforma legal como la revolución ampliada y, a

su vez, la revolución como la reforma concentrada. La reforma y la revolución son *momentos* diversos, no por su *duración*, sino por su *esencia*. Todo el secreto de la revolución histórica a través de la utilización del poder político reside precisamente en la transformación de cambios meramente cuantitativos en una cualidad nueva; dicho concretamente, en la transición de un período histórico, de un orden social, a otro.

Por lo tanto, quien se pronuncia por el camino reformista *en lugar de y en oposición a* la conquista del poder político y a la revolución social no elige en realidad un camino más tranquilo, seguro y lento hacia el *mismo* fin, sino además un fin *diferente*: en lugar de la creación de una nueva sociedad, elige meras modificaciones cuantitativas en la antigua. De este modo, siguiendo las concepciones políticas de Bernstein se llega a la misma conclusión que a partir de sus teorías económicas: que ellas no apuntan a la realización del orden *socialista*, sino meramente a la reforma del *capitalista*; no apuntan a la supresión del trabajo asalariado, sino a una mayor o menor explotación; en una palabra, apunta a la supresión de los excesos del capitalismo, no a la del propio capitalismo.

¿Cabe pensar que lo dicho anteriormente sobre la función de la reforma legal o de la revolución solo sea aplicable a la lucha de clases del pasado? ¿Es posible que de ahora en adelante, gracias al perfeccionamiento del sistema jurídico burgués, la reforma legal sea la vía para que la sociedad pase de una fase histórica a otra y que, por tanto, la conquista del poder del Estado por parte del proletariado se haya convertido en “una frase sin contenido”?

La realidad es justamente la estrictamente contraria. ¿Qué distingue a la sociedad burguesa de las sociedades de clase precedentes, la antigua y la medieval? Precisamente, la circunstancia de que la dominación de clase ahora ya no se basa en “derechos bien adquiridos”, sino sobre *relaciones económicas de hecho*; de que el trabajo asalariado no es una relación jurídica, sino puramente económica. En todo nuestro ordenamiento jurídico no se encuentra ni una sola fórmula legal para la actual dominación de clase. Si hay vestigios de ello, se trata de restos de las relaciones feudales, como las ordenanzas para los siervos.

¿Cómo es posible, por tanto, eliminar gradualmente la esclavitud asalariada “por vías legales”, si no se encuentra expresada en las leyes? Bernstein, que pretende llevar adelante el trabajo de reforma con vistas a poner fin al capitalismo por esa vía, se encuentra en la situación de aquel policía ruso cuya aventura cuenta Uspieski: “Rápidamente eché mano al cuello del tipo y, ¿qué sucedió? ¡Que el condenado no tenía cuello!”. Esta es precisamente la dificultad aquí.

“Toda sociedad precedente se basó en la contraposición entre clases oprimidas y opresoras” (*Manifiesto Comunista*). Pero en las fases anteriores de la sociedad moderna, este antagonismo se expresaba en relaciones jurídicas determinadas y, por este motivo, las nuevas relaciones podían ser acomodadas, hasta cierto grado, en el marco de las antiguas.

“El siervo, en pleno régimen de servidumbre, llegó a miembro de la comuna” (*Manifiesto Comunista*). ¿Cómo fue posible? A través de la paulatina eliminación, en el ámbito de la ciudad, de todos aquellos derechos fragmentados (trabajo forzado, contribuciones, derecho de vestimenta, diezmos y primicias, monedajes, matrimonios forzados, derecho de herencia, etc.) cuya totalidad constituía la servidumbre. Igualmente, “se desarrolló el pequeñoburgués hasta convertirse en burgués bajo el yugo del absolutismo feudal” (*Manifiesto Comunista*). ¿De qué modo? A través de la parcial eliminación formal o del relajamiento efectivo de las cadenas gremiales, a través de la paulatina transformación de la administración, las finanzas y la defensa, en el volumen estrictamente necesario.

Pero si se trata la cuestión desde un punto de vista abstracto, y no histórico, cabe al menos pensar una transición legal y reformista desde la sociedad feudal a la burguesa, en vista de las relaciones de clase precedentes. Pero ¿qué vemos, de hecho? Que tampoco en esa transición consiguieron las reformas legales tornar superflua la conquista del poder político por la burguesía, sino, inversamente, para prepararla y ejecutarla. Tanto para la abolición de la servidumbre como para la eliminación del feudalismo fue imprescindible una directa transformación político-social.

Las cosas son muy distintas en la actualidad. No es la ley, sino la miseria y la carencia de medios de producción lo que obligan al proletario a someterse al yugo del capital. Y no hay ley en el mundo que, en el marco de la sociedad burguesa, pueda darle al proletariado por decreto esos medios de producción, porque no fue la ley la que lo privó de ellos, sino el desarrollo económico.

Además, tampoco la explotación dentro de la relación salarial se basa en leyes, puesto que el nivel de los salarios no se decide vías legales, sino a través de factores económicos. Y el hecho mismo de la explotación no se basa en una determinación jurídica, sino en el hecho puramente económico de que la fuerza de trabajo aparece como una mercancía que, entre otras cosas, posee la agradable peculiaridad de producir valor, y sin duda *más* valor del que él mismo consume. En una palabra, todas las relaciones fundamentales que sustentan la dominación de clase capitalista no pueden transformarse por medio de reformas legales sobre base burguesa, porque ni fueron introducidas mediante leyes burguesas, ni han recibido su forma a través de tales leyes. Bernstein no sabe esto cuando planea una “reforma socialista”, pero lo que no sabe no deja de decirlo implícitamente en la página 10 de su libro, cuando escribe que “el motivo económico se muestra hoy abiertamente, mientras que antes aparecía enmascarado a través de relaciones de dominación e ideologías de toda clase”.

Pero aún hay otra cosa. La otra particularidad del orden capitalista es que, en él, todos los elementos de la sociedad futura en su evolución asumen inicialmente una forma en que no se aproximan al socialismo, sino que se alejan de él. Se expresa de manera cada vez más acentuada el carácter social de la producción. Pero ¿bajo qué forma? La de la sociedad por acciones, la estatización, el cártel, en que los antagonismos del capitalismo, la explotación y la opresión de la clase trabajadora son intensificados al máximo.

En materia de defensa, el desarrollo apunta hacia la expansión del servicio militar obligatorio y la reducción del tiempo de servicio, es decir, desde un punto de vista material, hacia una aproximación al ejército popular, pero bajo la forma del

militarismo moderno, donde la dominación del pueblo por parte del Estado militar pone al descubierto, del modo más crudo posible, el carácter de clase del Estado.

En cuanto a las condiciones políticas, el desarrollo de la democracia conduce, en la medida en que encuentra un terreno propicio, a la participación de todas las capas populares en la vida política, es decir, en cierto modo, al “Estado popular”. Pero esta participación adopta la forma del parlamentarismo burgués, donde los antagonismos y la dominación de clase no son suprimidos, sino que se desarrollan y ponen de manifiesto. Dado que todo el desarrollo capitalista se mueve, pues, en contradicciones, para poder extraer la semilla de la sociedad socialista de la cáscara capitalista antagónica, son necesarios, también por esta razón, la conquista del poder político por parte del proletariado y la plena eliminación del sistema capitalista.

Por supuesto, las conclusiones de Bernstein son otras. Si el desarrollo de la democracia lleva a la agudización de las contradicciones capitalistas, y no a su debilitamiento, entonces, nos responde, “la socialdemocracia, para no hacerse más ardua su tarea, tendría que esforzarse por hacer fracasar las reformas sociales y la extensión de las instituciones democráticas, en la medida de lo posible” (p. 71). Ciertamente, esto sería lo correcto si la socialdemocracia, conforme al modelo pequeñoburgués, encontrara placer en la ociosa tarea de elegir todos los lados buenos de la historia y eliminar los malos. Pero entonces también tendría que “esforzarse por hacer fracasar” el capitalismo, porque este es, sin duda alguna, el principal malvado que obstaculiza el camino del socialismo. En realidad, el capitalismo ofrece, además de los *obstáculos* —y al mismo tiempo que estos—, las únicas *posibilidades* de realizar el programa socialista. Lo mismo vale plenamente para la democracia.

Si para la burguesía la democracia ha llegado a ser en parte innecesaria, en parte molesta, precisamente por eso mismo es necesaria e imprescindible para el proletariado. En primer lugar, es necesaria porque crea formas políticas (autoadministración, sufragio, etc.) que pueden servirle como gérmenes y puntos de apoyo en su transformación de la sociedad burguesa. En segundo lugar, es imprescindible porque solo a través de

ella, a través de la lucha por la democracia y del ejercicio de sus derechos puede el proletariado llegar a ser consciente de sus intereses de clase y de sus tareas históricas.

En una palabra, la democracia es imprescindible, no porque vuelva *superflua* la conquista del poder político por parte del proletariado, sino, a la inversa, porque convierte esa conquista del poder tanto en una *necesidad* como en una *posibilidad*. Cuando Engels, en su prólogo a *Las luchas de clases en Francia*, revisó la táctica del movimiento obrero actual y opuso a las barricadas la lucha legal, no se ocupaba —*tal como se desprende de cada línea de dicho prólogo*— de la conquista definitiva del poder político, sino de la lucha cotidiana actual; no del comportamiento del proletariado *frente* al Estado capitalista en el momento de la conquista del poder, sino de su comportamiento en el *marco* del Estado capitalista. En pocas palabras, Engels estaba dando directrices al proletariado *dominado*, no al triunfante.

Por el contrario, la famosa sentencia de Marx sobre la cuestión de la tierra en Inglaterra, que invoca asimismo Bernstein —“probablemente lo más barato sería indemnizar a los terratenientes”—,⁴⁶ no se refiere al comportamiento del proletariado *antes* de la victoria, sino *después* de ella. Pues únicamente cabe hablar de “indemnizar” a la vieja clase dominante cuando la clase obrera conduce el timón. Lo que Marx mencionaba aquí como algo posible es el *ejercicio pacífico de la dictadura del proletariado*, y no la sustitución de la dictadura por reformas sociales de carácter capitalista.

La propia necesidad de la conquista del poder político por parte del proletariado estuvo todo el tiempo fuera de toda duda para Marx y Engels. Quedó reservado para Bernstein el honor de considerar la alharaca del parlamentarismo burgués como el órgano llamado a realizar la revolución más violenta en la historia universal: hacer pasar la sociedad de las formas *capitalistas* a la *socialista*.

¡Pero Bernstein empieza su teoría solo despertando el temor y advirtiendo ante la posibilidad de que el proletariado tome

46 Citado por Engels en *El problema campesino en Francia y Alemania*.

el timón *demasiado pronto!* De suceder esto, el proletariado, según Bernstein, habría de dejar las condiciones de la sociedad burguesa como están y, en consecuencia, de sufrir una derrota terrible. Lo que se hace ante todo visible en este empeño en atemorizar es que, en el caso de que el proletariado sea conducido por las circunstancias a tomar el timón, solo contaría con una indicación “práctica”: echarse a dormir. De este modo se conduce sin más como una concepción que condena al proletariado, en los casos más importantes de la lucha, a la inactividad, es decir, a la traición pasiva a la propia causa.

Nuestro programa sería solamente un miserable pedazo de papel si no nos sirviera para *todas* las eventualidades y en *todos* los momentos de la lucha, y por cierto que *a través de su ejercicio*, y no de su no ejercicio. ¡En efecto! Si nuestro programa contiene la formulación del desarrollo histórico de la sociedad desde el capitalismo al socialismo, también debe formular, evidentemente, todas las fases transicionales de ese desarrollo, debe contener estas en lo fundamental, y consecuentemente tiene que poder indicar al proletariado, en todo momento, el comportamiento correspondiente, en el sentido de una aproximación al socialismo. De esto se sigue que para el proletariado no puede haber ningún instante en que se vea obligado a abandonar su programa, o en que este lo abandone a aquel.

En la práctica, todo esto quiere decir que no puede haber ninguna ocasión en que el proletariado, habiendo asumido el timón por el curso de las cosas, no esté en condiciones o no esté obligado a tomar ciertas medidas para la realización de su programa, o sea, medidas de transición en dirección al socialismo. Detrás de la afirmación según la cual el programa socialista podría eludir, en algún instante, la dominación política, y no podría ofrecer indicaciones para su realización, se esconde la otra afirmación: *el programa socialista es, en general y en todo momento, irrealizable.*

¿Y si las medidas de transición son prematuras? Esta cuestión encierra toda una maraña de malentendidos en relación con el curso real de las transformaciones sociales.

La conquista del poder estatal por el proletariado, es decir, por una amplia clase popular, no puede ser provocada artificialmente. Presupone un cierto grado de madurez de las relaciones económico-políticas, a excepción de casos como el de la Comuna de París, donde el proletariado no se hizo con el poder como resultado de una lucha consciente de su finalidad, sino que excepcionalmente cayó en su regazo como un bien sin dueño, que fue abandonado por todos los demás. Aquí reside la diferencia fundamental entre los golpes de Estado blanquistas de una “minoría decidida”, que se disparan en cualquier momento como por una pistola, y que por tanto siempre llegan a destiempo, y la conquista del poder político por una gran masa popular dotada de conciencia de clase; conquista que solamente puede ser el resultado del incipiente colapso de la sociedad burguesa y que, por ello, lleva en sí misma la legitimación económico-política de su aparición oportuna.

Ahora bien, si, desde el punto de vista de las *condiciones* sociales, la conquista del poder político por la clase obrera no puede producirse nunca “demasiado pronto”, en cambio, desde el punto de vista del efecto político, es decir, de la conservación de ese poder, sí ha de tener lugar necesariamente “demasiado pronto”. La revolución prematura, que no deja dormir a Bernstein, nos amenaza como una espada de Damocles, y frente a ella no valen ruegos ni súplicas, miedos ni advertencias. Y esto por dos motivos.

En primer lugar, es impensable que una revolución tan violenta como la transición de la sociedad desde el orden capitalista al socialista se produzca súbitamente, a partir de un golpe exitoso del proletariado. Presuponer que esto es posible revela, a su vez, una concepción genuinamente blanquista. La transformación socialista presupone una lucha larga y tenaz, en la que muy probablemente el proletariado habrá de retroceder más de una vez, de modo que, desde el punto de vista del resultado final de toda la lucha, la primera vez que tome el timón lo hará necesariamente “demasiado pronto”.

En segundo lugar, la conquista “prematura” del poder estatal por parte del proletariado no puede ser evitada, porque esos ataques “prematuros” del proletariado precisamente son un

factor, y uno de los más importantes, para crear las condiciones *políticas* de la victoria definitiva. En el curso de la crisis política que acompañará su conquista del poder, en el fuego de luchas prolongadas e intensas, el proletariado alcanzará el grado de madurez política que lo capacitará para la victoria definitiva en la revolución. Así pues, tales ataques “prematurados” al poder político del Estado por parte del proletariado son en sí mismos un importante factor histórico que ayuda a determinar el *momento* de la victoria definitiva. Desde este punto de vista, el concepto de una conquista prematura del poder político por parte de la clase trabajadora aparece como un absurdo político, derivado de una concepción mecánica del desarrollo de la sociedad, que establece, para la victoria del proletariado, un punto fijado al *exterior* de la lucha de clases e *independiente* de ella.

Por tanto, dado que el proletariado solo está en condiciones de conquistar el poder del Estado “demasiado pronto” o, en otras palabras, dado que tiene que conquistar necesariamente dicho poder alguna vez “demasiado pronto” antes de poder conquistarlo definitivamente, la oposición a una conquista prematura del poder no es más que la *oposición a la aspiración del proletariado a apoderarse del poder estatal*.

Así que, al igual que todos los caminos llevan a Roma, también desde esta perspectiva de la teoría de Bernstein llegamos a la conclusión de que la propuesta revisionista de abandonar el fin *último* socialista desemboca en realidad en la propuesta de abandonar todo el *movimiento*; [llegamos a la conclusión de que su consejo a la socialdemocracia de “echarse a dormir” en caso de conquistar el poder político, es idéntico al de *echarse a dormir ahora mismo*, es decir, de renunciar a la lucha de clases].⁴⁷

IV. El colapso

Bernstein comenzó su revisión del programa socialdemócrata con la renuncia a la teoría del colapso del capitalismo. Pero, dado que el colapso de la sociedad burguesa es una piedra

⁴⁷ Omitido en la segunda edición.

angular del socialismo científico, la renuncia a ella tenía que producir lógicamente en Bernstein el colapso de toda la concepción socialista. En el curso del debate, a fin de mantener su primera afirmación, sacrifica, una tras otra, todas las posiciones del socialismo.

Sin colapso del capitalismo, la expropiación de la clase capitalista es imposible. Por lo tanto, Bernstein renuncia a la expropiación y propone como fin del movimiento obrero una implantación paulatina del “principio cooperativista”.

Pero como el cooperativismo no puede ser implantado en medio de la producción capitalista, Bernstein renuncia a la socialización de la producción, y arriba a la reforma del comercio y a las uniones de consumo.

Pero la transformación de la sociedad por medio de las uniones de consumo, aunque sea con los sindicatos, no es compatible con el desarrollo material concreto de la sociedad capitalista, y Bernstein renuncia a la concepción materialista de la historia.

Pero su concepción del curso del desarrollo económico no es compatible con la ley marxista de la plusvalía, y Bernstein renuncia a la ley de la plusvalía y a la ley del valor, y con ello a toda la teoría económica de Karl Marx.

Pero la lucha de clases proletaria no puede desarrollarse “sin un fin último determinado y sin una base económica en la sociedad contemporánea”, y Bernstein renuncia a la lucha de clases y anuncia la reconciliación con el liberalismo burgués.

Pero en una sociedad de clases, la lucha de clases es un fenómeno totalmente natural, inevitable, y Bernstein, consecuentemente, niega incluso la existencia de las clases en nuestra sociedad: para él, la clase obrera no es más que un montón de individuos atomizados, no solo en los planos político e intelectual, sino también en el económico. Y tampoco la burguesía, según Bernstein, se mantiene políticamente cohesionada a través de intereses económicos internos, sino solamente por la presión externa, desde arriba o desde abajo.

Pero si no hay base económica para la lucha de clases y, en el fondo, tampoco hay clases, no solo la lucha futura del proletariado contra la burguesía, sino también la precedente, resultan imposibles, y la propia socialdemocracia y sus éxitos se tornan

inconcebibles. O solo pueden ser concebidos como resultado de la presión política del gobierno, es decir, no como resultado de las leyes del desarrollo histórico, sino como producto contingente de la política de los Hohenzollern;⁴⁸ no como hijo legítimo de la sociedad capitalista, sino como bastardo de la reacción. De este modo, con una lógica implacable, Bernstein pasa de la concepción materialista de la historia al punto de vista de la *Frankfurter Zeitung*⁴⁹ y la *Vossische Zeitung*.

Una vez que se ha renegado de toda la crítica socialista a la sociedad capitalista, lo único que queda es encontrar que, en líneas generales, lo existente es satisfactorio. Tampoco esto hace vacilar a Bernstein, que no encuentra que sea tan fuerte la reacción en Alemania, y para quien “en los países de Europa occidental no es muy visible la reacción política; en casi todos los países occidentales, la actitud de las clases burguesas con respecto al movimiento socialista es, a lo sumo, una actitud defensiva, y no de opresión” (*Vorwärts*, 26 de marzo de 1899). La situación de los trabajadores, lejos de empeorar, mejora cada vez más; la burguesía es políticamente progresista y hasta moralmente sana; no se ve que haya reacción ni opresión... todo va a mejor en este mundo, que es el mejor de los posibles.

Y así, en lógica secuencia, Bernstein desciende de la A a la Z. Había comenzando por la renuncia al *fin último* en función del movimiento. Pero como no puede existir movimiento socialdemócrata sin un fin último socialista, Bernstein acaba renunciando necesariamente al *movimiento* mismo.

De este modo ha colapsado toda la concepción del socialismo que posee Bernstein. El firme, simétrico, prodigioso edificio del sistema marxiano queda reducido por Bernstein a un enorme montón de escombros en el que fragmentos de todos los sistemas, piezas del pensamiento de los espíritus grandes y pequeños encuentran una fosa común. Marx y Proudhon, Leo von Buch y Franz Oppenheimer, Friedrich Albert Lange y Kant, el

48 Familia de gobernantes alemanes. Gobernó Prusia primero, y Alemania, después, hasta la Primera Guerra Mundial.

49 *Frankfurter Zeitung*. Diario de los financieros alemanes. Órgano de los monopolios de 1856 a 1943. Desde 1949 se llama *Frankfurter Allgemeine Zeitung*.

señor Prokopovitch y el doctor Ritter von Neupauer, Herkner y Schulze-Gävernitz, Lassalle y el profesor Julius Wolf,⁵⁰ todos han contribuido con su óbolo al sistema de Bernstein y este ha aprendido algo de todos. ¡No es de extrañar! Al abandonar el punto de vista de clase, ha perdido la brújula política; al abandonar el socialismo científico, ha perdido el eje de cristalización intelectual en torno al cual organizar los hechos individuales en el todo orgánico de una visión del mundo consecuente.

A primera vista, su doctrina, compuesta indistintamente a partir de pedazos de todos los sistemas posibles, parece carecer por completo de prejuicios. Bernstein no quiere saber nada de una “ciencia de partido” o, más correctamente, de una ciencia de clase, así como tampoco de un liberalismo o una moral de clase. Cree defender una ciencia universalmente humana, abstracta, un liberalismo abstracto, una moral abstracta. Pero como la sociedad real se compone de clases que tienen intereses, aspiraciones y concepciones diametralmente opuestos, por el momento resulta ser fantasía, un autoengaño, hablar de una ciencia universalmente humana de las cuestiones sociales, de un liberalismo abstracto, de una moral abstracta. La ciencia, la democracia y la moral que Bernstein cree universalmente humanas no son más que la ciencia, la democracia y la moral dominantes, es decir, la ciencia, la democracia y la moral burguesas.

¡En efecto! Al renegar del sistema económico marxiano para jurar lealtad a las teorías de Brentano, Bähm-Jevons, Say,⁵¹ Julius Wolf, ¿qué hace sino cambiar el fundamento científico de la emancipación de la clase obrera por la apología de la burguesía? Y cuando habla del carácter universalmente humano

50 Pierre-Joseph Proudhon (1809-1865), ideólogo francés, uno de los fundadores del anarquismo. Criticaba, desde posiciones pequeñoburguesas, la gran propiedad capitalista. En su obra *Miseria de la filosofía*, Marx rebatió sus tesis. Leopold von Buch, economista alemán. Friedrich Albert Lange (1825-1885), filósofo defensor de algunas tesis del socialismo utópico. Immanuel Kant (1724-1804), filósofo idealista alemán. Heinrich Herkner (1863-1932), uno de los “socialistas de cátedra” (ver Nota 17). Hermann von Schulze-Gavernitz (1824-1888), economista alemán. Julius Wolf, economista alemán y “socialista de cátedra”.

51 León Say (1826-1896). Economista francés, defensor del librecambio y feroz adversario del socialismo.

del liberalismo y convierte el socialismo en una variedad de este, ¿qué hace sino quitarle al socialismo su carácter de clase, y así pues su contenido histórico, o sea, todo su contenido, y de ese modo, inversamente, convierte a la burguesía, el agente histórico del liberalismo, en defensora de los intereses universalmente humanos?

Y cuando Bernstein habla en contra de “la elevación de los factores materiales a la condición de fuerzas todopoderosas del desarrollo”, y cuando despotrica contra “el menosprecio del ideal” por parte de la socialdemocracia, y cuando exalta el idealismo, la moral, pero al mismo tiempo se pronuncia contra la única fuente del renacimiento moral del proletariado, la lucha de clases revolucionaria, ¿qué otra cosa hace, en el fondo, sino predicar a la clase obrera la quintaesencia de la moral burguesa: la reconciliación con el orden vigente y la transposición de todas las esperanzas al más allá del mundo de las representaciones éticas?

Por último, al dirigir sus dardos más afilados contra la dialéctica, ¿qué hace sino combatir el pensamiento específico del proletariado en ascenso y dotado de conciencia de clase? ¡Al combatir contra la espada que ha ayudado al proletariado a desgarrar las tinieblas de su porvenir histórico, al mellar el arma intelectual con cuya ayuda el proletariado, aun materialmente bajo el yugo burgués, vence a la burguesía, al demostrarle su carácter transitorio y probarle lo inevitable de su victoria, ha consumado ya la revolución en el reino del pensamiento! Despidiéndose de la dialéctica y montándose en el columpio intelectual del “por un lado... por el otro”, “sin duda, pero”, “aunque... sin embargo”, “más o menos”, Bernstein cae muy consecuentemente en el modo de pensamiento históricamente condicionado de la burguesía en decadencia; un modo de pensamiento que es el fiel reflejo intelectual de su existencia social y su actuación política (Caprivi-Hohenlohe, Berlepsch-Posadowsky, decretos de febrero-proyectos penitenciarios).⁵² El “por un lado... por el

⁵² Leo von Caprivi (1831-1899), político alemán que sucedió a Bismarck como canciller en 1890 y fue destituido cuatro años más tarde; suprimió las leyes antisocialistas. Chlodwig Hohenlohe (1819-1901), sucesor a su vez de Caprivi en la cancillería. Hans Hermann von Berlepsch (1843-1926), gobernador de Koblenz durante la huelga de 1889, discrepó con

otro”, “si... pero” de la burguesía contemporánea presentan el mismo aspecto que el modo de pensar de Bernstein, y el modo de pensar de este es la prueba más refinada y segura de la naturaleza burguesa de su visión del mundo.

Pero, para Bernstein, el término “burgués” ya no es una expresión de clase, sino un concepto social general. Esto significa que, consecuente hasta el último detalle, junto con la ciencia, la moral y el modo de pensar, Bernstein también ha cambiado el lenguaje histórico del proletariado por el de la burguesía. En la medida en que, al hablar de burgués [*bürger*] alude indistintamente al integrante de la clase burguesa [*bourgeois*] y al proletario, es decir, al ser humano en general, de hecho tal hombre en general se ha tornado para él idéntico al burgués, y la sociedad humana se ha vuelto idéntica a la burguesa.

[Si al comienzo de la controversia alguien todavía pensaba que era posible convencer a Bernstein, recuperarlo para el movimiento mediante argumentos tomados del arsenal científico de la social-democracia, debe abandonar enteramente esa esperanza. Porque para ambas partes las mismas palabras han dejado de referirse a los mismos conceptos, y estos conceptos han dejado de expresar los mismos hechos sociales. La discusión con Bernstein se ha convertido en un enfrentamiento entre dos visiones del mundo, dos clases, dos formas de sociedad. Bernstein y la socialdemocracia se encuentran hoy en terrenos totalmente distintos.]⁵³

V. El oportunismo en la teoría y en la práctica

El libro de Bernstein posee la mayor importancia histórica para el movimiento obrero alemán e internacional: fue el primer intento de dotar de un fundamento teórico a las corrientes oportunistas en el partido.

la política de Bismarck; posteriormente fue ministro. Conde Posadowsky (1845-1932), ministro de Interior en la era posterior a Bismarck, impulsó la legislación laboral sobre vejez, enfermedad, invalidez, etcétera.

53 Omitido en la segunda edición.

Si consideramos sus manifestaciones esporádicas, como el conocido caso de la subvención a las navieras mercantes,⁵⁴ se podría decir que las corrientes oportunistas datan de hace bastante tiempo. Solo que una tendencia unitaria y expresa en este sentido se remonta a los inicios de la década de 1890, tras la abolición de la ley antisocialista y la recuperación de la base legal. El socialismo de Estado de Vollmar,⁵⁵ la votación del presupuesto en Baviera,⁵⁶ el socialismo agrario de Alemania meridional,⁵⁷ las propuestas de compensación de Heine⁵⁸ y, por último, el punto de vista de Schippel sobre la política aduanera y militar⁵⁹ son jalones en el desarrollo de la práctica oportunista.

¿Qué es lo que caracteriza a estas prácticas oportunistas? La hostilidad hacia “la teoría”. Esto es completamente natural, puesto que nuestra “teoría” —es decir, los fundamentos del

54 Referencia al apoyo, en 1885, del grupo parlamentario socialdemócrata a la propuesta de Bismarck de subvencionar con 5 millones de marcos las líneas de vapores, especialmente las que unían Alemania con sus colonias. La justificación fue completamente reformista y más tarde sirvió para la defensa del imperialismo.

55 Georg von Vollmar (1850-1922). Inicialmente en la izquierda del partido, giró a la derecha tras la derogación, en 1890, de las leyes antisocialistas. En los congresos de 1891 a 1895 encabezó la fracción reformista, apoyándose especialmente en las organizaciones de los Estados de la Alemania meridional (Baviera, Württemberg, Badén y Hessen). Defendió la posibilidad de un Estado por encima de las clases y fue árbitro en las disputas entre capital y trabajo.

56 Los socialdemócratas bávaros dieron su aprobación al presupuesto del gobierno de su Estado tras la abolición de la legislación antisocialista, en contra de la política habitual del partido.

57 Referencia irónica a los que rechazaban la propuesta de nacionalización del suelo. Por el escaso desarrollo industrial del sur de Alemania, la lucha de clases no era tan aguda allí como en otras partes del país. El oportunismo de los dirigentes socialdemócratas de dichos Estados les llevaba a ignorar los principios del partido, si con ello favorecían sus intereses electorales.

58 Wolfgang Heine formuló una propuesta de concesiones a la política bélica del gobierno a cambio de concesiones en los derechos democráticos.

59 En el congreso de Stuttgart, celebrado en octubre de 1898, Schippel preconizó la aprobación de la política proteccionista del gobierno, con el argumento de que protegería a los obreros alemanes de la competencia de la industria extranjera.

socialismo científico— establece límites muy definidos para la actividad práctica, tanto con respecto a los fines buscados como a los *medios* de lucha a aplicar, y también con respecto al *modo* de luchar. Por eso es natural que en todos aquellos que únicamente buscan resultados “prácticos” se manifieste la aspiración a tener las manos libres, o sea, a separar nuestra práctica de la “teoría”, a hacer que aquella sea independiente de esta.

Pero la misma teoría les golpea las cabezas en cada tentativa práctica: el socialismo de Estado, el socialismo agrario, la política de compensación o la cuestión militar son otras tantas derrotas para el oportunismo. Es evidente que si esta corriente quería afirmarse contra nuestras leyes fundamentales, debía proceder consecuentemente atreviéndose con la teoría misma, con los fundamentos, en lugar de ignorarlos; debía tratar de sacudirlos y de establecer una teoría propia. La teoría de Bernstein fue un intento en este sentido, y por eso vimos que todos los elementos oportunistas se agruparon en torno a su bandera en el congreso de Stuttgart. Si, por un lado, las corrientes oportunistas en la práctica son un fenómeno completamente natural, comprensible a partir de las condiciones de nuestra lucha y su crecimiento; por otro lado, la teoría de Bernstein es un intento no menos obvio de aglutinar estas corrientes en una expresión teórica general; es un intento de establecer sus propios presupuestos teóricos y de liquidar al socialismo científico. En consecuencia, la teoría de Bernstein ha sido, desde el vamos, el bautismo de fuego del oportunismo, su primera legitimación científica.

¿Qué resultado ha producido este intento? Como hemos visto, el oportunismo no está en condiciones de elaborar una teoría positiva capaz de resistir medianamente a la crítica. Todo lo que puede hacer es atacar aisladamente algunas de las tesis de la doctrina marxiana, y en última instancia, dado que esta doctrina constituye un edificio sólidamente construido, destruir todo el sistema, desde la azotea hasta los cimientos. Con esto se demuestra que, en su esencia, en sus fundamentos, la práctica oportunista es incompatible con el sistema de Marx.

Pero con ello se prueba también que el oportunismo es incompatible asimismo con el socialismo, ya que su tendencia inherente apunta a desviar el movimiento obrero hacia caminos burgueses, es decir, a paralizar por completo la lucha de clases proletaria. Por cierto que, desde un punto de vista histórico, la lucha de clases proletaria no es idéntica a la teoría marxiana. Antes de Marx, e independientemente de él, también hubo un movimiento obrero y diversos sistemas socialistas, que eran, cada uno a su manera, una expresión teórica de las aspiraciones emancipadoras de la clase obrera plenamente acordes con las circunstancias históricas. La fundamentación del socialismo a partir de conceptos morales de justicia, la lucha contra el modo de distribución en lugar de contra el modo de producción, la concepción de los antagonismos de clase como antagonismo entre pobre y rico, la aspiración de injertar el “principio cooperativista” en la economía capitalista, todo esto que encontramos en el sistema de Bernstein ya existió con anterioridad. Y esas teorías, a pesar de sus insuficiencias, fueron en su época auténticas teorías de la lucha de clases proletaria; fueron los gigantescos escarpines con los que el proletariado aprendió a caminar en el escenario de la historia.

Pero una vez que el desarrollo de la propia lucha de clases y de sus condiciones sociales llevó al abandono de esas teorías y a la formulación de los fundamentos del socialismo científico, ya no puede haber —al menos en Alemania— más socialismo que el marxiano; ni puede haber otra lucha de clases socialista que la socialdemócrata. De ahora en adelante, socialismo y marxismo, lucha de emancipación proletaria y socialdemocracia, son idénticos. El retorno a teorías socialistas premarxianas ya no significa, pues, una vuelta a los gigantescos escarpines del proletariado, sino a las diminutas y gastadas pantuflas de la burguesía.

La teoría de Bernstein fue el *primer*, pero también el *último* intento de proporcionar un fundamento teórico al oportunismo. Y decimos el último porque, con el sistema de Bernstein, el oportunismo ha llegado, tanto en lo negativo (al renegar del socialismo científico) como en lo positivo (al conjugar toda

la confusión teórica disponible), tan lejos que ya no le queda nada por hacer. Con el libro de Bernstein, el oportunismo ha completado su desarrollo llegando a las últimas consecuencias en la teoría [al igual que lo hizo en la práctica con la posición de Schippel frente a la cuestión del militarismo].⁶⁰

La teoría de Marx no solo está en condiciones de refutar teóricamente el oportunismo, sino que es la única capaz de explicarlo como una manifestación histórica en el proceso de desarrollo del partido. El avance del proletariado en la historia universal hasta su victoria no es, de hecho, “un asunto tan sencillo”. Toda la particularidad de este movimiento reside en que, por primera vez en la historia, las masas populares imponen su voluntad por sí mismas y en contra de las clases dominantes, aunque es verdad que tienen que realizar esa voluntad más allá de la actual sociedad, más allá de sí mismas. Pero las masas solo pueden realizar esa voluntad, a su vez, solo en una lucha continua contra el orden vigente, solo en el marco de este. La unión de las amplias masas populares con un fin que va más allá de todo el orden vigente, la unión de la lucha cotidiana con la gran transformación mundial es la principal tarea del movimiento socialdemócrata, que tiene que avanzar entre dos peligros: entre la renuncia al carácter de masas y la renuncia al fin último, entre la regresión a la secta y la degeneración en un movimiento burgués reformista, entre el anarquismo y el oportunismo.

Hace ya medio siglo que el arsenal teórico de la doctrina de Marx ha proporcionado armas devastadoras contra ambos extremos. Pero, dado que nuestro movimiento es un movimiento de masas y que los peligros que lo amenazan no provienen de las cabezas humanas, sino de las condiciones sociales, la teoría marxista no puede protegernos, de una vez y para siempre, contra las desviaciones anarquistas y oportunistas. Estas, una vez que se han encarnado en la práctica, solo pueden ser vencidas por el propio movimiento y gracias a las armas proporcionadas por Marx. La socialdemocracia ya superó el peligro menor, el sarampión infantil anarquista, con el “movimiento de los inde-

60 Omitido en la segunda edición.

pendientes”;⁶¹ el peligro mayor, la hidropesía oportunista, es lo que está superando ahora.

En vista de la enorme expansión del movimiento en los últimos años, en vista de la complejidad de las condiciones en que se lleva a cabo la lucha y de las metas que esta se propone, tenía que llegar el instante en que dentro del movimiento surgieran el escepticismo acerca de la posibilidad de alcanzar los grandes fines últimos y la vacilación respecto del elemento ideal del movimiento. Así, y no de otro modo, puede y debe discurrir el gran movimiento proletario; y el instante de la vacilación, del temor, lejos de constituir sorpresa alguna para la doctrina de Marx, fue previsto y presagiado ya por este hace mucho tiempo. Escribió Marx hace más de medio siglo:⁶²

Las revoluciones burguesas, como las del siglo XVIII, corren más rápidamente de un éxito a otro, sus efectos dramáticos se perfeccionan, los hombres y las cosas parecen rodeados de fuegos de artificio, el éxtasis es el espíritu de cada día; pero esas revoluciones son efímeras; en poco tiempo alcanzan su punto culminante, y una prolongada modorra domina a la sociedad, antes de que esta haya aprendido a apropiarse sobriamente de su período de ímpetu y tormenta.⁶³ Por el contrario, revoluciones proletarias como las del siglo XIX constantemente se someten a sí mismas a crítica, se interrumpen continuamente durante su mismo transcurso, regresan a lo que parecía consumado a fin de emprenderlo de nuevo, se burlan cruel y profundamente de las insuficiencias, debilidades y mezquindades de sus

61 Referencia a la corriente de los “Jóvenes”, o también “Movimiento Independiente”, que se enfrentó a la mayoría del partido en el congreso de Halle (octubre de 1890) por lo que entendían era un aburguesamiento del partido. Fueron expulsados al año siguiente en el congreso de Erfurt, y la mayoría de ellos evolucionó posteriormente hacia el reformismo.

62 Todo el pasaje que sigue pertenece al comienzo de *El 18 brumarioo de Luis Bonaparte* (N. del R.).

63 *Drang und Sturmperiode*. Alusión al Sturm und Drang, movimiento literario alemán de finales del siglo XVIII al que pertenecieron escritores y pensadores tales como Johann Gottfried Herder, el joven Goethe, Friedrich Maximilian Klingner y Jakob Michael Reinhold Lenz (N. del R.).

tentativas iniciales, parecen derribar a su enemigo solo a fin de que este absorba nuevas fuerzas de la tierra y vuelva a ponerse en pie aún más gigantesco ante ellas;⁶⁴ todo el tiempo vuelven a retroceder, aterradas, ante la indeterminada enormidad de sus propios fines, hasta que se encuentra creada la situación que torna imposible todo retorno, y las circunstancias mismas exclaman: *Hic Rhodus, hic salta!* ¡Aquí está la rosa, baila aquí!^{65,66}

Esto sigue siendo ley incluso después de haber sido edificada la teoría del socialismo científico. El movimiento proletario no se ha vuelto por ello súbitamente socialdemócrata, ni siquiera en Alemania; se va tornando socialdemócrata día a día, al tiempo y en la medida en que va superando las desviaciones extremas del anarquismo y el oportunismo, que no son más que fases del movimiento de la socialdemocracia entendida como *proceso*.

En vista de todo esto, lo sorprendente no es la aparición de una corriente oportunista, sino su debilidad. Mientras se manifestaba únicamente en casos aislados de la práctica del partido, se podía pensar que tenía detrás un fundamento teórico serio; pero ahora que ha encontrado plena expresión en el libro de Bernstein, todos preguntarán, sorprendidos: ¿Cómo?, ¿eso es todo lo que tienen que decir? ¡Ni rastros de un pensamiento nuevo! ¡Ni un solo pensamiento que el marxismo no haya refutado, aplastado, ridiculizado y reducido a la nada hace ya décadas!

64 Velada alusión al gigante mitológico Anteo —hijo de Poseidón y Gaia (la tierra)— que luchó con Hércules. En el transcurso de la pelea, cada vez que Hércules lo arrojaba al suelo, Anteo cobraba nuevas fuerzas gracias al contacto con la madre tierra. Entonces Hércules concibió la idea de mantenerlo suspendido y ahorcarlo, y de esa manera lo mató (N. del R.).

65 Referencia a la fábula de Esopo en que un fanfarrón presume de haber dado un salto gigantesco en Rodas y sus interlocutores, escépticos, le dicen: “Aquí está Rodas, salta aquí”. En otras palabras, demuestra con hechos lo que eres capaz de hacer.

66 “¡Aquí está la rosa, baila aquí!”, sustituto de la cita anterior (Pódos, palabra griega que significa “isla” y también “rosa”) empleado por Hegel en el prólogo de su Filosofía del derecho (*N. de la E.*).

Ha bastado con que hablara el oportunismo para demostrar que no tenía nada que decir. Y aquí reside la genuina importancia que para la historia de nuestro partido tiene el libro de Bernstein.

Y así, al despedirse del modo de pensar del proletariado revolucionario, de la dialéctica y de la concepción materialista de la historia, Bernstein debe agradecerles las circunstancias atenuantes que le han concedido a su conversión. Pues solo la dialéctica y la concepción materialista de la historia, con la magnanimidad que le es propia, permitieron que Bernstein apareciera como el instrumento elegido, pero inconsciente para que el proletariado en pleno avance manifestara un desconcierto momentáneo que, tras una consideración más reposada, arrojó lejos de sí con una sonrisa desdeñosa y sacudiendo sus rizos.

[Hemos dicho que el movimiento se torna socialdemócrata mientras y en la medida en que supera las desviaciones anarquistas y oportunistas que necesariamente surgen en su crecimiento. Pero superar no quiere decir dejarlo todo tranquilamente a la buena de Dios. *Superar la corriente oportunista actual significa rechazarla.*]

[Bernstein remata su libro con el consejo al partido de que se atreva a aparecer como lo que en realidad es: un partido reformista demócrata-socialista. A nuestro juicio, el partido, es decir, su órgano máximo, el congreso partidario, tendría que pagar este consejo con la misma moneda, sugiriendo a Bernstein que aparezca también expresamente como lo que es: un progresista demócrata pequeñoburgués.]⁶⁷

67 Omitido en la segunda edición.

Apéndice

Milicia y militarismo¹

I

De hecho, la cruzada *Isegrim-Schippel* contra el llamamiento a formar la milicia y a favor del militarismo tiene como base toda una consecuente cosmovisión sociopolítica.

El punto de vista general desde el que parte Schippel en su defensa del militarismo es la convicción de la necesidad de este sistema militar. Por medio de todos los argumentos posibles, de naturaleza técnico-bélica, social y económica, él demuestra que es indispensable la existencia de ejércitos regulares. Y no obs-

1 Los siguientes artículos aparecieron en el *Leipziger Volkszeitung* [Diario popular de Leipzig, nos. 42-44 y 47, de los días 20-22 y 25 de febrero de 1899], como refutación a Max Schippel y su artículo firmado junto con Isegrim: «War Friedrich Engels milizgläubig?» [«¿Creía Friedrich Engels en las milicias?»]; en los *Sozialistische Monatshefte* [Cuadernos socialistas mensuales] de noviembre de 1898, y en la respuesta a la réplica de Kautsky (Karl Kautsky: Friedrich Engels und das Milizsystem [Friedrich Engels y el sistema de milicias]), en *Die Neue Zeit* [El nuevo tiempo, Stuttgart, año 17, 1898-1899, t. I, pp. 335-342] al artículo de Isegrim en el periódico *Neue Zeit*, firmado con el propio nombre de Schippel: «Friedrich Engels und das Milizsystem» [Friedrich Engels y el sistema de milicias]. En *Neue Zeit*, 1898-1899, nos. 19 y 20. [El artículo de Isegrim que había suscitado el debate concluía, como es sabido, con estas palabras: Pero también para el partido será finalmente válido (en relación con la exigencia de la milicia) aquello de: «Fuera con la papilla —¡No la necesito! ¡No se forja una espada con cartón!». Para hacer comprensible el artículo IV, incluimos la precedente respuesta de Schippel que apareció en el mismo número del *Leipziger Volkszeitung*.]

tante, desde cierto punto de vista tiene razón. El ejército regular, el militarismo son realmente indispensables, pero ¿para quién? Para las actuales clases dominantes y los gobiernos actuales. ¿Qué otra cosa se desprende de ahí, sino que para el gobierno actual y las clases dominantes, desde su punto de vista clasista, pueda parecer un absurdo, una cosa imposible la supresión de los ejércitos regulares y la introducción de la milicia, es decir, del pueblo armado? Y cuando Schippel, por su parte, entiende igualmente la milicia como un absurdo y una cosa imposible, solo demuestra con esto que también él mismo está ubicado en el punto de vista burgués en la cuestión del militarismo, que la ve con los ojos del gobierno capitalista o de las clases burguesas. Esto también lo demuestran claramente todos sus otros argumentos particulares. Él afirma que el equipamiento de todos los ciudadanos con armas, un principio fundamental del sistema de milicias, sería imposible porque no tendríamos dinero para eso, «ya las tareas de la cultura sufren bastante». En este sentido, él parte simplemente de la *actual* economía financiera prusiano-alemana, que es diferente a la de Miquel,² por ejemplo, una convocatoria a la clase capitalista para que tribute en medida creciente, él tampoco puede imaginársela en el sistema de milicias.

Schippel tiene por indeseable la educación militar de la juventud, otro principio fundamental del sistema de milicias, porque los suboficiales como educadores militares ejercerían, según él, la más corruptora influencia sobre la juventud. Por supuesto, para ello parte del actual oficial de cuartel prusiano, y simplemente lo transfiere al imaginario sistema de milicias como educador de la juventud. Con esta manera de entender hace recordar vivamente al profesor Julius Wolf, quien ve una importante objeción contra el sistema social socialista en que

2 Segunda edición: esta. –En su reforma de los impuestos, Johannes von Miquel, ministro prusiano de finanzas desde 1890 hasta 1901, hizo del impuesto por los ingresos el punto central del sistema directo de impuestos, según el cual los ingresos hasta 900 marcos quedaban libres de impuestos, pero todos los que fueran mayores que esa cantidad podían ser gravados con impuestos hasta un máximo del 4 por ciento.

bajo la supremacía de éste ocurriría un incremento general de la tasa de interés, según su cálculo.

Schippel tiene por indispensable desde el punto de vista económico al actual militarismo, porque se supone que «descarga» a la sociedad de la presión económica. Kautsky ha hecho todo el esfuerzo imaginable para adivinar cómo puede haber pensado el socialdemócrata Schippel este «descargo» por el militarismo, y acompaña toda posible interpretación con las pertinentes refutaciones. Pero es evidente que Schippel no ha asumido la cuestión como socialdemócrata, ni desde el punto de vista del pueblo trabajador. Al hablar de «descargo», es obvio que pensaba en *el capital*. Y en eso claro que tiene razón: para el capital el militarismo es una de las más importantes formas de inversión, desde el punto de vista del capital el militarismo es por supuesto un *descargo*. Y que aquí Schippel habla como verdadero representante de los intereses del capital, se manifiesta ya en que ha hallado un garante idóneo en este punto.

«Por lo demás, señores míos», fue dicho en la sesión del Reichstag el 12 de enero de 1899, «es totalmente falso eso que dicen, que 2 mil millones en deudas del imperio corresponden solo a gastos improductivos, y que estos no son compensados de ningún modo por ingresos productivos. *¡Yo afirmo que no hay ninguna inversión más productiva que los gastos para el ejército!*»³ (Subrayado de R. L.) El cable anuncia además: «Regocijo a la izquierda». El orador era... *el barón von Stumm*.

Precisamente lo característico en todas las afirmaciones de Schippel no es tanto que sean *falsas* en sí, sino que tienen como base el punto de vista de la sociedad burguesa; por eso en Schippel, desde el punto de vista socialdemócrata, todo aparece de cabeza: el ejército regular como indispensable, el militarismo como económicamente saludable, la milicia como cosa no práctica, etc.

Llama la atención cómo el punto de vista de Schippel en la cuestión del militarismo coincide, en todo lo fundamental, con

3 *Stenographische Berichte über die Verhandlungen des Reichstag, X Legislaturperiode*, II. Session, 1898-1900 [Informes mecanográficos sobre las sesiones del Reichstag. X período de legislatura, II sesión, 1898-1900], primer tomo, Berlín, 1899, p. 204.

sus puntos de vista en cuanto a la otra cuestión más importante de la lucha política: la política de aranceles.

Ante todo, aquí como allá, el decidido rechazo a esta o aquella toma de posición ante la cuestión tenemos que relacionarlo con la democracia o la reacción. La afirmación de que el libre comercio sería⁴ idéntico al progreso, y la protección por aranceles idéntica a la reacción, según decía en el informe⁵ del congreso del partido en Stuttgart, sería falsa. Amplias y vastas memorias históricas deberían demostrar que se puede muy bien ser partidario del libre comercio y al mismo tiempo reaccionario, o al revés, se puede defender la protección por aranceles y⁶ ser vehemente amigo de la democracia. Casi con las mismas palabras escuchamos ahora:

Hay entusiastas de la milicia que atacan la actual vida profesional con infinitas molestias e interrupciones, y quieren implantar el espíritu de suboficiales incluso en los últimos grados escolares de nuestros muchachos y niños —*mucho peor que el actual militarismo*. Hay *enemigos* de la milicia que son enemigos mortales de la proliferación de mediaciones y exigencias militares en cualquiera de sus formas, y en ésta lo son totalmente.⁷

Partiendo del hecho de que los políticos *burgueses*, en esta como en todas las cuestiones, no toman ninguna posición *de principios*, de que ponen en práctica una política de ocasión, el socialdemócrata Schippel deduce también para sí el derecho y la necesidad de desconocer el núcleo internamente reaccionario del arancel de protección y del militarismo, y de igual modo la significación progresista del libre comercio y la milicia, es decir, igualmente el derecho y la necesidad de no asumir *ninguna posición de principios ante esas dos cuestiones*.

En segundo lugar, vemos aquí como allá, al mismo tiempo que la oposición contra males particulares de la política de aranceles proteccionistas y del militarismo, el decidido rechazo a combatir ambas manifestaciones como tales, en su totalidad. En

4 Segunda edición: fuera.

5 añadido: «schippeliano».

6 Segunda edición: se pudiera.

7 *Neue Zeit*, número 19, pp. 580-581.

la exposición de Schippel en Stuttgart oímos de la necesidad de luchar en particular contra aranceles excesivos, pero al mismo tiempo también la advertencia de «comprometerse», «atarse las manos», es decir, no combatir siempre y en todas partes el arancel proteccionista.⁸ Ahora oímos que Schippel acepta como válida la «lucha parlamentaria y agitadora contra *exigencias militares concretas*»⁹ (subrayado de R. L.), y sin embargo advierte contra el tomar «*puras contingencias exteriores y efectos secundarios muy accesorios*, aunque por supuesto también muy llamativos (del militarismo R. L.) en las demás esferas sociales, como si fuesen su esencia y su centro».¹⁰

Finalmente, en tercer lugar, y este es el fundamento de los dos puntos de vista anteriores: aquí como allá, la exclusiva subvaloración del fenómeno desde el punto de vista del desarrollo burgués anterior, es decir, del lado progresista históricamente condicionado, y la completa desatención del desarrollo que se tiene por delante, y también, en relación con esto, del lado reaccionario de los fenómenos analizados. El arancel proteccionista sigue siendo para Schippel aquello que era en tiempos del difunto Friedrich List, hace más de medio siglo: el gran progreso que superaba el desmembramiento económico interno de carácter medieval-feudal que aquejaba a Alemania. El hecho de que hoy ya el libre comercio general sea igualmente un paso necesario, mucho más allá de la delimitación económica interna, en la economía mundial que se ha unificado; que por ese motivo las barreras arancelarias nacionales hoy sean reaccionarias, eso no existe para Schippel.

Lo mismo en la cuestión del militarismo. Él aún lo sigue considerando desde el punto de vista del gran progreso que el ejército regular representó, a causa del servicio militar obligatorio general, comparado con los antiguos ejércitos reclutados y feudales. Pero en ese sentido el desarrollo queda estancado para Schippel: para él la historia no va más allá del ejército

8 Segunda edición: de no «comprometerse», no «atarse las manos», es decir, no combatir siempre y en todas partes el arancel proteccionista.

9 *Sozialistische Monatshefte*, Novemberheft [Cuaderno de noviembre], p. 495.

10 *Neue Zeit*, número 19, p. 581.

regular y la continuación del cumplimiento del servicio militar obligatorio general.

Pero, ¿qué significan estos puntos de vista característicos que Schippel asume tanto en la cuestión arancelaria como en la militar? Significan, en primer lugar, una *política de caso a caso* en lugar de una toma de posición de principios, y¹¹ en relación con esto, un combate solo contra *las excrecencias*¹² del sistema arancelario y del militar, en vez de un combate contra el propio *sistema*. Entonces, ¿qué otra cosa es esta política sino ese viejo conocido nuestro de los últimos tiempos en la historia del partido —el *oportunismo*?

En el abierto rechazo de Isegrim-Schippel al postulado de la milicia, uno de los puntos fundamentales de todo nuestro programa político, es otra vez la «política práctica» la que festeja sus triunfos, y desde el posicionamiento de la política partidista es ahí donde radica la verdadera significación de la actuación de Schippel. Solo en relación con esta tendencia en su totalidad, y desde el punto de vista de los fundamentos y consecuencias generales del oportunismo, es que se puede juzgar y valorar correctamente la más reciente manifestación socialdemócrata a favor del militarismo.

II

La característica esencial de la política oportunista es que siempre conduce consecuentemente a que los objetivos finales del movimiento, los intereses de la liberación de la clase obrera, sean sacrificados a los más próximos intereses de dicha política, ciertamente presuntuosos. Que este postulado se adecua¹³ a la política de Schippel hasta el punto sobre la i, se puede demostrar de manera patente con una de sus frases fundamentales en la cuestión del militarismo. El más importante motivo económico que nos obliga —según Schippel— a seguir atados al sistema

11 Segunda edición: añade «segundo».

12 Segunda edición: sin cursiva.

13 Segunda edición: se adecua exactamente.

del militarismo, es el «descargo» económico de la sociedad mediante ese sistema. Dejemos a un lado aquí que esa extraña afirmación ignora los más sencillos hechos económicos. Al contrario, para caracterizar esta forma de interpretación asumamos por un instante que esa afirmación disparatada es verdad, que la «sociedad» realmente es «descargada» de sus fuerzas productivas sobrantes por el militarismo.

¿Cómo puede aplicarse esta manifestación a la clase obrera? Evidentemente, de manera tal que ella se pueda deshacer de parte de su reserva —los que presionan por el salario—, mediante el mantenimiento del ejército regular, y mejorar así sus condiciones de trabajo. ¿Qué significa esto? Solo lo siguiente: con el fin de disminuir la oferta en el mercado de trabajo, para limitar la competencia, el obrero en primer lugar da una parte de su salario en forma de impuestos,¹⁴ para mantener a sus competidores como soldados; en segundo lugar, con esos competidores crea una herramienta mediante la cual el estado capitalista oprime cada uno de los movimientos de los obreros con fines de mejorar su situación (huelgas, coalición, etc.), y si viene al caso los ahogan en sangre, es decir, que puede fracasar ese mejoramiento de la situación del obrero para el que según Schippèl es necesario el militarismo. En tercer lugar, el obrero hace de esos competidores el pilar¹⁵ más seguro de la reacción,¹⁶ es decir, de su propia esclavización social.

En otras palabras: mediante el militarismo, el obrero evita en cierta medida una inmediata reducción de su salario, pero a cambio pierde en gran medida la posibilidad de luchar *permanentemente* por la elevación de su salario y el mejoramiento de su situación. Gana como vendedor de fuerza de trabajo, pero al mismo tiempo pierde la libertad política de movimientos como ciudadano para, en última instancia, perder también como vendedor de fuerza de trabajo. Elimina del mercado de trabajo a un competidor, para ver surgir a un guardián de su esclavitud asalariada, y evita una rebaja del salario para

14 Segunda edición: añade «indirectos».

15 Segunda edición: añade «político»

16 Segunda edición: añade «en el Estado»

enseguida ver disminuir las perspectivas de un mejoramiento permanente de su situación y las perspectivas de su definitiva liberación económica, política y social. Esa es la verdadera significación del «descargo» económico de la clase obrera mediante el militarismo. Aquí, como en todas las especulaciones de la política oportunista, vemos sacrificadas las grandes metas de la liberación a pequeños intereses prácticos del momento; intereses que además, cuando se les observa de cerca, resultan ficticios en esencia.

Pero se impone una pregunta: ¿cómo pudo Schippel llegar a la idea, que suena tan absurda, de calificar al militarismo como «descargo» también desde el punto de vista de la clase obrera? Recordemos el aspecto de la pregunta desde el punto de vista del capital. Hemos expuesto que el militarismo es para el capital la más gananciosa e indispensable forma de inversión. (¡De hecho!) Pero está claro que los mismos medios que llegan a manos del gobierno por tributación, y sirven para el mantenimiento del militarismo, si quedaran en manos de la población significarían una incrementada demanda de comestibles (y objetos de confort) o, si el Estado los aplicara en mayor escala a objetivos culturales, crearían igualmente una demanda equivalente de trabajo social. Está claro que de este modo el militarismo no es ningún descargo para la sociedad en su conjunto, en modo alguno. Solo se plantea de otro modo la cuestión desde el posicionamiento de la ganancia capitalista, desde el posicionamiento del empresario. Para el capitalista no es igual, en absoluto, si encuentra una determinada demanda de productos por parte de compradores privados dispersos o por parte del Estado. La demanda del Estado se caracteriza por una seguridad, masividad y favorable estructuración de los precios, casi siempre de tipo monopolista, que convierten al Estado en el más ventajoso comprador, y los suministros a él en el más brillante negocio para el capital.

Pero lo que especialmente se añade como ventaja de máxima importancia de los suministros militares en comparación, por ejemplo, con los gastos estatales para fines culturales (escuelas, caminos, etc.), son los incesantes cambios tecnológicos y el in-

cesante incremento de los gastos, de modo que el militarismo representa una fuente inagotable de ganancias capitalistas, y eleva el capital al nivel de un poder social como el que se enfrenta a los obreros, por ejemplo, en las empresas de Krupp y Stumm. El militarismo, que para la sociedad en su conjunto constituye un derroche de ingentes fuerzas productivas, completamente absurdo en el aspecto económico, que significa para la clase obrera un descenso de su nivel de vida económico¹⁷ que tiene como objeto de su esclavización social, para la *clase capitalista* constituye, en lo económico, la forma más brillante e insustituible de inversión, y en lo social¹⁸ y político el mejor apoyo de su dominio clasista. Cuando, partiendo de ahí, Schippel califica en breve a ese mismo militarismo como un «descargo» económico necesario, no solo está confundiendo evidentemente el posicionamiento de los *intereses sociales* con el de los *intereses del capital*, y de esa manera —como ya hemos dicho al comienzo— situándose en el punto de vista burgués, sino que, al suponer que toda ventaja económica del empresariado sería necesariamente también una ventaja para la clase obrera, está partiendo del principio *de la armonía de intereses entre capital y trabajo*.

Este, a su vez, es el mismo posicionamiento de Schippel del que ya habíamos sabido —en la cuestión arancelaria. También aquí, pretendiendo proteger de la corruptora competencia de la industria extranjera a los obreros *como productores*, Schippel se pronunciaba, en principio, a favor del arancel proteccionista. Aquí, exactamente igual que en el tema militar, él ve solo los intereses económicos inmediatos del obrero, y pasa por alto sus otros intereses sociales, relacionados con el progreso social general hacia el libre comercio o hacia la eliminación de los ejércitos regulares. Y aquí como allá, también toma como inmediato interés económico del obrero directamente¹⁹ aquello que es interés del capital, creyendo que todo lo que es una ventaja para el empresariado, lo es también para el obrero. El

17 Segunda edición: su posición económica en la vida.

18 Segunda edición: emplea *sozial* en vez de *gesellschaftlich* (ambas se traducen como *social*).

19 Segunda edición: sin más.

sacrificio de los objetivos finales del movimiento a los intereses prácticos desde el punto de vista de la armonía de intereses entre capital y trabajo esos dos principios están igualmente en relación armónica entre sí, y constituyen la característica esencial de todas las políticas oportunistas.

A primera vista puede sorprender que un promotor de esta política encuentre la posibilidad de remitirse a los creadores del programa socialdemócrata, y ya que su garante en la cuestión militar es el barón von Stumm, invoque como su garante en la misma cuestión —a Friedrich Engels. Es la comprensión de la necesidad histórica y el desarrollo histórico del militarismo lo que Schippel pretende tener en común con Engels. Esto solo demuestra una vez más que, como antaño ocurrió con la mal digerida dialéctica hegeliana, hoy la mal digerida concepción marxista de la historia conduce a las más terribles confusiones de la mente. Pero además se demuestra de nuevo que ambas cosas, el modo de pensar dialéctico en general y la filosofía materialista de la historia en particular, por revolucionarias que sean en su interpretación correcta, producen peligrosas consecuencias reaccionarias tan pronto como son erróneamente interpretadas. Si se leen las citas de Engels que usa Schippel, en especial las del *Anti-Dühring* sobre el desarrollo del sistema militar hacia su propia eliminación y hacia el ejército popular, a primera vista no queda claro dónde radica en realidad la diferencia entre la concepción de Schippel y la concepción partidista normal de la cuestión. Nosotros consideramos al militarismo, tal cual existe, como una floración²⁰ natural e inevitable del desarrollo social — Schippel también. Nosotros afirmamos que el militarismo en su desarrollo conduce al ejército popular— Schippel también. ¿Dónde está entonces la diferencia que pudo conducir a Schippel a su oposición reaccionaria contra la reivindicación de la milicia? Es muy sencillo: mientras que en el propio desarrollo interno del militarismo hacia la milicia nosotros vemos, con Engels, *solo las condiciones* para su eliminación, Schippel opina que el ejército popular del futuro también se desarrollaría por sí mismo, «de adentro hacia

20 Segunda edición: fruto.

afuera», desde el actual sistema militar. Mientras que nosotros, apoyados en estas condiciones materiales que nos ofrece el desarrollo objetivo —la propagación del servicio militar obligatorio y el acortamiento del tiempo de servicio—, queremos instaurar *mediante la lucha política* la realización del sistema de milicias, Schippel se abandona al desarrollo propio del militarismo con sus efectos concomitantes, y tilda a cualquier intervención consciente para la introducción de la milicia como fantasía y política de taberna.

Lo que de esa manera recibimos no es la concepción *engel-siana* de la historia, sino la *bersteiniana*. Como en Bernstein la economía capitalista, por sí misma y sin saltos, «se desarrolla» paulatinamente hacia la socialista, así en Schippel el actual militarismo se desarrolla por sí mismo hacia el ejército popular. Del mismo modo que Bernstein en relación con el capitalismo en su totalidad, así Schippel no entiende, en relación con el militarismo, que el desarrollo objetivo solo nos pone en las manos *las condiciones* para un estadio más alto de desarrollo, pero que sin nuestra intervención *consecuente*, sin la *lucha política* de la clase obrera por la transformación socialista o por la milicia, ni lo uno ni lo otro se hará realidad jamás. Pero así como de esta manera el cómodo «desarrollo» resulta solo una quimera, una evasión oportunista para salirse del camino de las luchas revolucionarias con objetivos seguros, así también la transformación social y política alcanzable por *este* camino se reduce a un mísero zurcido burgués. Como en la teoría de Bernstein de la «socialización progresiva» finalmente desaparece del concepto de socialismo todo lo que nosotros entendemos como tal, y se convierte al socialismo en «control social», es decir, en inofensivas reformas sociales, así en la concepción schippeliana el «ejército popular» deja de ser el libre pueblo en armas que decide sobre la guerra y la paz, que es nuestro objetivo, para convertirse en un servicio militar obligatorio extensivo a todos los burgueses aptos, según el sistema actual del ejército regular, con un tiempo de servicio breve. Aplicada a todas las metas de nuestra lucha política, la concepción de Schippel lleva directamente a la renuncia a todo el programa socialdemócrata.

La intervención de Schippel a favor del militarismo es una palmaria explicación de toda la corriente oportunista²¹ en nuestro Partido, y al mismo tiempo un paso importante en su desarrollo. Ya antes habíamos oído por parte de un diputado socialdemócrata al Reichstag, Heine, que en ciertas circunstancias se podrían aprobar las exigencias militares del gobierno capitalista. Pero eso estaba pensado como una concesión a favor de más altos fines de la democracia. Al menos para Heine los cañones debían servir solo como objetos a trocar por derechos del pueblo. Ahora Schippel declara necesarios los cañones por los cañones. Aunque el *resultado* sea el mismo aquí como allá —a saber, el apoyo al militarismo—, al menos para Heine se basa en una concepción errónea de la *forma de lucha* socialdemócrata, mientras en Schippel surge simplemente del desplazamiento del *objeto de la lucha*. Allá solo se proponía la *táctica burguesa* en vez de la socialdemócrata; aquí se coloca descaradamente el *programa burgués* en lugar del socialdemócrata.

En el «escepticismo ante la milicia» de Schippel ha sacado sus últimas conclusiones la «política práctica». No puede ir más allá en dirección a la reacción, solo le queda extenderse a otros puntos del programa para quitarse el resto del manto socialdemócrata con cuyos jirones se adorna, y aparecer en toda su desnudez clásica como el pastor Naumann.²²



[Si la socialdemocracia fuera un club para la discusión de cuestiones sociopolíticas, se podría dar por concluido el caso Schippel después de un enfrentamiento teórico con él. Pero como la socialdemocracia es un partido de lucha política, mediante la demostración teórica de lo erróneo del punto de vista

21 Segunda edición: oportunista.

22 Friedrich Naumann, teólogo evangélico, fundador de la Liga Social Nacional (en alemán Nazionalsozialer Verein), intentó, por la vía reformista-pequeñoburguesa y mediante frases social-liberales, conciliar a la clase obrera con el Estado imperialista. Colaboró estrechamente con el capital financiero y tuvo vínculos con los dirigentes oportunistas de la socialdemocracia alemana.

schippeliano la cuestión no se resuelve, sino más bien queda planteada. La publicación de Schippel sobre la milicia no es solo una expresión de determinadas ideas, es también una acción política. Por eso, aquello con lo que debe responderle el Partido no es solo refutación de puntos de vista, sino igualmente acción política. Y la acción debe estar en proporción con el alcance de las manifestaciones de Schippel.

En el transcurso del pasado año, casi todos los postulados válidos como pilares fundamentales de la socialdemocracia fueron estremecidos por ataques provenientes de nuestras propias filas. Eduard Bernstein declaró que para él no significaba nada *la meta final* del movimiento proletario. Wolfgang Heine demostró, mediante sus propuestas de compensación, que para él la tradicional *táctica* socialdemócrata no es realmente nada. Ahora Schippel demuestra que también él está directamente por encima del *programa político* del partido. Casi ningún principio particular de la lucha proletaria quedó eximido de disolverse en la nada por obra de representantes particulares del partido. Esto no ofrece en sí un panorama halagüeño. Sin embargo, también se debe distinguir, desde el punto de vista de los intereses partidistas, entre estas muy significativas manifestaciones. La crítica bernsteiniana a nuestro arsenal *teórico* es, sin duda, un fenómeno muy funesto. Solo que el oportunismo *práctico* es incomparablemente más peligroso para el movimiento. El escepticismo en relación con la meta final puede ser sencillamente barrido por el propio movimiento, mientras este se encuentre sano y fuerte en su lucha práctica. Pero tan pronto se cuestionan las metas *más próximas* —o sea, la lucha práctica en sí—, entonces todo el partido junto con la meta final y el movimiento acaban en... «*nada*», y no solo en la imaginación subjetiva de este o aquel filósofo del partido, sino también en el mundo de los fenómenos objetivos.

El ataque de Schippel se orienta solo a un punto de nuestro programa político. Pero ese único punto, en vista de la capital importancia del militarismo para el Estado actual, es ya prácticamente la negación de *toda* la lucha política de la socialdemocracia.

En el militarismo se cristalizan el poder y el dominio del Estado capitalista y de la clase burguesa, y como la socialdemocracia es el único partido que lo combate *por principio*, también la lucha de principios contra el militarismo forma parte, a su vez, de la *esencia* de la socialdemocracia. La renuncia a la lucha contra el sistema militar corre pareja, en la práctica, con la negación de la lucha contra el actual orden social.

Al final del capítulo anterior habíamos dicho que al oportunismo solo le restaba extender a otros puntos del programa el posicionamiento de Schippel en cuanto a la cuestión de la milicia, para abjurar totalmente de la socialdemocracia. En tal sentido pensábamos solo en el desarrollo *subjetivo*, consciente, de los partidarios de esa política. *Objetivamente*, según la cuestión, ese desarrollo se ha cumplido ya en la manifestación de Schippel.

Todavía merece atención una página en las manifestaciones oportunistas de los últimos tiempos, y precisamente en la actuación de Schippel, al menos en vista de su valor sintomático. Es la juguetona ligereza, la incommovible tranquilidad, sí, como en el último caso, la serena gracia con la que se estremecen principios que han sido asimilados por cualquier compañero que haya comprendido la causa partidista de manera algo más que superficial, principios cuyo estremecimiento provocaría al menos una seria crisis de conciencia en todo socialdemócrata honesto. Dejando a un lado todo lo demás, estos son signos inconfundibles que indican el profundo descenso del nivel revolucionario, el entorpecimiento del instinto revolucionario, fenómenos que en sí pueden ser intangibles y no esenciales, pero que sin duda son esenciales para un partido como la socialdemocracia, que de momento está abocada hacia éxitos no prácticos sino ideales, y necesariamente plantea grandes exigencias al nivel individual de sus miembros. Un complemento armónico del *modo de pensar* burgués del oportunismo es su *modo de sentir* burgués.

El alcance de la manifestación de Schippel hacia todos lados, convierte en necesidad una adecuada contramanifestación del partido. ¿En qué puede y debe consistir esta acción contraria?

Primero, en la clara y unívoca toma de posición de toda la prensa del partido hacia la cuestión, y al mismo tiempo la discusión del asunto en reuniones del partido. Si el partido en su totalidad no comparte el punto de vista de Schippel, según el cual las reuniones populares son solo ocasiones en que se lanzan a la multitud los huesos de las «consignas», con el fin de que en el momento oportuno elijan a un «señor» político para el Reichstag, entonces el partido no puede considerar tampoco la explicación de los más importantes principios de política partidista como una «comida de nobles», destinada solo a los elegidos y no a las grandes multitudes de compañeros. Por el contrario, solo llevar la discusión a los más amplios círculos del partido puede evitar con éxito una eventual difusión de los puntos de vista schippelianos.

Pero en segundo lugar, y es aún más importante, va la toma de posición de la fracción socialdemócrata, que está llamada ante todo a decir la palabra decisiva en el asunto de Schippel: por una parte, porque Schippel es diputado al Reichstag y miembro de la fracción, y por otra parte, porque la cuestión que él trata es uno de los objetivos principales de la lucha parlamentaria. No sabemos si la fracción ha hecho algo en el asunto o no. Pero como poco después de la publicación del artículo de Isegrim, era un secreto a voces quién se ocultaba tras el seudónimo, según todas las probabilidades la fracción no debió observar con los brazos cruzados cómo uno de sus miembros se burlaba de su propia actividad.

Y si no lo ha hecho antes, podría recuperar lo perdido ahora que Schippel ha sido despojado de su piel de lobo por Kaustky. Da igual si la fracción ha tomado posición respecto al caso Schippel o no, el resultado es más o menos el mismo mientras no lo haya puesto en conocimiento de todo el partido. Obligada a moverse sobre el parque del parlamentarismo burgués, ajeno a su propia esencia, al parecer la socialdemocracia ha adoptado también, involuntaria e inconscientemente, algunos hábitos de ese parlamentarismo que no se pueden armonizar bien con su carácter democrático. En nuestra opinión están entre esos hábitos, por ejemplo, la actuación de la fracción como un

cuerpo cerrado, no solo ante los partidos burgueses (lo cual es por demás necesario), sino también ante el propio partido, lo que puede conducir a situaciones desventajosas. Las fracciones de los partidos burgueses, en los que la lucha parlamentaria se libra casi siempre en la insípida figura de comercios de ganado o negocios de trueque, tienen toda la razón para temerle a la luz pública. La fracción socialdemócrata, por el contrario, no tiene necesidad ni motivo para considerar el resultado de sus tramitaciones como asunto interno, ya se trate de principios partidistas o cuestiones tácticas más importantes. Que una cuestión así se tramitara solo en una sesión secreta de la fracción bastaría si entre nosotros, como en los partidos burgueses, únicamente se tratara de conseguir al fin una determinada *votación* de la fracción en el Reichstag. Para la socialdemocracia, sin embargo, la lucha parlamentaria de su fracción es mucho más importante en el aspecto de pura agitación que desde el punto de vista práctico, y por eso, llegado el caso, puede que arribar a una decisión formal de la fracción por mayoría no sea tan importante como la propia discusión, el esclarecimiento de la situación. Para el partido, averiguar *cómo piensan* sus representantes sobre las cuestiones parlamentarias es al menos tan importante como el modo en que ellos *voten* en su totalidad en el Reichstag. En un partido democrático desde su base, la relación entre electores y diputados no puede considerarse resuelta, bajo ninguna circunstancia, por el acto de votar y la información más exterior-formal, sumaria, en los congresos del partido. La fracción debe mantenerse más bien en consonancia ininterrumpida, lo más viva posible, con la masa del partido, y esto deviene simple mandamiento de autoconservación ante las tendencias oportunistas que, en los últimos tiempos, aparecen precisamente entre los parlamentarios del partido. Una toma de posición pública de la fracción en cuanto a las manifestaciones de Schippel fue y es necesaria, porque el partido en su masa, por mucho que lo pueda desear, sencillamente no tiene la posibilidad *física* de pronunciarse *como un todo* en esta cuestión. La fracción es una representación política convocada de todo el partido, y mediante su propia actuación abierta debería ayudar indirectamente al partido para una necesaria toma de posición.

En tercer lugar, por fin, el partido como tal también tiene que dar su opinión directamente sobre el caso Schippel, y esto en la única forma de que dispone para hacerlo: *en el próximo congreso del partido*.

En la discusión de Stuttgart sobre el artículo de Bernstein se dijo que el congreso del partido no podría votar sobre cuestiones teóricas. Ahora tenemos en el caso Schippel una cuestión puramente práctica. Se dijo que las propuestas de compensación de Heine eran solo castillos en el aire, pronunciamientos inoportunos con los que el partido no necesitaba contar. Ahora tenemos en Schippel pronunciamientos actuales, y en la toma de posición de Schippel sobre la cuestión de la milicia, como se ha dicho, se ha desarrollado hasta las últimas consecuencias la política oportunista, ha arribado a la madurez. Nos parece que es una urgente tarea del partido sacar de este desarrollo las conclusiones correctas, mediante una clara y unívoca toma de posición.

Para eso tiene todos los motivos. En el caso dado se trata de un hombre de confianza, un representante político del partido, que por su función debería servir como espada en la lucha, cuya acción debería servirle como dique contra los ataques del Estado burgués. Pero si el dique a cada instante se transforma en algo con la consistencia de una papilla, y en el combate se quiebra el acero como si fuera de papel, entonces el partido por su parte debería gritarle a *esa* política:

Fuera con la papilla
¡No la necesito!
¡No se forja una espada con cartón!]

Con la solicitud de que se publicara, el *Leipziger Volkszeitung* recibió el 24 de febrero el siguiente escrito de Schippel [tras la lectura de los primeros dos artículos]:

Querido amigo Schoenlank:

Leo siempre con gran interés los artículos «rl.» del *Leipziger Volkszeitung*, no porque siempre comparta sus opiniones en todos los puntos, sino porque valoro altamente la viva naturaleza de lucha, la honesta convicción y la estimulante dialéctica que hay en ellos.

También esta vez, no sin asombro, sigo al tanto de las conclusiones que culminan cada vez con mayor altura y rapidez, y que parten de la base de *una condición previa*:

La causa económica que *nos obliga* —según Schippel— a mantener el sistema del militarismo, es el descargo económico de la sociedad mediante ese sistema. Schippel explica el militarismo *también desde el punto de vista de la clase obrera* como un descargo, ...partiendo del principio de la *armonía* de intereses entre capital y trabajo.

¡Con todo respeto por las conclusiones, ya la condición previa es absolutamente errónea y endeble! En el *Neue Zeit* he explicado solo que los enormes gastos improductivos —ya sean de personas privadas, destinados a lujos descabellados y torpes locuras; ya sean de los Estados, con fines militares, de prebendas y toda clase de sandeces— atenúan la fiebre de crisis por la que una sociedad de «superproducción» sería sacudida de modo permanente, si el derroche improductivo no ocupara un lugar cada vez más amplio junto a la acumulación con fines productivos. Naturalmente, con esto no he aprobado en lo más mínimo el despilfarro y los gastos improductivos, ni mucho menos los he exigido *en interés de la clase obrera*. Solo he intentado señalar *otros* efectos reales que ellos ocasionan *«para la sociedad moderna»*, distintos de los que habitualmente se subrayan.

Al comienzo tuve por indudable que nadie me valoraría como un luchador «por esta sociedad moderna». Entretanto he tenido también diversas experiencias respecto a los debates socialdemócratas; y así, para evitar cualquier mala interpretación, introduje a posteriori en el pasaje sobre la superproducción una breve frase:

Naturalmente, el militarismo no hace que esto sea más agradable *para mí*, sino *tanto más desagradable*.

Pero esto significa, en cuanto al sentido: aún más reprochable. Sin embargo, esta abundancia de previsión por mi parte tampoco parece haber ayudado: «Todo sigue igual» justo como si uno discutiera con mujeres burguesas.

Entretanto, después de esta llamada a la apertura del colaborador «rl.» del *Leipziger Volkszeitung*, tengo la confianza de que

él entenderá que aquí hizo una arrancada en falso, y que, por consiguiente, la carrera entre nosotros, en la que disputamos el premio al modo de pensar más proletario y revolucionario, debe comenzar de nuevo desde el inicio.

Suyo,
Max Schippel

IV

Si el compañero Schippel sigue con asombro «las conclusiones que culminan cada vez con mayor altura y rapidez», que parten de la base de una opinión expresada por él, eso solo demuestra una vez más que las opiniones tienen su lógica, incluso allí donde las personas no la tienen.

En primer lugar, la réplica de Schippel que hemos presentado constituye una notable ampliación de sus ideas, formuladas en el *Neue Zeit*, sobre el «descargo» económico de la sociedad capitalista mediante el militarismo: ahora junto a éste aparecen también «prebendas y toda clase de sandeces», así como el «lujo descabellado y torpe locura de las personas privadas» como medios de descargo económico y de prevención de las crisis. De esta manera, la opinión particular sobre la función económica del militarismo se desarrolla hacia la teoría general según la cual el despilfarro es un correctivo de la economía capitalista, y demuestra que hemos cometido una injusticia con el barón von Stumm como economista, al nombrarlo en nuestro artículo como garante de Schippel. Al referirse a los gastos para el ejército como los más productivos, Stumm pensaba al menos en la importancia del militarismo en la lucha por mercados de venta y en la defensa «de la industria de la patria». Pero Schippel, según se pone de manifiesto, pasa por alto la función específica del militarismo en la sociedad capitalista, ve en él simplemente una forma ingeniosa de explotar cada año una determinada cantidad de trabajo social; el militarismo, para él, es económicamente lo mismo que, por ejemplo, los dieciséis

perritos de la duquesa d'Uzès,²³ que «descargan» a la economía capitalista de un apartamento completo, algunos criados y todo un guardarropas para perros.

Lástima que el compañero Schippel, en el caleidoscópico cambio de sus simpatías económicas y políticas, rompa tan radicalmente con sus inclinaciones de ayer que no le quede de ellas ni el más leve recuerdo. De lo contrario, como antiguo rodbertusiano tendría que pensar en las clásicas páginas de la «Cuarta misiva social a Von Kirchmann» (pp. 34 ss.),²⁴ donde su antiguo maestro echa por tierra²⁵ su actual teoría de la crisis del lujo. Pero esa teoría es mucho más vieja que Rodbertus.

Si bien la idea del descargo económico especialmente mediante el militarismo pudiera —al menos en las filas de la socialdemocracia— aspirar al estímulo de la novedad, la teoría general de la función salvadora del derroche para la sociedad capitalista es tan vieja como la economía burguesa vulgar.

Por cierto, en el laberinto de su desarrollo, la economía vulgar ha traído al mundo varias teorías sobre las crisis, solo que esta que se ha apropiado ahora nuestro Schippel está entre las más triviales, incluso —en lo que atañe a la comprensión del mecanismo interno de la economía capitalista— queda por debajo de la teoría del más desagradable bufón de la economía vulgar, J. B. Say, según la cual la superproducción sería en realidad infraproducción.

¿Cuál es la premisa general de la teoría de Schippel? Las crisis surgen porque se consume demasiado poco en relación con la cantidad de bienes producidos, por lo tanto las crisis pueden ser controladas mediante el aumento del consumo dentro de la sociedad. Aquí, pues, la formación de crisis capitalistas no se deriva de la tendencia interna de la producción a exceder los límites del mercado de ventas, y de la irregularidad de la producción, sino de la absoluta desproporción entre producción y consumo. La masa de bienes de la sociedad capitalista es colocada aquí, por así decirlo, como un monte de arroz de

23 Segunda edición: añade «en París».

24 Carl Rodbertus Jagetzow: *Das Kapital*. Vierter sozialer Brief an von Kirchmann. Berlin 1884, pp. 32 ss.

25 Segunda edición: refuta.

determinada magnitud que la sociedad tiene que comerse. Mientras más se consuma, tanto menos queda como resto indigerido en la conciencia económica de la sociedad, y mayor es el «descargo». Esta es una teoría absoluta de la crisis, que se comporta respecto a la teoría relativa de Marx exactamente como la teoría maltusiana de la población con respecto a la ley marxista de la sobrepoblación relativa.

Pero²⁶ no es igual para la sociedad *quién* consume. Si el consumo solo sirve para poner de nuevo en movimiento la producción, entonces el monte de arroz crece otra vez, y «la sociedad» no ha ganado nada, la fiebre de la crisis la estremece igual que antes. Solo cuando los bienes son absorbidos hasta no verlos nunca más, cuando sirven para el consumo de gentes que por su parte ya no producen, entonces la sociedad respira realmente aliviada, se ha controlado la formación de crisis.

El empresario Hinz no sabe adónde ir con las mercancías producidas por él (es decir, por sus obreros). Por suerte, el empresario Kunz vive con un lujo descabellado y compra a su presionado congénere de clase las odiosas mercancías. Pero él mismo, Kunz, también tiene sobrante de mercancías producidas que lo «cargan»; felizmente, el antes mencionado Hinz también gasta muchísimo en «lujos y locuras», y por su parte se ofrece al preocupado Kunz como el deseado comprador. Ahora, tras el negocio felizmente concluido, nuestros dos empresarios se miran perplejos y tienen ganas de exclamar: «¿Eres tú el loco o soy yo?» En realidad, los dos lo son. Pues, ¿qué han logrado con la operación que Schippel les aconsejó? Por supuesto, ambos se han ayudado bastante el uno al otro en la destrucción completa de una determinada cantidad de bienes. Pero, ¡ay!, la meta del empresariado no es la destrucción de los bienes materiales, sino la realización de la plusvalía en oro contante y sonante. Y en esta relación el risible negocio se realiza como si ambos empresarios se tragaran ellos mismos su propio exceso de plusvalía y lo consumieran sin dejar restos. Este es el medio de Schippel para disminuir las crisis. ¿Los barones del carbón en Westfalia tienen superproducción de carbón? ¡Qué

26 Segunda edición: añade «según esta ingeniosa teoría».

lerdos! Solo tienen que aumentar la calefacción en sus palacios, y el mercado del carbón se «descarga». ¿Los propietarios de las canteras de mármol en Carrara se quejan de paralización en el comercio? Entonces que construyan establos de mármol para sus caballos, y la «fiebre de la crisis» en el negocio del mármol estará controlada enseguida. Y si se aproxima una amenazadora nube de crisis general del comercio, así le grita Schippel al capitalismo: «¡Más ostras, más champaña, más criados de librea, más bailarinas y estaréis salvados!» Solo tememos que los viejos pícaros le respondan: «¡Señor, usted nos toma por más estúpidos de lo que somos!»

Pero esta ingeniosa teoría económica conduce además a interesantes conclusiones sociales y políticas. Si, por ejemplo, el consumo improductivo, es decir, el consumo del Estado y las clases buerguesas, constituye un descargo económico y un medio para combatir y disminuir las crisis, entonces parece que en interés de la sociedad y del tranquilo desarrollo del ciclo de producción se debería aumentar todo lo posible el consumo improductivo y limitar lo más posible el consumo productivo; que la parte de la riqueza social que se apropian el capitalista y el Estado sea lo más grande posible, y la del pueblo trabajador se mantenga en el mínimo posible; que las ganancias e impuestos sean los más altos posibles, y los salarios, los más bajos posibles. El obrero, una «carga» económica para la sociedad, y los perritos de la duquesa d'Uzès un ancla de salvación económica —esas son las consecuencias de la teoría del «descargo» de Schippel.

Hemos dicho que esta es también la más trivial entre las teorías de la economía vulgar. ¿Cuál es la medida de la trivialidad en la economía vulgar? La esencia de la economía vulgar es que considera los procesos de la economía capitalista, no en una relación objetiva²⁷ y en su esencia interna, sino en su fragmentación superficial por las leyes de la competencia; no a través del telescopio de la ciencia, sino con los anteojos de los intereses particulares de la sociedad burguesa. Pero según el punto de vista de este interesado se desplaza también la imagen de la sociedad, y puede reflejarse de manera más o menos

27 Segunda edición: no en su profunda.

torcida en el cerebro del economista. Mientras más cercano al verdadero proceso de producción esté el punto de vista, más cerca de la verdad estará la interpretación. Y mientras más avanza el investigador hacia el mercado de intercambio, hacia el terreno del pleno dominio de la competencia, tanto más estará cabeza abajo la imagen que se ve de la sociedad.

La teoría de la crisis de Schippel es, como hemos demostrado, absolutamente insostenible desde el punto de vista de los capitalistas como clase: se desarrolla a partir del consejo de que la propia clase capitalista debe consumir su sobreabundancia de productos. Pero también un industrial capitalista en particular la acogerá encogiéndose de hombros. Un barón von Stumm²⁸ o un von Heyl son demasiado inteligentes como para entregarse al delirio de que su propio lujo y el de sus colegas de clase pueda ayudar de algún modo a paliar las crisis. Esa interpretación solo puede surgir de un comerciante capitalista, o más bien un *pacotillero capitalista*, a quienes les parece que sus compradores inmediatos, los «grandes señores» con su lujo, son los pilares de toda la economía. La teoría de Schippel ni siquiera es un plagio de la interpretación del *empresario* capitalista; es directamente una expresión teórica del punto de vista del *pacotillero* capitalista.

La idea de Schippel sobre el «descargo» de la sociedad por el militarismo muestra una vez más, igual que en su momento sucedió con los planteamientos de Ed. Bernstein, que el oportunismo,²⁹ tal como conduce en la política al punto de vista burgués, también se enlaza en sus premisas económicas a la economía vulgar burguesa.

Pero Schippel discute las conclusiones políticas que sacamos de su teoría del «descargo». Según él, solo habló del «descargo» *de la sociedad* y no de la clase obrera y, para evitar malentendidos, introdujo la salvedad expresa de que «eso no le hace más agradable el militarismo, sino más desagradable». Se podría creer que Schippel tiene al militarismo por económicamente nocivo, partiendo del punto de vista *de la clase obrera*.

¿Para qué entonces señaló hacia el descargo económico? ¿Qué claves saca de él para la conducta de la clase obrera ante

28 Segunda edición: Un Krupp.

29 Segunda edición: revisionismo.

el militarismo? Oigamos: «Naturalmente, esto (el descargo económico-R. L.) no me hace más agradable el militarismo, sino tanto más desagradable. *Solo que tampoco desde este punto de vista puedo concordar con el griterío pequeñoburgués-librepensador sobre la ruina económica debida a los gastos militares improductivos.*»³⁰ (Subrayado de R. L.) Así, Schippel tiene por pequeñoburguesa y errónea la opinión sobre el efecto económicamente ruinoso del militarismo. Para Schippel, el militarismo no es una ruina, y el «concordar con el griterío pequeñoburgués» contra el militarismo, es decir, la lucha contra éste, es contraproducente para él; todo su artículo se orienta a demostrarle a la clase obrera que el militarismo es indispensable. ¿Qué significa, en vista de esto, la salvedad que introdujo de que el militarismo no por eso le es más agradable, sino tanto más desagradable? Solo es la seguridad puramente psicológica de que Schippel defiende el militarismo no con placer, sino contra su voluntad, de que él mismo no siente ninguna alegría por su política oportunista, de que su corazón es mejor que su cabeza.

Frente a este hecho, yo no podría aceptar la invitación de Schippel a competir con él por «el premio al modo de pensar más proletario y revolucionario». La lealtad me prohíbe competir con alguien que entra a la pista en la posición más desventajosa que pueda imaginarse: de espaldas a la arrancada.

30 *Neue Zeit*, no. 20, p. 617